

CAJA DE SEMILLAS

ANTOLOGIA

DE

RELATOS

2011

Murcia 2011

Se prohíbe la duplicación total o parcial y distribución de este libro por cualquier medio físico o virtual sin la expresa autorización escrita de los autores de esta Antología bajo el peso de las sanciones establecidas por la ley.

Caja de Semillas pone a tu disposición el resto de su colección gratuitamente en:

<http://cajadesemillas.jimdo.com>

INDICE

BARCELÓ RUBIO, FRANCISCO

MOLINO NUÑEZ, M^a DEL CARMEN

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, ANTONIO

RUÍZ GARCÍA, JUAN

SERRANO CRESPO, JUANA

VALENZUELA CÁNOVAS, M^a JOSE

BARCELÓ RUBIO,

FRANCISCO

ELUCUBRACIONES DE

UN PROLETARIO DESHINIBIDO

Hace un par de días, sábado por más señas, tras la ingesta de cuatro o cinco cervezas, un amigo afiliado a un partido político de los llamados de izquierdas, comenzó a filosofar teniendo como eje y centro del comentario, nada menos que su vida y sus pensamientos.

En su filosofar comenzó diciendo:

-Me nacieron a esta vida sin consulta previa. O sea, que nací por obligación y por lo tanto, condenado a ir derramando mi existencia a largo del tiempo poco a poco, un día tras otro día. Así hasta agotarlos todos.

También, sin pedir mi opinión, me nacieron proletario.

Sinceramente y vistas las diferencias, me hubiese gustado nacer entre las personas a las que denominamos como: clase pudiente.

Pero supongo que me nacieron así porque, teniendo en cuenta esta forma de pensar mía, sería una disonancia total y absoluta entre ellos y, los ricos, en muy poco tiempo, me habrían expulsado del gremio.

Por si acaso no lo sabes te diré que el proletario, siempre desde mi punto de vista, es un asalariado que trabaja para otros y, parece ser que desde el principio de los tiempos, según la Biblia, está condenado por Dios a ganar el pan con el sudor de su frente.

Claro que los hombres para los que trabaja, se encargan de que también sea con el sudor del resto del cuerpo.

Dicen las malas lenguas que el castigo fue porque su mujer, que sólo era pareja de hecho, puesto que todavía no se había inventado eso del matrimonio, indujo al primer hombre a desobedecer al jefe. Y está claro que cuando la mujer se empeña en conseguir algo... ¡lo consigue!

De forma que este le abrió un expediente y, además de despedirlo lo condenó, yo creo que sin darse cuenta, a convertirse en el primer autónomo.

Estos pobres acaudalados, y no me refiero a los autónomos, bien sean ricos de nacimiento o bien obreros venidos a más que actúan como empresarios, sin conocer a fondo el papel que interpretan, sin darse cuenta en su egoísmo y avaricia que, cuando dejen esta vida se marcharán tal cual todos venimos: desnudos y sin equipaje, porque en la frontera no permiten pasar nada. Absolutamente nada. Hasta el cuerpo que nos sirve de casa se queda para pasto de los gusanos, ya que llegado ese punto, no sirve para otra cosa.

En multitud de ocasiones, estos hombres pudientes, que son pudientes pero no tontos, intentan no ganarse la fama de desagradables y delegan parte de sus funciones en otros pudientes que, según ellos, me refiero a los segundos pudientes, por un error de la vida, nacieron proletarios, y no aceptan esta situación de ninguna de las maneras. Estos pobres encargados -eso si, encargados generales- en su estupidez, soberbia y prepotencia, se ganan la mala fama que el jefe no quiere para él. Porque además también son, generalmente, los encargados de llevar a cabo todas las faenas de acoso y abuso de sus compañeros, con las que el jefe no quiere mancharse las manos.

Yo creo que ni se dan cuenta que son incapaces de ganarse, con su actitud, el odio de sus compañeros, -que en su mentalidad solamente son... subordinados- mucho menos la gratitud. Sin embargo si logran ganarse el desprecio de todo el mundo porque, además, se permiten el lujo de llamar, rojos malos, de la forma más insultante que son capaces, al resto de asalariados.

La verdad es que nunca he entendido este apodo de “rojos”. Aunque por lo que he escuchado, era el sobrenombre que los aliados dieron a los soldados rusos en la segunda guerra mundial. En fin, el que tú y yo no entendamos eso, no tiene importancia, para ellos un rojo proletario es el asalariado que tiene que reclamar, para que no le despojen de los derechos conseguidos por otros asalariados, en una lucha titánica, en la que más de uno dio su sangre, incluso la vida para que hoy disfrutemos de este bienestar social que también ellos

disfrutan. Sin embargo no quieren darse cuenta que, también ellos son asalariados, lo cual los convierte en malos rojos, o sea, sencillamente en: esquiroles.

Tampoco se, que significa exactamente esta puñetera palabra, pero todo el mundo la interpreta como: traidores a los suyos o más bien traidores a su casta. O sea: lame..., boca floja, lame culos, y otras lindezas por el estilo.

Al nacerme tuvieron el detalle de hacer que desde el primer día, el contrato fuese indefinido; aunque yo mejor diría: inconcreto.

Tampoco me dijeron que en este convenio el despido es libre. Ni que el despido y la jubilación vienen a ser lo mismo; o sea, cuando menos te lo esperas, un “jamacuco” y... ¡al otro barrio! Claro que como este asunto apestará en poco tiempo, para evitar comentarios hay que echarle, materialmente, tierra encima. Pero el entierro, cremación o lo que sea, ¡Vamos, el deshacerse del cuerpo del delito! O lo que es lo mismo, lo que queda de uno, tienen que pagarlo los familiares.

Para pagar esto, a veces hay que conseguir un préstamo. ¡Además de la pena, la deuda! Quizás por eso a los familiares se les llama deudos.

Con el paso del tiempo me dijeron que el contrato lo firmó mi madre, eso si, por orden, ya que por entonces yo no sabía firmar.

También me dijeron que lo hizo, soportando este hecho, con el dolor de todo su cuerpo.

Además me nacieron, no se por culpa de quien, sin libro de instrucciones, o sea, sin especificar que convenio se me aplicaría. Por lo que nunca he sabido cual es realmente el trabajo que tengo que desarrollar durante la duración del contrato, o sea, durante mi existencia. De manera que mi trabajo está supeditado al llamado: sistema científico de investigación. Aunque sea total y absolutamente empírico.

Este es el sistema en que tú haces algo y si aciertas, perfecto, pero si te equivocas... si te equivocas te toca repetirlo, corriendo siempre por tu cuenta todos los gastos, hasta que aciertas.

Los que creen en la reencarnación dicen que, algunos, están repitiendo el mismo trabajo durante varias vidas. Incluso otros, *per sécula seculorum*.

Cuando lo consigues, como premio, quizás recibas una palmadita en la espalda mientras te dicen: “Bien. Creo que al final conseguiremos sacar lo poco bueno que hay en ti. Nos costará mucho pero... ¡Lo conseguiremos!”

En este sistema, no se por qué, el número de errores, siempre es superior al número de aciertos.

Ahora viene el tema del sueldo.

El sueldo queda sin concretar. Los ingresos quedan supeditados a la buena voluntad que la vida tenga para contigo. Hoy un poco de felicidad, mañana un buen rato con los amigos, un puntito gracioso, por no decir una borrachera, quizás un par de polvos con una preciosa personita, tan ... desesperada como tú, y que también intenta olvidarse, aunque sólo sea por unos momentos, del mundo sus pompas y sus obras. Pero eso sí: pobre de ti, como se entere tu mujer; o tu marido. Depende del sexo con el que nacieras.

Sobre todo para el hombre las consecuencias pueden ser terribles.

Si has nacido mujer, en el tema de las relaciones sexuales, lo tendrás mucho más fácil que si eres hombre. La única condición es que seas lo suficientemente discreta. Si aprendes a serlo, ni siquiera tendrás que pedirlo o pagarlo. Te bastará con proponerlo. O quizás simplemente, con insinuarlo

Los problemas, en el cómputo final, serán siempre superiores a las alegrías. Por ejemplo: con el paso del tiempo, mi sexo ha ido perdiendo capacidad de erección, aunque las mujeres me gustan tanto o más que cuando era joven y, a pesar de que muchas personas han intentado convencerme de que la arruga es bella, mi cerebro se niega a aceptarlo.

Quizás por eso es por lo que las mujeres de mi edad me gustan menos que las jóvenes. Es simplemente una cuestión de... “estática”. Que no de estética.

Y si piensas despacio, verás que tengo razón.

Pero como las jóvenes piensan exactamente igual que yo, mi persona, a ellas les importa un comino. Esto me proporciona la extraña sensación de estar navegando, continuamente, en un mar encrespado. Como si estuviese atravesando constantemente en un velero, en este caso antiguo y con el mástil hecho una porquería, el cabo de las tormentas, llevando además al viento el poco trapo que le queda.

Injusta naturaleza, la experiencia y la potencia difícilmente van de la mano.

Si eres mujer te bastará con abrir las piernas, ponerte un poco de crema lubricante y, que el comensal de turno se de el hartazgo, mientras finges que estas gozando como una histérica en un concierto de rock.

También tengo que reconocer que hay mujeres que si quieren tener sexo tienen que pagarlo. Pero eso es otro tema. Los vicios, cada uno los suyos.

La jubilación: ¡Esa es otra!

Para esta situación, todo son promesas para después de muerto, o sea, realmente cuando se pasa a otra vida. Eso si, te prometen que como la base reguladora va en función de lo desgraciado que hayas sido, las penas que hayas pasado, lo que te hayan “puteado” tus semejantes y demás ratos malos que hayas pasado, cuanto peor haya sido tu existencia, ¡Mejor será esa... otra vida!.

Durante tu existencia y para que no te metas en líos sindicales, de abogados y similares, nos dicen aquello de: Bienaventurados los limpios de corazón... Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia... etc

Para que lo entiendas. Si has sido capaz de aguantar en silencio y sin quejas ni protestas, los innumerables chaparrones que se te han caído encima,

comiéndote todos los marrones que el trepa de turno te ha endosado, como recompensa, pasarás toda la eternidad junto al jefe en su despacho, eso si, a su derecha. Eso si eres cristiano. Lo cual

me lleva a preguntarme si es un mero accidente geográfico o que el Jefe es más de izquierdas que yo.

Pero esta situación te lleva a tener constantemente al jefe delante de ti mirando lo que haces.

Si lo comparamos con eso mismo en este mundo, dudo que eso sea una recompensa pero... pero dicen que si esto no te parece bien, el resto de opciones son tan malas que ni te cuento. Que si el Infierno, que el Purgatorio.

Como se puede comprobar, la religión ya nos avisa que, hasta en el cielo hay distinciones entre los pudientes y los proletarios. Aunque dicen que ningún rico entrará en el despacho del jefe. Claro que también dicen que Dios nos hizo libres, pero realmente nos pone vallas incluso al pensamiento, ya que es pecado si piensas del que te atropella, en esta vida, que es un cabrito hijo de ... mala madre, pero que no nos preocupemos, que una vez muerto, el jefe se encargará de él y se las hará pasar canutas.

Sinceramente, como a mi no me gusta que nadie lo pase mal, porque en eso no encuentro ningún consuelo, prefiero que a él no lo castiguen en la otra vida, a cambio de que él, no me joda a mi en esta.

Si eres musulmán, tienes que aceptar que Dios es todo y todo es Dios.

Las normas de convivencia, en una y otra religión no varían tanto como parece. A pesar de esto, yo creo que tanto los unos como los otros, como los de más allá, cuando nos interesa, buscamos un justificante para pasarnos las normas por... el arco del triunfo, después te confiesas y pelillos a la mar.

Eso si; Mahoma te promete que, después de muerto, entrarás en el Jardín de Alá para disfrutar, por toda la eternidad, de todos los manjares conocidos y desconocidos, así como de las Huríes del Edén. O sea, de un montón de tías buenas, ninguna de las cuales ha conocido varón, que se encuentran allí para

satisfacerte en todo aquello que se te ocurra. Incluso para mantener relaciones sexuales sin preservativo y sin miedo al Sida o a un embarazo intempestivo, o a que no se te levante el... ánimo.

Para los cristianos, la cosa se está poniendo por estas fechas de tal forma que, quizás hasta conducir mal será pecado. Claro que si eres bueno conduciendo, lo mismo te conceden unos cuantos días de indulgencias, además de aumentarte los puntos del carné de conducir. ¡Yo qué se! Además, falta saber en qué se basarán para saber quien es buen o mal conductor.

Sinceramente, no me imagino junto al confesionario diciendo: me acuso padre que... me ha rascado la tercera, llevo el aceite pasado quinientos kilómetros y además, no he terminado de pagar el recibo del seguro ni llevo lámparas de repuesto.

Tampoco consigo imaginar cual será la penitencia por una infracción, ni si la impondrá el cura, el profesor de la autoescuela o la Guardia Civil de Tráfico.

No me extraña que, con estas perspectivas, el Catolicismo vaya de capa caída, y el islamismo suba como la espuma, porque convendrás conmigo que lo de ellos si que son buenas promesas y no las de los cristianos.

Ahora que me doy cuenta de esto, estoy pensando en que quizás me convierta al islamismo en el momento del tránsito, porque así gozaré de todos los placeres que me han estado prohibiendo. Bien porque era pecado, porque subía la tensión, subía el colesterol, los triglicéridos etc, etc, etc.

Aunque bien pensado creo que no pues, ni después de muerto, el Islam te permite disfrutar del ibérico, el Jumilla, el chacolí, los cubatas, el champagne...

¡Joder que “crus”! ¡Con lo buenos que están!

Todas las religiones prometen y prometen pero, el problema es que nadie ha regresado del mas allá, para decirnos cual de todas está en posesión de la verdad.

Como puedes comprobar, incluso la jubilación, queda sometida al sistema científico (aquellos de: acierto – error). De manera que la forma en que pases, después de muerto, la eternidad, dependerá de la que tú, tus padres o tus progenitores, hayáis elegido como religión

Para mí, una sola cosa está clara y es que, en el otro lado, nos enteraremos quien de todos dice la verdad, aunque eso... eso ya no tendrá ninguna importancia.

Por lo tanto sólo nos queda el derecho al pataleo y, en el momento del óbito decir aquello de: ALEA, JACTA EST.

Esta frasecita, en Román paladino, o sea en español de a pié y para que me entiendas, quiere decir algo así como: que dios me coja “confesáo”.

¡Espera! Ni siquiera a eso tenemos derecho porque, según los conservadores, los rojos no creemos en Dios, por lo tanto no tenemos derecho a invocarlo, mientras que ellos casi se lo apropian, mientras dicen cumplir con los preceptos religiosos asistiendo a los actos de culto semanalmente, cuando no decidan hacerlo a diario, incluso participando de la Sagrada Comunión.

Claro que al mismo tiempo olvidan que los diez mandamientos de la Ley de Dios se encierran en dos, según el catecismo que yo estudié de pequeño: amarás a Dios sobre todas las cosas y AL PRÓJIMO COMO A TI MISMO y... mientras se dan golpes de pecho en señal de constricción, sin el menor rubor algunos piensan: “Señor, pequé... ¿a quien joderé?

También parecen olvidar que Jesucristo, hijo de Dios hecho hombre, según los cristianos, fue el primer contestatario que se pronunció contra el poder de los sacerdotes -por cierto conservadores a ultranza- que además de conseguir que otros hiciesen el trabajo sucio por ellos, lograron quitárselo de en medio tras torturarlo, insultarlo y como colofón, crucificarlo. Sobre todo porque pretendía quitarles sus privilegios, lograr que todos los hombres y mujeres fuesen iguales ante la Ley y porque luchaba contra la injusticia social

Aunque yo estoy convencido que eso de que los proletarios no CREEMOS EN DIOS, es un error fonético por parte de los conservadores, pues no es que los rojos, como dicen ellos, intentando que continúe presente un pasado que, evidentemente murió hace muchos años, (de lo contrario no sería pasado)

Lo que pasa es que respetamos la Libertad de los demás, permitiendo que cometan sus equivocaciones, y no pretendemos organizar hasta el mas mínimo detalle de sus vidas.

Y no lo hacemos porque... NO CREEMOS SER DIOS.

UN FANTASMA REACCIONARIO

Un sábado de un mes de Octubre, en compañía de un amigo, nos desplazamos a una ciudad vecina colaboración de otros amigos, para que nos ayudasen en la preparación de un recital de poesía. Llegamos al domicilio de uno de ellos, encontrando que se hallaba ausente, por lo que decidimos esperar en un bar cercano tomando una cerveza.

La puerta del local estaba abierta, pero no había nadie tras el mostrador. A los pocos segundos apareció el dueño y, tras saludarnos afectuosamente pedimos, si tenía, vino del que él mismo fabrica.

Nos dijo que sí, pero que todavía no estaba en su momento más óptimo pues, apenas había terminado la fermentación y estaba un poco turbio, sobre todo ahora, pues se había traído un poco de la bodega, y acababa de cambiarlo y que, por esa razón, había tardado un poco en salir.

-¡No importa! dijimos ambos. Si puede servirlo lo probaremos.

Una vez que nos hubo servido lo solicitado comenzamos la conversación, poniendo de manifiesto que, dos de los bares del pueblo se hallaban cerrados.

El dueño contestó: yo también estoy pensando en hacerlo, pues esto apenas da para vivir. ¡Desde que murió Franco, esto va cada vez peor!

Mi amigo y yo nos miramos sorprendidos ante aquella exclamación y, aunque no lo expresamos, seguro que ambos pensamos lo mismo: ¡Han pasado más de cuarenta años y aún quedan nostálgicos inadaptados!

Instantes después, y en plena degustación, llegó otro cliente, también como nosotros forastero en aquella ciudad, el cual en vez de saludar, optó por dedicar unos reproches al dueño del local diciendo: Creía que estabas muerto o desaparecido, pues he venido antes y el local estaba abierto, pero nadie respondía a mis llamadas. He tenido tiempo de desvalijar el local.

-He escuchado sus voces y ruidos, dijo el tabernero, pero como estaba ocupado en otros menesteres y no he salido porque he pensado que quien llegando voces y haciendo ruido no viene a robar.

El recién llegado cliente pidió la misma bebida que nosotros, con la tapa correspondiente, haciéndole saber que había venido para llevarse dos garrafas de vino. Se volvió hacia nosotros y nos preguntó:

¿Sois...? refiriéndose a una determinada ideología o tendencia política.

Mi amigo, que no comparte esa ideología, dijo directamente: ¡No!

Yo, que no milito en ningún partido político, aunque tenga mis simpatías, en función de mis pensamientos, contesté con una evasiva; sin afirmar ni negar.

-¡Mejor! dijo aquella persona. Así se puede hablar tranquilamente.

Al instante comenzó a despotricar contra el gobierno, sus disposiciones y leyes, cosa a la que tiene todo el derecho del mundo, dirigiendo además todos los improperios e insultos posibles al presidente del mismo, principalmente dedicándole un epíteto, cada vez que lo nombraba. Epíteto que ponía en duda la legalidad de las relaciones sexuales de la madre del presidente -por decirlo de una forma educada-

Parecía un pavo real presumiendo, en este caso, de su capacidad de acción en el partido en el que militaba, para hacer y deshacer, defenestrar a dirigentes, cambiarlos...

Expresando además que, en cuanto se jubilase, para lo que apenas le quedaban unos meses, en contra de la opinión de su familia, se iba a dedicar de lleno a la política, enseñando a los actuales dirigentes como debían comportarse para quitar de en medio al partido en el gobierno, pues, de tener otra vez la opción de gobernar, España iría derecha hacia la hecatombe.

Sinceramente, en base a su comportamiento, ya que al hablar invadía constantemente el espacio existente entre mi amigo y yo, colocándose entre los dos sin el menor recato, al tiempo que, de forma inmisericorde me daba la espalda, en el máximo ejercicio de la mala educación.

Llegó otro cliente, hombre ya con muchos años sobre sus espaldas que, ante la vehemencia de aquella persona, se sentó y saludó casi pidiendo

disculpas por verse en la obligación de saludar, interrumpiendo aquella perorata.

-¡Este tío es el que mejor vino hace de este pueblo! dijo el hablador dirigiéndose a la persona que nos había saludado. El dueño del local le dijo que se había equivocado, pues aquel señor, nunca en su vida había hecho vino.

En base a sus expresiones y algunos datos muy superficiales respecto a su persona, pregunté a aquel individuo y ya no recuerdo porqué, si se dedicaba al tema de laboratorios de medicina o algo por el estilo, a lo cual contestó que no, añadiendo muy ufano al mostrar una insignia en la solapa de su chaqueta: ¡No. No me dedico a nada de laboratorios! ¡Soy traumatólogo! y tú ¿que eres?

-Pues mira, dije, soy una persona que intenta hacer bien su trabajo, que sufre y padece las equivocaciones de los demás, pues los aciertos se los cuelgan como medallas para que todo el mundo los contemple, habida cuenta que son tan escasos –me refiero a los aciertos Soy una persona humilde que, al no tener poder de decisión en nada, mis equivocaciones no las padece nadie, las reconozco, las sufro en silencio y me sirven para aprender de mis errores. Mis aciertos, si los tengo, se quedan para mi, ya que de hacerlos patentes, me vería en la incómoda tesitura de tener que poner de explicar que son las equivocaciones de otros que están, aparentemente, mas altos que yo en la llamada escala social.

Para quitar hierro a aquella situación le recordé a mi amigo: Juan, como me has comentado en alguna ocasión que dijo El Gallo, el torero, cuando alguien, en una reunión, le presentó a un traumatólogo: ¿Un qué? ¡Traumatólogo! le repitieron.

-¡Hay gente “pa tó”! apostillo el torero.

Unos segundos después, y ante la tónica de la insufrible conversación, sin el menor recato por parte de esta persona, que supuestamente había recibido una gran educación, dije: ¡Juan, se nos hace tarde para lo que hemos venido a solucionar!

Una vez en la calle dijo mi amigo: ¡Menos mal que has dicho de salir. No sabía como dar fin a todo esto! Es increíble que todavía existan personas capaces de tener un comportamiento tan vergonzante para el partido en que dice militar y para la profesión que dice tener.

¡Que Dios nos coja “confesaos” si en algún momento tiene acceso al poder!

Ha transcurrido la noche y, esta mañana de Domingo, ante las ideas que me ha prestado mi almohada, me he levantado dispuesto a no perder sus sugerencias de dejar por escrito las elucubraciones de mis subconsciente, pues la experiencia vivida me lleva a pensar que, esta persona es de las que, como dice la poetisa Dionisia García en su libro de pensamientos: confunden el orden con, la orden. No creo que una persona con esos pensamientos y ese comportamiento, formase parte del consejo de ancianos en ninguna tribu de las llamadas, salvajes. Aunque no sé por qué les llamaban salvajes, cuando lo único que hacían era defender sus tierras, ante la invasión de la llamada: civilización.

Como me estoy aproximando a la edad de esa persona, comienzo a preocuparme por si, esta forma irreflexiva de actuar será contagiosa o, si será propia de la edad.

Si es propia de la edad, espero que, el Altísimo, llámese como se llame, me de la lucidez suficiente para, a tiempo, retirarme de esta sociedad nuestra y auto condenarme al ostracismo, dedicándome a la contemplación del crecimiento de los geranios, evitando de esta forma, tener la posibilidad de ejercer una influencia tan negativa y reaccionaria en mis descendientes o mis amigos.

MENOS LOBOS, CAPERUCITA

En infinidad de ocasiones he escuchado a hombres, sobre todo jóvenes, presumir que habían hecho el amor con tantas o cuanta mujeres, cosa de lo que yo jamás he podido presumido. Sobre todo y más que nada, por una razón: nunca he tenido la fortuna, o la desgracia, de verme en la situación de ejercer como amante.

Tampoco sé si las declaraciones de estas personas eran o no ciertas, tampoco me importaba el que lo fuesen o dejaran de serlo.

Pero aquel día no pude evitar presumir un poco.

Eran poco más o menos las siete de la tarde y por lo tanto faltaba poco tiempo para terminar la jornada laboral y marchar a casa.

Al tiempo que yo salía por el lateral del mostrador llegó un cliente de la empresa y, tras saludar, comenzó a relatar una más de las aventuras, de las que tiene cierta fama.

-¡Joder macho! voy tan agotado que tengo que echar mano de esas pastillitas azules que te reaniman por ocho horas, pero eso sí, son ocho horas al completo.

Ayer mismo, después de cepillarme a tres tías a lo largo de la tarde, ¡Todas entre los dieciocho y veinte años! y rendir como una mala bestia, cuando llegué a mi casa la parienta me dijo que quería “cenar”. Y por supuesto le di de “cenar”, porque aquello continuaba en acción, hasta el punto que me dijo: ¿Qué le pasa a “manolo” que no hay forma de mandarlo a dormir?

Por supuesto no le dije lo de la pastillita milagrosa.

Un compañero de trabajo, que también presume lo suyo, le dijo en plan de cachondeo:

- Eso te pasa por tener cuarenta y tantos años. Si no llegaras a los cuarenta, como me pasa a mi, ni siquiera necesitarías pastillitas para ganar esa guerra.

Tras escuchar a ambos presumidos, y haciendo gala de información farmacológica, les hice saber que además de la Viagra, hay otro compuesto más específico que se llama Levitra, menos peligroso y produciendo los mismos efectos.

Mi compañero comento apenas terminé de hablar:

- Míralo, como tiene casi sesenta está bien informado. Este ya no funciona ni poniéndole escayola.

Aquello me decidió a rebajarles un poco los humos.

- Efectivamente tengo casi sesenta. Concretamente tengo cincuenta y ocho pero, mal que bien, no necesito pastillitas, aunque no llego a vuestros record. Sólo lo hago una vez, pero eso si, la experiencia y la paciencia hacen que sea... medianamente aceptable.

- ¡Menos lobos caperucita!, dijeron al mismo tiempo. ¡Tú sólo has follado en sueños!

- Lo que vosotros digáis, pero eso no quita que una mujer, con un cuerpo de diosa y veinte años menor que yo, me saludara hace tres meses diciendo:

- Ya tenía ganas de verte a solas para poder decirte que me has enamorado con tus poesías. Tanto por lo que dices, como por la forma en que lo dices. Supongo que nunca te han dicho esto pero, alguien tenía que hacerlo por primera vez.

- Efectivamente. Jamás una mujer me había dicho algo parecido y menos una mujer como tú, con tantos años menos que yo.

- Pues me alegro doblemente, tanto por ser la primera como por ser joven según tú. Muchas gracias por el cumplido pero, ya he cumplido treinta y ocho.

También quiero que sepas que sueño con ser tu amante y ese, es un sueño que me he prometido hacer realidad y espero que colabores conmigo para que se cumpla mi deseo.

- Perdona pero, que yo sepa estás casada y...

- ¿Acaso eres celoso? Me dijo sonriendo.

- Pues no. Hasta ahora y que yo sepa, no.

La conversación fue muy corta. Lo justo para Intercambiar los números de teléfono y un par de besos, separándonos con la promesa de, en otro momento, tomar una cerveza y tener un poco de conversación pues, al igual que yo, también ella tenía prisa por llegar a su trabajo.

Dos días después, a las once de la noche de un viernes, me encontraba en mi casa frente al ordenador, pasando a limpio unos poemas. Tenía que aprovechar que estaba tranquilo y que mi esposa estaba en la cocina, preparando unos postres para el fin de semana. En ese momento comenzó a sonar mi teléfono portátil.

La sorpresa fue grande al comprobar que era la mujer que me había abordado en plena calle hacía dos días.

- Hola. Buenas noches. ¿Dónde estás?

- En casa.

- ¿Puedes hablar?

- Sí. Estoy solo. Pasando unos poemas a limpio para guardarlos en el ordenador. ¿Y tú?

- En mi casa de la playa para estar sola hasta el lunes, mientras mi marido se queda en el pueblo. Es algo que hacemos con relativa frecuencia. Algo así como una especie de terapia, ya que estos días lo necesito

especialmente, y esta noche sobre todo, no puedo decir que sea uno de mis mejores momentos anímicos

- Si no te encuentras bien y necesitas mi ayuda, saco el coche y voy a verte para hacerte un poco de compañía.

- Te lo agradezco, pero si sacas el coche y sales de tu casa, te mata tu mujer.

- Supongo que tienes razón. Oye, puesto que he terminado de escribir los poemas ¿quieres ser la primera en escucharlos?

- Me encantaría.

Tras leerle los poemas, que por cierto eran dos sonetos de amor, contestó:

- Cada vez me gusta más escucharte. Los poemas son preciosos y me han encantado, pero me hubiera gustado más escucharlos frente a frente que a través del teléfono. Me han dejado totalmente aplanada.

- Lo siento. Mi intención era todo lo contrario. Animarte un poco.

- No te preocupes. De todas formas muchas gracias por la primicia y... por cierto, ¿Qué planes tienes para mañana?

- Ninguno, al menos por el momento.

- Puesto que tenemos una conversación pendiente ¿por qué no vienes a hacerme una visita?

- Me parece una idea magnífica y haré todo lo posible. Te llamo a media mañana.

- De acuerdo. Espero tu llamada. No me falles por favor, pues tu visita sería para mí un como un bálsamo.

No creo que en toda mi vida haya existido una noche más lenta pero... aunque me pareció interminable, finalmente amaneció.

A las diez de la mañana, tras sacar el coche me puse en camino hacia la playa.

Una vez perdida de vista mi casa y por tanto la posibilidad de ser escuchado, hice la llamada prometida. Antes que el avisador del teléfono sonase por tercera vez, escuché su voz:

¡Buenos días! Dime, ¿puedes venir?

- Hola, buenos días. Estoy poniéndome en camino.

- ¿Tu mujer no te ha puesto pegas?

- Pegas no, pero preguntar ha preguntado. Le he dicho que iba a Mazarrón a comprar unas botellas de un vino que se me ha terminado y que, posiblemente, me entretendría un poco.

- ¿Cuanto vas a tardar? Te lo pregunto porque estoy en la piscina de la comunidad.

- En el momento que haya comprado el vino te doy un toque de teléfono.

- De acuerdo. De Mazarrón hasta aquí son unos quince minutos de viaje, de forma que tengo tiempo de llegar a casa. Ya conoces la dirección. Te espero.

Al contemplar la cara de expectación de aquellos dos individuos me dije:

-¡Macho son tuyos! Deja volar tu imaginación, porque la suya... ¡la suya está dando vueltas por el paraíso!

De manera que proseguí con el relato de mi aventura:

-Cuando llegué a la casa, abrió la puerta, y me recibió vestida con una faldita vaquera, que le llegaba a medio muslo, y una camisa blanca cerrada con botones, los cuales estaban abiertos hasta el punto justo, para dejar ver la mitad de sus hermosos y enhiestos pechos.

Nos saludamos otra vez. Ahora frente a frente. Lo hicimos con un apretón de manos; por aquello de las miradas indiscretas, pero una vez cerrada la puerta y sin más preámbulo que el de rodear mi cuello con sus brazos, me

regaló en los labios un beso de los que hacen época. Parecía querer succionar todo mi ser, en tanto que su lengua exploraba mi boca hasta el último rincón.

Aquella mujer, que yo conocía como bastante... recatada, era una bestia de la sensualidad y la lujuria.

Transcurridos unos segundos y tras decir:

- No pienses que soy una cualquiera. Esto sólo lo he hecho en otra ocasión. Pero ahora me apetecía muchísimo tener relaciones contigo aunque sabía que jamás me lo pedirías, ya que no se te conoce por el número de aventuras extramatrimoniales vividas. Al mismo tiempo pensaba: lástima de anticonceptivos que estoy tomando; si no tomo la iniciativa van a ser un desperdicio.

Dicho esto comenzó a quitarme la camisa, en tanto yo procedía a hacer lo mismo con ella. A continuación, nos desprendimos del calzado, pantalón y falda el uno al otro.

Bajo la falda llevaba puesto un bikini, en el que la parte inferior, era un diminuto tanga, todavía húmedo del baño en la piscina. Una vez en ropa interior, puse mis manos sobre sus hombros y le hice dar media vuelta, de manera que yo quedé a su espalda y mientras apartaba sus cabellos, para poder besar su nuca y hombros, acariciaba su vientre, haciendo que mis dedos pasasen, haciendo un poco de presión con las uñas, justo al filo de la braguita del tanga, un poquito mas arriba del protuberante monte de Venus, para subir después hasta los pechos, aun bajo el sujetador.

Sin dejar de besar su cuello y de acariciar su cuerpo con mis manos, mientras ceñía mi cuerpo al suyo abrazándola desde la espalda, consiguiendo hacer notar mi enervación, solté el cierre del sostén y, a continuación deslicé mis manos para, bajo las copas del sujetador, encontrar sus pezones tiesos y duros como piedras.

Con mis manos acariciando sus pechos se desprendió del sujetador, tras lo cual llevó las manos hacia atrás y posándolas en mi nuca, inclinó su cabeza

sobre el hombro. Al mismo tiempo la giró un poco, dejando así al descubierto toda la morbidez de su cuello. En esta posición, condujo mi cabeza para que la boca se posase justo bajo el nacimiento de su mandíbula inferior mientras pedía:

-¡Bésame! ¡Bésame y no dejes de acariciarme! ¡Lo necesito! Estoy totalmente sedienta de caricias.

El tiempo comenzó a carecer de importancia.

Todo, excepto nosotros, comenzó a carecer de importancia.

En un momento dado cambió de posición y quedamos frente a frente, abrazándome con tanta fuerza que parecía querer estampar sus pechos sobre el mío.

- Voy a colocarte sobre la mesa, le dije, al tiempo que la tomaba por el talle.

Ella se impulsó con los pies dando un saltito para facilitar la acción, tras lo cual se tendió de espaldas y elevó la pelvis para que la despojase de la braguita.

Me coloqué entre sus piernas y la despojé del pequeño tanga, tras lo cual comencé a besar una de sus piernas, comenzando en el tobillo para subir, lentamente, con húmedos besos, hasta hacer un pequeño alto en el hueco poplíteo.

Mis besos continuaron subiendo por la cara interna del muslo hasta llegar a la ingle, desplazarse hasta el ombligo y descender en vertical, justo hasta el vello púbico. En el monte de Venus, los besos se transformaron en pequeños mordiscos, haciendo que sus piernas, con las rodillas flexionadas hacia atrás se abriesen, separando a la vez con sus dedos los labios de su sexo, como exigiendo las caricias que mi boca prometía.

Mi boca no se hizo de rogar y mi lengua exploró acariciante aquella especie de fresa cortada longitudinalmente por su centro, deambulando por toda ella mientras escuchaba los gemidos de placer que escapaban de la

garganta de la mujer, mientras sus manos, colocadas sobre mis sienes, conducían mi cabeza de tal manera, que mi lengua quedaba allí donde el placer que sentía era mayor.

Tras unos minutos elevó más la pelvis, mientras los gemidos eran más rápidos y entrecortados. En ese momento mis manos se posaron bajo sus glúteos, intentando elevar su cuerpo, como queriendo introducir sus genitales a mi boca, si era posible, mientras mi lengua no dejaba de agitar su clítoris hasta conseguir arrancarle un prolongado gemido, tras el cual dijo:

-¡Ya! ¡Ya! ¡Yaaaaaaah! exhalando un suspiro.

Posé mi cara sobre su vientre mientras ella recuperaba la respiración y acariciaba mi cabeza.

Se incorporó, para quedar sentada, dejando colgar las piernas por el borde de la mesa, apretando mi cara contra sus pechos.

Nuevamente se abrazó a mí, para besarme en los labios por unos segundos y después, convertir ese beso en muchos otros besos cortos y continuados.

Sus ojos eran dos brillantes espejos, y su cara la máxima expresión de la felicidad.

- Es la primera vez que llego al orgasmo de esta forma.

Me pidió que la posase en el suelo, tras lo cual se arrodilló ante mí, y tomando mi sexo entre sus manos comenzó a besarlos, haciendo retroceder el capuchón al tiempo que introducía el glande en su boca, para sacarlo y de nuevo volver a introducirlo, mientras ajustaba los labios y lo humedecía con la lengua, haciéndola girar alrededor del mismo.

Tras repetir la operación tres o cuatro veces, lo mantuvo preso en el interior de la boca, haciendo avanzar y retroceder su cabeza mientras me miraba a los ojos.

Introduje mis dedos en su cabello mientras el placer me hacía cerrar los ojos.

Tras aguantar este movimiento cinco o seis veces, lo detuve diciendo:

- Es maravilloso. Pero prefiero llegar a la eyaculación en tu vagina.

Tomándola en brazos la llevé al dormitorio y la posé sobre la cama.

Ella había tenido el fino detalle de colocar unas sábanas de satén blanco.

Una vez que la hube depositado sobre las sábanas, extendió los brazos en una silenciosa llamada.

Cuando me coloqué sobre ella, nos hizo rodar entrelazados para quedar sobre mí y cabalgarme. Tomó mi miembro, se lo introdujo muy despacio, en oleadas sucesivas, saliéndose de él para, en cada ocasión, hacer que entrase un poco más mientras me miraba a la cara, al tiempo que hacía que su interior se adaptaba a mi miembro como si de una sedosa mano se tratara.

Tenía tal dominio de su vagina que tuve la leve sensación de ser yo el penetrado. Después comenzó unos movimientos lentos y rítmicos, maravillosos y sensuales. Unos movimientos que serían envidiados por la mejor de las bayaderas.

A continuación se elevó un poco para darse la vuelta y, colocándose de espaldas, tomar nuevamente posesión de mí, continuando con los mismos movimientos, pero ahora en sentido inverso.

Al poco la tomé por las caderas, deteniéndola al tiempo que elevaba mi pelvis.

- ¡Espera! Esto es maravilloso, pero en esta posición, para mí el placer será muy poco al eyacular. Prefiero hacerlo estando yo sobre ti, intentando que llegues de nuevo al orgasmo.

- No te preocupes por eso. Yo ya lo he conseguido. Lo único que quiero ahora es sentir como te derramas en mi interior.

- De acuerdo. Esto hace que sea más relajado y no me preocupe de intentar que llegues de nuevo pero, una vez puestos, no cuesta nada intentar que lo consigas otra vez.

Cambiamos de posición y entre besos y caricias la excitación volvió a crecer.

Cuando se consideró casi a punto de llegar dobló las piernas, colocando las rodillas a la altura de sus hombros para permitir la máxima penetración.

Mis brazos pasaron bajo sus piernas para entrelazar sus manos con las mías. Nos acomodamos el uno al otro, ella abriendo las piernas y yo atacando de forma continua, en un intento despiadado de llegar hasta el fondo de sus entrañas.

Ambos estallamos a la misma vez en un grito de placer, mientras yo intentaba, ya con lentas y suaves acometidas, que todo el semen de mi interior pasase a su útero, cuyo cuello abrazaba mi glándula como si de unos labios se tratase, consiguiendo el efecto de una ventosa; un beso succionador e interminable.

Las manos se soltaron, permitiendo que sus piernas, aun abiertas, se extendiesen sobre la cama. En esta posición y, sin permitir que mi cuerpo abandonara el interior de su cuerpo, dejamos paso a un relax plagado de besos y caricias.

- Nunca había conseguido dos orgasmos en el mismo acto. No estaba equivocada al pensar que una persona tan sensible con las palabras, también tenía que serlo en la cama.

- No creas que esto pasa siempre. Ha sido más tu participación y tus ganas de llegar que mi experiencia, pues eres capaz de moverte de una forma tan maravillosa que consigues, que una relación sexual, sea una verdadera obra de arte.

Me deslice hacia su lado derecho para quedar acostado junto a ella, mientras mantenía mi brazo derecho sobre su vientre en un semi abrazo, reposando mi cara sobre su pecho. Su brazo derecho, extendido al filo de la almohada, quedó bajo mi nuca con la mano apoyada en mi cabeza.

Al mirar el reloj observé que había pasado hora y media desde mi llegada. Se lo hice saber y también que se me agotaba el tiempo, por lo que abandoné la cama y procedí a ducharme.

Una vez vestidos, nos despedimos con un prolongado beso que se transformaba en otro, y otro, y otro, y...

A modo de despedida dijo: no quedemos en nada fijo. Simplemente te llamo o me llamas.

- De acuerdo. Dije mientras rompía el abrazo para iniciar el regreso a casa, dejando otro beso como fianza de la promesa de volver a vernos.

La boca de las dos personas que escucharon el relato de mi “aventura”, estaban totalmente abiertas.

- ¡Joder macho, no conocía esa faceta tuya! Yo creía que los poetas erais más... espirituales.

- Vamos, que eres de los que piensan que todos los poetas son poco menos que maricones, cuando no lo son del todo. Pues aprende que, a las mujeres, además de los machos dominadores también les gusta que los hombres sean sensibles, y sobre todo, cariñosos.

Desde luego ambos se creyeron toda la historia, pero nunca sabrán que esa historia sólo era un sueño forjado sobre la marcha.

Tampoco sabrán que esa mujer y su promesa de ser mi amante son reales. Tan reales como la vida misma. Pero que esa mujer... esa mujer jamás cumplió su promesa de ser mi amante.

MOLINO NUÑEZ,

M^a del CARMEN

MARCELINA LA TORTUGA

En un país lejano nació una tortuga a la que sus padres pusieron por nombre Marcelina. Vivían en una cordillera que tenía siete colinas.

Marcelina era feliz y crecía arropada por el cariño de sus papás.

El día que cumplió diez años Marcelina pensó: con lo mayor que soy y todavía no he salido de este lugar, creo que ha llegado el momento de conocer lo que hay en las otras colinas y ser libre.

La tortuga hizo un hatillo con las cosas que ella creyó imprescindibles y, sin decir nada a nadie comenzó a andar hacia la libertad. Subía y bajaba por abruptas sendas y cuando la luz del sol comenzó a desaparecer y la noche tendía su manto, Marcelina sintió miedo de las sombras, que de los árboles, proyectaba la luna con su luz, pues pensaba que eran monstruos que querían cogerla, por lo que comenzó a llamar a sus papás sin éxito.

¡Que sola se sentía Marcelina! ¡Como añoraba a su familia, su comida su casa, donde se sentía protegida y segura!

Corrió todo lo rápido que una tortuga puede hacerlo, para desandar lo que había caminado y volver con los suyos, pero sólo consiguió perderse entre la maraña de árboles, zarzas y matorrales que crecían en esa montaña.

Cansada y asustada decidió meter la cabeza dentro de su caparazón y esperar la llegada del nuevo día. A la mañana siguiente, la tortuga sacó la cabeza y miró a todos lados, intentando encontrar algún punto de referencia para volver a su casa, divisando a lo lejos una luz que brillaba con intensidad y hacia allí se encaminó.

La luz eran unas diminutas gafas de color plateado. Marcelina las cogió mientras pensaba: buscaré a la persona que las ha perdido, y continuó caminando, hasta que un rato después, ya fatigada, se detuvo para descansar.

Miraba una y otra vez las gafas con curiosidad y decidió probárselas.

Al ponerse las gafas, apareció ante ella una ciudad con grandes y bellas casas de estilo palaciego y por sus calles transitaban cientos de personas de color verde con unos grandes ojos y unas orejas puntiagudas que, curiosamente, todas se dirigían al mismo lugar.

Marcelina preguntó a una de ellas: ¿Quiénes sois u hacia donde vais?

Somos cuidadores de libros y nos dirigimos a la biblioteca para salvarla de la invasión nuestros peores enemigos: los devoradores de libros, que quieren destruirlos para que no haya cultura y ser ello los que dominen nuestro mundo.

Marcelina decidió seguirlos, con tan mala suerte que tropezó y se le cayeron las gafas, y sin ellas, la ciudad desapareció.

Siguió andando y, un poco más adelante volvió a ponerse las gafas, y entonces se encontró en un inmenso prado de exóticas flores en las que el amarillo, el rojo y el lila y otros muchos colores, contrastaban con el verde y el marrón de sus hojas y tallos.

En el centro, un frondoso seto llamó la atención de la tortuga que, al aproximarse y mirar por un pequeño hueco que había quedó maravillada, pues en el interior, unas bonitas flores acampanilladas y de color anaranjado comenzaron a abrirse y de su interior, pequeños seres alados, salían batiendo sus alas llenando el paisaje de alegría y color, mientras formaban una gran algarabía.

Marcelina gritó para hacerse oír y les preguntó: ¿Quiénes sois? a lo que le respondieron: Somos los cuidadores de los bosques y jardines y nuestra misión es, evitar que los hombres con su avaricia, destruyan la tierra al arrasar los árboles, plantas y flores, que limpian la atmósfera que respiramos de todos los contaminantes con que ellos la envenenan.

Marcelina pensó que, como ella no tenía alas, no podía acompañar a sus nuevos amigos y siguió caminando.

Notó que por su rostro resbalaba un líquido y que unas finas gotas plateadas, formaban un charco ante ella, mientras todo el colorido que había ante si

comenzaba a desaparecer y se dio cuenta de que el sol iba fundiendo las gafas, y sin ellas, la tortuga volvió a quedarse sola en la montaña.

Marcelina lloraba, no podía dejar de hacerlo al recordar lo bien que se encontraba en su colina con todos los que la querían y la tristeza la embargaba.

Entre los trinos de los pájaros le pareció escuchar una voz conocida y no sabía si estaba soñando o era la voz de su papá que la estaba llamando.

.- ¡Estoy aquí! gritó Marcelina.

Sus papás, al notar su ausencia, habían salido en su busca y, Ayudados por los animales y aves que poblaban esa montaña, la habían encontrado.

¡Qué alegría! dijo Marcelina. No volveré a salir sin vuestro permiso, pero os digo que, aunque ha habido momentos en los que he sentido miedo, también los ha habido muy bellos al ponerme las gafas.

Los padres pensaron que su hija deliraba, pues allí no había ningunas gafas, sólo había un charco de agua plateada en el que los rayos del sol tomaban formas y colores variados y...

Colorín colorado, este cuento ha terminado.

EL CUMPLEAÑOS DE JUDIT

¡Mañana es mi cumpleaños! gritaba Judit en el jardín que rodeaba la gran mansión en la que vivía con sus padres, abuelos y todos los criados que se encargaban de las faenas de la casa.

Como todos los años, cuando llegaba ese día, la niña soñaba con una gran fiesta, una enorme tarta con múltiples pisos y con recibir una gran cantidad de regalos. Eso era lo que escuchaba contar a sus compañeros en el colegio.

Y también, como todos los años, se preguntaba: ¿Por qué yo no he tenido nunca una fiesta de cumpleaños?

Su pregunta, hasta hoy, nunca había tenido respuesta. Pero ella gritaba al viento que llegaba su cumpleaños.

Esa mañana se había levantado muy temprano y después de pasear por el jardín, decidió volver a su habitación para preparar los deberes que tenía que llevar el lunes siguiente al colegio.

Uno de los ejercicios hablaba de música. Judit se extrañó pues era la primera vez que escuchaba esa palabra, ya que jamás se había pronunciado en su casa, al igual que tampoco se había hablado nunca de instrumentos musicales.

Volvió a salir de su habitación, pero parecía que la casa hubiese quedado desierta y que sólo la niña la habitara. Deambulando por la casa sintió hambre y entró en la despensa y, de las muchas cosas que allí había, una bolsita de color verde escondida en un rincón de la alacena, llamó su atención. Puso un taburete y subiéndose en él, cogió la bolsita.

Unos dibujos que le eran completamente desconocidos, estaban pintados en negro. Salió Judit con su hallazgo, y se dirigió al jardín tratando de abrir aquel saquito para ver qué contenía, pero tiró tan fuerte que el saquito se

rompió y cayeron al suelo unas pequeñas bolitas doradas. Se agachó para intentar recogerlas pero, en ese momento, unas gruesas gotas de agua empezaron a caer, desprendidas de una nube muy negra que estaba situada encima de la casa y que, enfurecida, lanzaba cada vez con más fuerza una gran cantidad de gotas que daban paso a una lluvia que lo cubría todo.

Judit corrió, buscando refugio en la casa para no mojarse.

La lluvia duró todo el día, mientras la niña se preguntaba, una y otra vez, que habría sido de las pequeñas bolitas doradas, preguntándose sin cesar qué habría sido de aquellas pequeñas bolitas.

La mañana de su cumpleaños amaneció con una diáfana luz colándose a través de los cristales de la ventana, iluminando toda la estancia y despertando a la niña un ruido atronador que se escuchaba por todo el entorno.

Asombrados, todos se asomaban al jardín, lugar de donde procedía el sonido, y todos quedaban atónitos pues, esparcidos por el suelo, como si hubiese sido un sembrado que hubiese germinado, había violines, trompetas, contrabajos, acordeones, flautas, armónicas, oboes y ¡hasta un piano!

-Papá ¿qué son esas cosas que hay en el jardín y que hacen tanto ruido? preguntó Judit.

-Mira pequeña, dijo su papá, eso son instrumentos musicales y sirven para alegrar en muchas ocasiones, aunque también hay música para los momentos tristes.

-Pero papá ¿por qué hacen ese ruido tan molesto? Tú dices que la música es alegre y que nos entretiene, ¿por qué esta no se puede aguantar?

-Hija mía, lo que ahora oímos es el sonido de los instrumentos sin orden ni concierto. Para que haya música hace falta una persona que los controle y les ordene cuando deben tocar y cuando deben callar; a esa persona se le llama director de orquesta.

Su padre se dirigió al salón y abrió la puerta de un armario, del que sacó una varita de madera que mostró a la niña.

-¿Eso qué es?

-Esto se llama batuta y con ella, y la mano experta del director, se puede hacer una música maravillosa.

-¿Por qué guardabas tú esa batuta en el armario?

-Yo era director de orquesta antes de que tú nacieras.

-Y si eras director de orquesta ¿por qué nunca me has hablado de música ni de instrumentos y en casa nunca se ha oído ni una sola nota musical?

-Cuando tú naciste, un duende musical que me tenía mucha envidia, porque tocaba mejor que él, nos echó una maldición: si se hablaba de música o volvía a tocar, nunca serías feliz, y como para mí, lo más importante en la vida es tu felicidad, nunca te nombré nada que tuviese relación con la música.

-¡Oh papá! y ¿ahora qué va a pasar?

Judit comenzó a llorar sin consuelo. Sus ojos parecían dos riachuelos después de un día de lluvia.

Sus padres la abrazaron, pero no podían calmarla.

En ese momento, un ruido y una ráfaga, como si fuera un relámpago, hizo que todos los reunidos miraran hacia el lugar en el que había aparecido un duende de cara sonriente que, dirigiéndose a la niña y a sus papás les dijo:

-Soy el duende de los instrumentos musicales y no me gusta que nadie viva sin conocer la música y a quienes la producen, por eso coloqué el saquito en la alacena, previendo que, en algún momento, Judit la encontraría y conocería lo que ahora sabe.

No tengáis miedo porque todo ha terminado y el duende musical ya no tiene poder sobre vosotros; a partir de hoy, le dice al padre de Judit, puedes volver a tu trabajo como director y enseñar a tu hija todo lo relacionado con la música.

Ese día, el cumpleaños de la niña se celebró como ella siempre había soñado, incluida la tarta.

Su padre, batuta en mano, le ofreció la mejor canción de cumpleaños que jamás se había compuesto cuando, con maestría, dirigió a todos los instrumentos.

La niña, muy feliz, pensó que, de mayor, sería directora de orquesta.

LUGAR DE LOS ABABOLES

Yo no había creído nunca en las predicciones de los horóscopos y, aunque sigo sin creer en ellos, sí que pienso que, alguna vez, suelen acertar en lo que dicen.

Esa semana, ojeando una revista que, por casualidad, cayó en mis manos, al llegar a la página en que se encontraban las predicciones para esos días, según un experto en la materia, leí lo referente a mi signo, algo que hice automáticamente y que, al poco, ya no recordaba, pero que quedó guardado en algún rincón de mi memoria, como más tarde pude comprobar.

Ese domingo me invitaron a un viaje y, como no tenía ningún compromiso que me lo impidiera, acepté.

Por la autovía circulaban gran cantidad de coches y me entretenía en sumar los números de sus matrículas para pasar el tiempo. Absorta en esta tarea pasaban los kilómetros. Ahora, a ambos lados de la autovía se extendían unas praderas a las que, la primavera, ayudada por las lluvias caídas durante el invierno, había dotado de un manto verde salpicado de margaritas silvestres, algunos lirios de campo y de frágiles, pero no por ello menos bellas y alegres amapolas.

Quedé embelesada mirando el paisaje, mientras penaba en la grandiosidad de la naturaleza y de, cómo es posible que, unas veces de forma inconsciente, y otras no tanto, los seres humanos seamos capaces de maltratarla con nuestro afán de riqueza.

Con mis divagaciones, a punto estuve de perderme aquello que me llenó de ternura e hizo que aquel día fuera maravilloso.

¿Cómo algo tan pequeño puede despertarnos tantas sensaciones?

Todavía, y ya ha pasado un tiempo, no tengo una explicación, y mira que la he buscado pero... volvamos a esa mañana de domingo a mi viaje por la autovía.

Un coche de alta gama, que circulaba por el carril contrario al mío, hizo que mirase hacia la carretera. El negro del asfalto la cubría.

De pronto, ante mis ojos aparecieron, esbeltas, aquellas tres rojas amapolas; sus hojas se movían, mecidas por el aire que producían los coches con su velocidad.

Desafiantes, las tres amapolas habían nacido en un pequeño hueco que había quedado sin asfaltar. No sé si otros viajeros habían reparado en ellas, ni el tiempo que estarían hay, desafiando al hombre -el ser más perfecto de la creación- aguantando la gran cantidad de vehículos que transitaban por el lugar.

Juntas las tres, cómo una familia a la que nada ni nadie podría desunir.

El viaje continuó pero, mi alma se había quedado en aquel lugar de la autovía en el que habían crecido las amapolas.

Pasé el día inquieta y pensando qué sería de las florecitas, ¿seguirían estando vivas o, por el contrario, algún coche les habría truncado la vida?

Deseaba que llegase la hora de volver para comprobar si aquellas amapolas seguían luciendo altivas su esbelto tallo y sus rojos pétalos.

La ternura, era la aptitud que tenía en mi interior y que me acompañaba desde la mañana, ya que ese día admiraba todo lo que me rodeaba. De una manera especial, mis sentidos se encontraban más sensibles y receptivos que otras veces. Entonces, como un rayo de luz que surge entre las nubes iluminando todo el entorno, en mi mente apareció, nítidamente, la predicción que, días antes, había leído en el horóscopo: Un viaje que vas a realizar, sacará toda la ternura que haya dentro de tu corazón.

Al regreso, el sol se fue escondiendo para dar paso a la luna y con ella a la noche, que me impidió distinguir en el carril, por el que ahora circulábamos, aquellas atrevidas amapolas, por lo que seguí con la incertidumbre de si seguirían existiendo, o si su vida habría finalizado.

En un primer momento pensé que, al día siguiente, me acercaría con mi coche hasta ese kilómetro de la autovía al que yo había bautizado cómo: el lugar de

las amapolas., Pero luego pensé que sería mejor no volver y continuar manteniendo el recuerdo de ese ramillete de vivaces ababoles, con sus frágiles tallos, sus finas hojas de un rojo intenso, y su centro absolutamente negro, cómo un ojo forjado por del retazo de una noche sin estrellas.

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ,

ANTONIO

EL VERANO PASADO

De pequeño, recuerdo vagamente haber oído a mi madre, en aquellas tardes de verano, cuando se sentaba en el porche en plena siesta a hablar con su vecina preferida, al tiempo que se aseguraba de que yo cumpliera con el diario mandamiento de guardar el reposo de la comida, filosofar sobre su propia vida, haciéndole a su vecina aquellas profundas consideraciones que la vida misma se había encargado de enseñarle a ella.

Tenía mi madre un sentido muy especial de la vida, unas opiniones personales, que hacían que un servidor, aunque no entendiera entonces casi nada de lo que ella decía, fuera absorbiendo inconscientemente como una esponja aquellos subliminales mensajes suyos, aquellas valiosas enseñanzas y opiniones maternas, guardándolas celosamente en mi infantil memoria.

Aseguraba mi madre rotundamente, que en esta vida se puede ser feliz o estar casado. Que el hombre, a pesar de tener la suerte de nacer soltero, se empeñaba burdamente en recorrer cada uno de los estados que la propia vida le iba sugiriendo: novio, casado, arrepentido, separado y reincidente. Que una cosa era beber los vientos por un tío y otra muy distinta el vivir con él y que estaba absolutamente convencida de que cuando una cita con el ginecólogo comenzaba a verse como más interesante que una cena romántica con el marido, el divorcio planeaba ya muy cerca.

No obstante esto, afirmaba mi madre, el matrimonio tenía algunas pequeñas cosas buenas. Te enseñaba a ser tolerante, paciente, a saberte dominar... pero no te engañes – decía echando de nuevo el carro por las piedras – el sexo es el precio que nosotras tenemos que pagar a cambio del matrimonio y el matrimonio es el precio que tienen que pagar ellos a cambio del sexo. Por eso nosotras preferimos siempre hacer el amor con la luz apagada, porque en el fondo no nos

gusta ver cómo ellos se divierten. Ellos lo prefieren al contrario, pero por el temor a equivocarse de nombre con nosotras. Por eso mismo nosotras tenemos que fingir el orgasmo a veces, mientras que ellos no serían capaces de poner adrede una expresión así en su cara. Es más – aseguraba – los hombres acostumbran a llamarle a su pene con algún nombre sonoro y familiar porque les fastidiaría que un desconocido tomara por ellos el 95% de sus decisiones. Además, créeme, las mujeres siempre necesitamos una buena razón para el sexo, ellos sólo un sitio.

Todas estas reflexiones de mi madre en voz alta, y otras muchas más de este estilo, iban calando, a través de la ventana, en mi juvenil alma. Y como a una madre hay que reconocerle su sabiduría y respetarla por encima de todo, en cuanto llegaron los primeros síntomas con mi contraria, ya sabía yo lo que se me venía encima.

Hace ahora dos años, en verano, un servidor cambió de estado, de estado social me refiero, y tras el desconcierto primero, del hundimiento emocional y la euforia después, que de todo hubo, llegué a la conclusión de que, una vez dado el paso, debería de aprovechar mi nueva situación de flamante separado para hacer de una vez por todas - la redundancia es obligada en este caso – todas aquellas cosas que siempre quise hacer y que, por uno u otro motivo, nunca hice o no me dejaron hacer.

Mientras, a principios del verano pasado, alguien se preocupó de que me enterara de que mi ex se había echado novio. No sé muy bien si la noticia me produjo celos o envidia. A mí, en el fondo, no me disgusta el que mi ex lo hiciera, tiene todo el derecho del mundo a rehacer su vida, aunque hubiera preferido que lo hubiera hecho a escondidas mías. A pesar de la educación siempre queda algo de macho ibérico en nosotros.

De lo que sí me sirvió dicha noticia fue para convencerme, de una vez por todas, que debería de aprovechar mi recién recuperada libertad, aunque en este caso fuera forzada por la clara postura de mi contraria a la posibilidad de seguir viviendo juntos algún día, para planificar con sensatez y decisión la realización de

algunos proyectos dejados “provisionalmente” de lado toda mi vida. Era uno de estos supuestos el caso de aprender inglés de una puñetera vez. ¡Mira que lo había intentado veces con anterioridad! pero nunca con la fuerte decisión del pasado verano. Me di cuenta de que ya era para mí una cosa de importancia vital y que, o lo lograba entonces, o ya nunca lo conseguiría *en jamás de los jamases*.

Había siempre fracasado total y lamentablemente tanto en los cursos por correspondencia – al sexto curso de este estilo dejé ese sistema por mi absoluta falta de voluntad para darle una mínima continuidad –, como por internet, en las tres academias del pueblo y hasta con varios profesores nativos, que de todo tuve.

Pero el hombre como especie, no como género, se distingue de los animales porque es capaz de tropezar reiteradamente con la misma piedra no sólo dos veces, sino bastantes más.

Respecto al aprendizaje con el uso de personal nativo, tan recomendado cuando no te es posible ser tú el que se desplace al país de origen y a tener que enfrentarte crudamente al idioma y salir airoso o morir en el intento, tuve al final diferentes alternativas aunque, tengo que reconocerlo amargamente, todas con el mismo resultado: nulo.

Para comenzar mi proyecto cultural lingüístico, de primeras, me hice con una profesora nativa, nativa ella de Boston. Una pelirroja bajita que hablaba con voz de camionero alcohólico, mascaba chicle sin parar y a la que como apenas entendía con su voz gangosamente anglosajona cuando me hablaba en español, menos aún le entendía nada en inglés. Simplemente un desastre. Me duró como profesora tres semanas y ante el nulo avance de mi dominio sobre la lengua de Shakespeare tuvo una crisis de ansiedad, dudas muy serias entre matarme o suicidarse, y al final, en un ataque de sensatez me abandonó sin previo aviso. Ahora es muy amiga de mis padres, a los que conoció en una de sus visitas e hicieron muy buenas migas. Como yo salía de vez en cuando alguna tarde a hacer mis cosas y ella se quedaba en casa con ellos, la invitaban a merendar o cenar. Tomó tal cariño por la cocina mediterránea que se hizo adicta a ella, en mi casa

claro, y repetía constantemente qué como en España no se comía en ningún sitio. Mis padres estaban encantados con ella y me decían que nunca hubieran sospechado que los extranjeros pudieran ser hasta buenas personas como nosotros. Ahora come en casa de ellos casi todos los domingos.

Como no podía desistir en mi empeño al primer contratiempo, me hice de otros dos profesores nativos, nativos estos de Liverpool, y gays por más señas. Yo no aprendí más inglés del que ya sabía pero ellos llegaron a defenderse muy bien en castellano. Esto fue así porque les tuve que ir acompañando por sus garitos hasta que dominaron la jerga al uso en su mundillo y pudieron así prescindir de mí y disfrutar ricamente de su ambiente natural. Llegado ese momento me abandonaron sin explicación alguna. Quiero suponer que algo tuve que decir o hacer que les molestó. Bueno... al menos me alegro porque lo intenté y porque al final quedó intacto mi propio orgullo, mi estima y alguna otra cosa más que no viene ahora a cuento.

El tercero de los intentos no salió mucho mejor. Fue con otra nativa – esta vez nativa de Albacete – con la que no tuve que verme en la necesidad de enseñarle español pero a la que tuve hospedada en mi casa durante una temporada, por no sé muy bien qué motivos. Algo me pareció entender sobre el carácter poco amable de la patrona de su pensión y de sus diferencias irreconciliables con ella en cuanto a la asiduidad del pago de la habitación. Desde luego - me aseguró – iba a ser una cosa absolutamente provisional y a mí, en el fondo, me daba lástima que se tuviera que volver a Albacete fracasada y - metafóricamente hablando - con el rabo entre las piernas.

Al mes, mis padres me preguntaban todos los días qué cuando se iba a ir a su casa porque, a su entender, no sólo les ponía mala cara cuando ellos estaban, sino que no les dejaba hablar en voz alta porque le molestaba el runrún de su conversación para sus estudios. Insistían de que poco a poco me iba comiendo el terreno y que acabaría pidiéndome la escritura de la casa para ponérsela a su nombre. Discutíamos frecuentemente sobre quién iba a atreverse a ponerle las

maletas en la puerta de la calle. Al final todo se precipitó por sí solo, cuando una noche volví a casa antes de lo previsto y me la encontré en mi cuarto montándoselo en grande con un enorme individuo de color oscuro que, por la pinta, no parecía ser también de Albacete. Menos mal porque, en otro caso, hubiera comenzado ya a preocuparme seriamente por parecerme todo aquel asunto una conspiración manchego-masónica contra un servidor.

Se me excusó la moza alegando que mi cama era mucho más grande, mucho más espaciosa que la suya y que, dado el tamaño del colega, no le había parecido oportuno usar la suya por si en un arrebató erótico-pasional se le caía y se le escoñaba... y luego a ver quién cargaba después con todo ese rollo de indemnizaciones y demás. No, si buenas palabras siempre tuvo.

Así que, visto lo visto, decidí no usar más mi casa como punto educativo y de formación lingüística y abandonar la idea de poder ligar algún día fluidamente con alguna hija de la Pérfida Albión sin tener que recurrir al lenguaje universal de los gestos, porque hay gestos en esto del ligar que resultan demasiado expresivos o, digamos, demasiado universales, aunque a veces, tú no estás nunca muy seguro de si ella te ha entendido como lo que tiene que entender o bien entiende falsamente que la invitas a dos cafés o a pasar la tarde esquiando.

Tras tan sonoro fracaso sobre el aprendizaje de la lengua y cultura anglosajonas, me decidí por dejar ese tema definitivamente zanjado, pasar página e intentar resolver otra de mis grandes obsesiones incumplidas: la música.

Como en el pueblo no hay Conservatorio pero si un cartero jubilado que, por las tardes, enseña a tocar instrumentos musicales de cuerda para abastecer de miembros a la peña folclórica del pueblo y su rondalla, decidí pues que era el momento justo de conseguir aprender a tocar la guitarra y sacarme, de una vez por todas, ese trauma que desde la infancia tuve ante los que, sin conocimiento alguno, simplemente de oído, lograban sacarle a cualquier instrumento unas notas musicales decentes.

Hablé con el cartero musical, me apunté a su clase de las tardes y me recomendó que, para comenzar mis estudios musicales, mejor me comprara una guitarra más bien normalilla ya que con algo corriente me sería suficiente para empezar. Como no tenía ni preferencias ni conocimiento de dónde hacerme con una guitarra de esas características, el profesor me recomendó que fuera al pueblo de al lado y adquiriera una en Ataúdes Cadí. Ante mi extrañeza respecto al nombre del establecimiento, me aclaró que su dueño era un buen amigo suyo, gran entendido en la materia y que tenía la habilidad de qué, con lo que le iba sobrando en su industria de construcción de ataúdes, lograba sacar unas guitarras con unas voces estupendas, superiores la mayoría de las veces a otras de mayor precio. Me aseguró de nuevo qué, para comenzar, aquel instrumento me sería más que suficiente y tiempo tendría después, cuando ya dominara el tema, de hacer entonces una inversión en toda regla. Me dijo, así mismo, que me presentara a su amigo como que iba de su parte.

Aquel hombre me atendió muy amablemente, me enseñó unas cuantas guitarras que tenía en exposición y ante la solicitud de su experta ayuda para escoger una de ellas, sesenta y dos euros tuvieron la culpa de que me convirtiera esa tarde en un nuevo proyecto de músico de cuerda, equipado ya de primeras con una fantástica guitarra.

Al cabo de tres meses de clases, tres veces a la semana por la tarde, no era capaz de afinar el instrumento, no distinguía una nota de otras, aprendí mecánicamente algunos acordes y poco más aunque nunca llegué a saber cuándo usarlos, desconcertaba a toda la clase cuando me atrevía a intervenir en cualquier pieza que se ensayara, desafinando a mi aire, sacando de ritmo a los demás y acabando con la paciencia y buena voluntad del profesor. Tanto fue esto así y tenía tan desesperado al pobre docente que, hablándome aparte, temblorosa la voz y con lágrimas en los ojos, se ofreció a comprarme la guitarra y perdonarme la cuota del último mes si dejaba voluntariamente las clases y no aparecía de nuevo por ellas. Me dijo que no había conocido nunca a nadie tan negado para la música como yo y

que él único instrumento de “cuerda” para el que quizás pudiera tener, no lo afirmaba tampoco, alguna predisposición natural podría ser la campana de la iglesia. Del resto, me aseguró muy seriamente, es mejor que me olvidara.

Hay cosas que te marcan duramente para toda la vida. Ésta fue una de ellas. Bueno..., no fue un verano especialmente provechoso, pero al menos me quedó muy claro qué cosas no me merecían ya la pena intentar de nuevo en el resto mi vida...

VILLALOBO

Cada año, cuando la primavera se acerca, uno comienza a pensar de qué forma se las maravillaría para que las vacaciones de verano fueran ese año distinto, diferente, con otra gracia, y que dentro de tus posibilidades económicas acabaran siendo memorables.

Uno tiene ya una edad en que el turismo de sol y playa comienza a cansarle. Cada año en un sitio distinto, a merced de las condiciones meteorológicas que casi siempre se empeñan en fastidiarte el mayor número posible de días, la amenaza real o posible de los controladores de vuelo, del personal de Aena, del de RENFE, el de los cocineros de la Transmediterránea, de los conductores de burro-taxis o el de cualquier otro colectivo que en vez de irse ellos también de vacaciones como cualquier otro hijo de vecino, se dedican – y no digo yo que sus reivindicaciones no sean justas, ¡por Dios! – se dedican, repito, en fastidiar todo lo posible al sufrido turista que, entre apretujones en la playa, codazos en el chiringuito, las molestas quemaduras, molestas sí pero estrictamente necesarias para poder demostrar, luego en la oficina, que se estuvo de vacaciones en una paradisiaca playa caribeña, los gritos y juergas de los del piso de arriba hasta las cinco de la mañana, los camiones de la basura a las seis, el panadero a las siete, el *pescatero* a las ocho y el abuelo del piso de al lado que convoca a las nueve a toda la familia al desayuno a toque de arrebató con cucharón y cacerola... al cabo de una semana uno maldice en todos los idiomas que conoce, incluido el gestual, a todo su entorno, se maldice a sí mismo y se jura no volver a caer en la misma tentación al año próximo... si es que las huelgas del puente de vuelta te permiten volver a casa.

Es por eso que para aquel año decidí cambiar radicalmente mi formato vacacional. Nada de playas, nada de viajes organizados a ningún sitio, nada de agencias de viaje, ni hoteles, trenes, aviones, caravanas, quemaduras, chiringuitos, vecinos ni abuelos con cucharón...

Ese año me pasé al turismo rural. Me convencieron y me convencí de que era lo mejor. Algo allí tan cerca de uno, tan cómodo, tan rustico, tan sano, libre de inconvenientes, económico y sobre todo natural. Una fuente de salud a tu alcance. Un paraíso de paz y tranquilidad para el reposo de tu sistema nervioso. Una relación sencilla con gentes sencillas, sin doblez, auténticas. ¡Ya ves! tan cerca y tan desconocido al mismo tiempo.

Una vez llegado a esta trascendental decisión lo primero que vino a cuenta era escoger dónde ir de turismo rural, porque claro, el campo es muy grande y los pueblos rurales los han puesto todos en medio del campo, pero ¡ajo! hay que saber dónde están. Además todos los pueblos, por muy rurales que sean, no sirven para esto del turismo rural. Porque si sirvieran todos lo mejor sería irse cada uno a su pueblo, al propio de siempre, el de los primos y demás familiares. Allí donde nos llevaba nuestro difunto padre tantos años y de los que recordamos, sobre todo, por la cara de “alegría” de la familia cuando nos veían llegar. Un turismo económico, casi gratis, y rodeado de cariño y atenciones de todos los tuyos. Pero bueno como eso era tema para otra ocasión, me centré en escoger el pueblo ideal para pasar las vacaciones de ese año en un entorno absolutamente rural.

Consulté con un amigo y me dijo que como todos los pueblos no valen para esto del turismo rural, lo mejor era consultar una guía. El pueblo a elegir tiene que ser rústicamente especial, con empaque, con solera y desde luego aceptado y asumido el tema por sus sencillas gentes, para cumplir ellas el papel que les corresponde en todo esto del turismo rural. Así que me dediqué en primer lugar a buscar una acreditada guía de pueblos rústicamente especiales en la que poder elegir, por distancia y por entorno geográfico, aquel pueblo que cumpliera el

mayor número posible de expectativas turístico-rurales para las vacaciones veraniegas de ese año de un servidor.

Siguiendo las sabias indicaciones de mi amigo rastree por internet, ayudado como siempre por Google, una serie de pueblos rústicamente especiales dedicados como primera industria local a eso del turismo rural. Después de sospesar mil pequeños detalles llegué a la conclusión de que el pueblo que cumplía todos los requisitos por mí buscados en esta primera incursión hacia el turismo de pueblo era, sin lugar a duda alguna, Villalobo.

Está situado Villalobo, según palabras de su alcalde en la guía, en un enclave excepcional e irrepetible, a caballo entre las provincias de Albacete, a la que pertenece administrativamente, y las de Granada y Murcia, y por tanto en plena sierra de Segura, en la ladera sur de una agreste colina al pie de un semiderruido castillo de la época de antes. Tiene 200 habitantes en invierno y algunos más, no muchos, en verano. Su vida depende casi exclusivamente de la agricultura y ganadería aunque últimamente está floreciendo aquella otra del turismo rural, mimado por sus habitantes a tenor de las palabras del alcalde. Estaba claro que ése era el pueblo rural de mis sueños.

Dentro de la oferta turística de Villalobo se podía escoger entre alquilar una casa vacía, eso sí con todas las comodidades normales de una casa de pueblo o bien la otra opción de alquilar una sola habitación conviviendo con los dueños. Cada una de estas opciones tenía sus ventajas y desventajas de las que yo no estaba muy seguro de entender a priori por mi falta de experiencia en este novedoso sistema vacacional.

Al final me decidí por algo intermedio, una casa vacía aladaña a la de los dueños, con los que conviviría en cierto modo y compartiría parte de su infraestructura al tiempo que me daba más libertad de entrada y salida el hecho de dormir en la casa vacía.

Puesto al habla con el alcalde, cuyo teléfono era el único que figuraba en la guía, el hombre me explicó algunas particularidades del pueblo, me felicitó por

mi elección de Villalobo como destino vacacional y me auguró una estancia inolvidable. Al mismo tiempo me pasó un número de cuenta bancaria para que hiciese el depósito del importe de la reserva, detalle este imprescindible para asegurarme la elección.

Se notaba en su acento un cierto gracejo rural muy adecuado para su papel de gestor de toda la industria hotelera del pueblo, oferta que estaba toda ella a su cargo. Era, me dijo, una manera de evitar la competencia desleal, la guerra de precios, el homogeneizar la oferta y los servicios y asegurar la calidad veraniego-vacacional de la gente que se acercara allí a pasar unos días. Se le notaba suelto y puesto en el tema. Me dijo también que en cuanto recibiera el ingreso de la reserva, que ascendía al cincuenta por ciento del total a pagar por aquella semana de agosto por la que yo estaba interesado, me enviaría vía correo ordinario un sobre con el recibo de la reserva, un plano general del municipio para que fuera haciéndome a la idea de dónde iba y unas recomendaciones sobre ropa, calzado y demás cosas que habría de llevar, unas como imprescindibles y otras sencillamente accesorias. En dicho sobre adjuntaría además una detallada lista de actividades guiadas puestas a mi disposición para su disfrute en esos días que habría de compartir con las gentes del pueblo.

Efectivamente, pasados unos cuantos días, recibí en casa el sobre con todo aquello en su interior que me anunciara el alcalde. Leí detenidamente, incluso con deleite, aquellos folletos en donde se describía todo lo que encontraría allí a mi llegada: un local social con televisión y baile popular la tarde del domingo, tres tabernas típicas, una piscina municipal de reciente construcción, una caseta de información turística con las rutas de senderismo cercanas y deportes al aire libre, excursiones guiadas por los alrededores, posibilidad de coparticipación en las labores del campo, etc. etc. y por supuesto la amable acogida de los lugareños encantados todos de tenerme entre ellos.

Cada vez me gustaba más la idea de mis nuevas vacaciones y me felicité por el acierto en la elección, tanto del sistema, como del pueblo en cuestión. Estaba convencido de que serían unas vacaciones inolvidables.

Llegado el día del viaje, partí feliz y contento hacia mi destino turístico-rural con todo el equipaje emocional que aquellos días de libertad y descanso habrían de proporcionar a mi espíritu, castigado tantos meses por esta nuestra civilización tan opresiva y decadente.

Tras un viaje absolutamente normal llegué con mi Fiat Punto, mi cámara de fotos, el PC portátil y el resto del equipaje a la Puebla de Don Fadrique desde donde partía la carretera vecinal que, atravesando la Sierra de Segura, me habría de conducir hacia Villalobo.

Cuando le pregunté a aquel vecino de La Puebla si era tan amable de indicarme el camino a seguir para llegar hasta Villalobo no entendí el principio de socarronería que me pareció entrever en su media sonrisa. Me dijo:

.- ¿A Villalobo? ¿Seguro que lo quiere usted es ir a Villalobo?

.- Pues sí, eso he dicho – le contesté.

Después de mirar dos veces al coche y otras dos a mí, prosiguió:

.- ¿Va a ir con este coche? Le advierto que el camino está bastante mal, infernal diría yo. No sé yo si con este coche tan pequeño no tendrá usted problemas...

Aquello me pareció como un insulto hacia mi coche y a su capacidad para viajar, así que le afirmé:

.- Este coche, ahí donde le ve usted, va donde vaya otro. Nunca me ha dejado tirado y por muchas cuestas que haya, que ya sé que hay muchas de aquí a Villalobo, y mal piso, éste me lleva con un par hasta el pueblo.

.- Bueno allá usted. Pero le advierto que eso de “mal piso” que usted cree que se va a encontrar le puede venir grande. Además le advierto que no hay cobertura de móvil en cuanto se adentre en la sierra. Mejor le vendría quedarse aquí en La Puebla a pasar esos días.

Estaba claro que había una envidia soterrada bajo las palabras aparentemente amables de aquel hombre buscando más hacerme desistir de mi viaje, y que me quedara allí en su pueblo, que informarme de la verdad. Estaba exagerando la nota a ojos vista.

Una vez me indicó el camino hacia Villalobo, me despedí de él dándole las gracias y retomé con alegría esta última parte de mi viaje hacia las soñadas y merecidas vacaciones.

Pronto desapareció el asfalto y la marcha se fue haciendo poco a poco pesada por el constante traqueteo, el evitar las piedras sueltas y los cada vez más grandes baches que iban ocupando casi la totalidad del camino. Por dos veces tuve que pararme, bajarme del vehículo y apartar como pude la enorme piedra que ocupaba la parte del camino que no era bache, algunos del tamaño ya de mi propio coche.

El viajar por aquel vial, al que no sé qué nombre darle, se fue haciendo cada vez más penoso. Hasta me pareció una burla los letreros, que de vez en cuando, al borde de “aquello” anunciaban:

“Modere la velocidad. Firme en mal estado”

.- ¡Velocidad, qué velocidad! Si seguramente llegaría antes andando... - refunfuñé-.

Al poco tiempo una nube de polvo fue apareciendo a lo lejos por el camino aquel y apartándome, me apeé del coche a la espera de que se acercara aquel vehículo y poder preguntarle a su conductor detalles de lo que me faltaba para llegar a mi destino.

Entre bufidos y gruñir de su amortiguación aquel vehículo paró a mi lado. Era un todoterreno de alta gama, cristales tintados, ruedas enormes, tracción total, aire acondicionado, tapicería de lujo y todo eso que los coches de ese estilo llevan.

Cuando el polvo comenzó a dejarme ver algo, dejé de toser, me acerqué al todoterreno que comenzó a bajar lentamente el cristal del conductor.

Al volante un hombre moreno, cubierto con una boina negra, curtido el rostro de sol y viento, cejijunto y cetrino, y vistiendo una camisa de cuadros con las magas remangadas, me miró dibujando una sonrisa indescifrable adornada por su dispareja dentadura.

Sin mediar palabra me dijo:

.- ¿Pa Villalobo, no?

Asiento con la cabeza. Prosigue.

.- Pos va usted bien... to seguio y llega. No hay pérdida. No hay otro camino asin que poco a poco y pal pueblo.

Después de darle las gracias y las buenas tardes pregunto:

.- ¿Y me falta mucho para llegar?

Me contesta:

.- Pos con ese coche, si no se espabila se le hará de noche, asin que mejor es que se ponga a la faena porque si tiene argún problema por aquí, en cuanto oscurece, no pasan ni los grajos y el móvil tampoco sirve pa na, asin que mejor que no le pase na...

Inocentemente le pregunto:

.- Oiga y ¿queda mucho de este tramo malo como dicen los letreros? Porque el piso no es que esté en mal estado, está infernal y tengo que ir con mucho cuidado porque el coche parece se me va a desarmar.

.- ¡Huy! Pos qué le diría yo. No es por alarmarle pero es que esos carteles ya son mu viejos y el camino malo, el malo de verdad, se lo tropezará dentro de poco. Y es más, los últimos cinco kilómetros mejor ni se lo cuento, son malos hasta pa este mío...

.- Pues sí que me da ánimos usted y eso que va con ese coche y ya dice que son malos. Por cierto vaya cochazo que tiene usted. Para ser de pueblo calza usted bien...

Inmediatamente me di cuenta de que acababa de meter la pata. El tipo frunció las cejas arqueándolas aún más y sacando casi medio cuerpo hacia mí por la ventanilla dijo:

.- Oiga es que yo soy del pueblo y conozco el percal. Yo no soy turista y vivo aquí todo el año, ¿me entiende? El que sea del pueblo no quiere decir que sea tonto. Es más ya hace años que no tenemos tonto en el pueblo. Con los que venís de fuera nos apañamos y le aseguro que estamos bien surtidos...

Dicho esto y sin mediar palabra más arrancó y se perdió camino abajo entre una nube de humo dejándome sacudiéndome el polvo y en la duda razonable de si seguir o ser prudente y volver por donde vine. Pudieron más las ganas de llegar que la prudencia y así, poco a poco, porque no había más remedio, me fui acercando a mi pueblo rústico, un pueblo en palabras de su alcalde “con encanto”.

Entre dos luces, con un corte en la cabeza producto de un cabezazo al espejo retrovisor en un bache tomado a la ligera, después de cambiar la rueda delantera derecha totalmente destrozada por las piedras del camino y sujetando la puerta lado conductor con la mano izquierda porque se abría en cada salto, fui llegando a mi destino turístico-rural desde luego “encantado” de haber podido llegar.

Villalobo está situado en la ladera de una colina en forma de embudo con unas ruinas de lo que en su tiempo fue un castillo, del que apenas quedan algún trozo de muralla y parte de una almena. Me fui directamente, eso sí preguntando, hacia la plaza principal donde estaba el Ayuntamiento. Aquella única plaza albergaba el edificio consistorial, tres tabernas y una tienda multiusos, multiprecio, multidetodo. Ah, y tres todoterrenos de alta gama aparcados en ella.

El alcalde me recibió muy amablemente y después de saludarme e indicarme que dejara el auto allí mismo en la parte de la plaza que quisiera, me acompañó hasta la casa donde vivían los dueños de la que yo había alquilado.

La casa de estos señores era una casa de pueblo, rústica, en planta baja y con un aspecto envidiablemente rural y tosco pero una vez en el interior pude

comprobar que allí había de todo. Calefacción radiante en el suelo, jacuzzi, televisión de plasma, microondas, antena parabólica, internet, zona wiffi y hasta videoportero automático.

En cambio la aledaña, la “mía”, era simplemente otra cosa. Esta sí que cumplía de sobra con el estatus de casa rural para alquilar para turistas rurales. Una ruidosa y gruñente puerta forrada de chapa metálica con una llave que pesaba medio kilo, una entrada-cocina-salón-comedor adornada con ristras de ajos, cebollas y pimientos colgando del techo, vasijas y mas vasijas por todos lados, aperos agrícolas en las paredes, cuatro muebles viejos, pero viejos, y por lo demás sin tele, ni parabólica, ni radio, ni microondas, ni nada de nada...

El dormitorio estaba en el primer piso y se accedía a él por una escalera de madera que se quejaba lastimosamente a cada paso, al tiempo que la baranda de madera oscilaba acompañando aquellos gemidos con una sospechosa falta de seguridad. Pero mira, la cama era enorme, alta, majestuosa y hasta tenía un dosel sin cortinajes que le daba un cierto aire medieval. Lógicamente, y como correspondía a su categoría de cama rural, el colchón de lana (o de borra, no estaba seguro) tenía la apariencia de hundirse dos palmos al menor peso que le cayera encima. A la derecha de la entrada, junto a la ventana de madera, un mueble con una palangana, una jofaina pequeña y una jarra metálica para agua, completaban la sección de aseo personal.

El cuarto de aseo, por llamarlo de alguna manera, era un cuartucho sin luz, con un ventanuco de no más de dos palmos que daba directamente al campo. Un pie de porcelana, con la planta de dos pies en relieve y un agujero central, gritaba sin dejar duda alguna el uso al que estaba destinado. Un cubo de zinc lleno de agua y un alambre haciendo el papel de portarrollos con su rollo de papel higiénico incorporado, colgado tras la puerta, completaban el lujoso mobiliario del aposento aquel.

Como la cocina no estaba en orden de uso y por aquello de poder saborear los platos típicos de la comarca, la comida del mediodía estaba contratada con los caseros. No así la cena, para dar libertad al turista para que se deleitara en las tabernas del pueblo de los vinos, embutidos y tapas típicas del lugar. Otra de las opciones contratadas por un servidor fue la de participación, más o menos activa, en las labores del campo tanto agrícolas como ganaderas y siempre a mi discreción.

Así que, cansado del viaje, y después de darme una pequeña vuelta por el pueblo, visitar un par de tabernas, tomarme unos vinos bien acompañados y echarle unas fotos nocturnas a la torre de la iglesia, como monumento más significativo del pueblo y soportar en el bolsillo del pantalón aquella enorme llave que sobresalía medio palmo, me decidí acabar ya aquel primer día de turismo rural e irme a descansar a mi rural casa y disfrutar de aquella cama que tan buenas perspectivas prometía para un cansado cuerpo como el mío.

No serían aún las doce cuando, llave en ristre, me propuse tomar posesión de mi nuevo hogar. La llave giró arrancando un escalofriante y profundo gemido a aquella cerradura, quizás engrasada por última vez cuando la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos al menos, y como preámbulo del concierto de gruñidos bisagriles con el que me recibió la puerta en su apertura.

Un gato negro, con el lomo encrespado, pasó raudo entre mis piernas asustado por el estrépito, mientras que el ladrido de un perro cercano hizo desencadenarse toda una cadena de más ladridos de todos, creo yo, los perros del pueblo.

Encendí la luz de la entrada-cocina-comedor-salón girando la llave de porcelana dispuesta a la derecha de la entrada y junto a una enorme alcayata donde colgar hasta el día siguiente la llave de la puerta. Una simple bombilla colgando por su propio cable de algodón iluminaba la estancia denunciando a las claras su falta de potencia al dejar la mayor parte de ella en penumbra. Eso sí, el cable en su bajada estaba envuelto muy coquetamente en un papel de incierto color, lleno de

puntitos negros por las moscas y con un enorme lazo azul que colgaba pomposamente a cada lado de la bombilla.

Avancé hasta la escalera y encendí la luz. Una lámpara no más potente que la anterior lució en la parte superior de la puerta que, al final de la escalera, daba al dormitorio.

No estoy muy seguro pero creí recordar que en la época de la expulsión de los judíos no deberían de existir todavía las llaves eléctricas conmutadas porque a cada luz nueva que encendía tenía que retroceder a apagar la anterior.

Ascendí por la crujiente escalera, sin atreverme a apoyarme a la baranda, y entré al dormitorio. Lógicamente, una vez encendida la luz del cuarto y por seguir la misma táctica en cuestión, tuve que bajar a apagar la luz de la escalera.

Estos pequeños inconvenientes tan sólo reforzaron en mi ánimo lo rural de estas nuevas vacaciones, dándoles un aire retro que me hizo recordar mi ya lejana infancia.

Se olía bien en aquella habitación. La ventana abierta a la calle dejaba entrar una ligera brisa, fresca y húmeda, que expandía mis urbanos pulmones con una sensación de bienestar.

Decidí dejarla abierta para aprovechar al máximo la salubridad de aquel aire tan benefactor para mi salud. Me desnudé y, vestido con un pijama de manga corta, me introduje en el lecho. En medio del respaldo de aquella monumental cama colgaba una especie de pera de madera con un pulsador blanco en su extremo que servía para encender y apagar la tenue bombilla amarillenta que, colgando de su propio cable y adornada con un lazo de papel y algo así como un plato de porcelana, iluminaba la estancia.

Apagué la luz y con las manos tras la nuca me dejé llevar por la somnolencia que el silencio de la noche, interrumpido de vez en cuando por el ladrido lejano de algún perro, iba apoderándose de mí.

Por un momento tuve la impresión de no estar sólo, de que unos ojillos me vigilaban. Miré a mi alrededor y hacia la ventana y deseché la idea por absurda. No había ningún edificio enfrente y estaba en un primer piso...

Lentamente fui cerrando los ojos en busca del sueño cuando lo oí. Era como un tableteo, como un mover de alas muy tenue o al menos lejano. Poco a poco aquel ruido fue aumentando de frecuencia convirtiéndose en un zumbido que se aproximaba rápidamente. La primera pasada de aquello junto a mi cara me hizo sobresaltarme despejándome al instante. Encendí la luz, repasé con la mirada toda la habitación y no localicé nada extraño. Seguía con la impresión de que aquello me vigilaba, que aquello, fuera lo que fuere, estaba esperando que apagara la luz para volver.

Efectivamente, no más apagar la luz, comenzó de nuevo el tableteo *in crescendo* aproximándose hacia mí. Supuse que debería de tratarse, en buena lógica, de un mosquito. Caí en la cuenta de que hacía ya muchos años que no oía un mosquito en su ambiente natural por mi condición de animal urbano y hasta me resultó agradable la emoción aquella de recuperar sonidos y sensaciones que creía perdidos. Lo que no estaba seguro es que aquel sonido, aquel zumbido, fuera de un mosquito de mi época porque conforme iba aumentando se convertía en algo, si no escalofriante, si fuerte y ronco. Claro que desde mi niñez muy probablemente la propia evolución de la especie podía perfectamente haber cambiado aquel sonido como de violín de los mosquitos de entonces por este mucho más parecido a una Derbi Campera casi a escape libre.

Me levanté y cerré la ventana. Estaba muy bien que un ambiente rural que se preciara hubiera algún que otro mosquito pero de ahí a dejar que mi primer noche se convirtiera en un festín sanguíneo para mis alados visitantes había un abismo. De todos modos era consciente de que al menos uno de ellos ya compartía habitación con un servidor, así que comencé con espíritu lúdico a plantearme aquella batalla con el intruso como un desafío en el que estaba en juego su vida a

cambio de mi sangre y sueño. Estaba claro que debería de obrar con astucia, confiarlo y en el momento oportuno, y de un ataque relámpago, acabar con él...

Repasé detenidamente desde mi cama cada rincón de la habitación hasta donde llegaba la mortecina luz de la lámpara, que no eran todos, sin descubrir a mi rival, pero con la sensación de que él había aceptado el reto y que, desde alguna parte, me vigilaba atentamente.

Apagué la luz y me mantuve quieto sin soltar de mi mano aquella pera de madera que hacía de interruptor y manteniendo en la otra una de las zapatillas que había traído para andar por casa.

Pasaron los minutos, no sé cuantos porque la inactividad de la guardia me sumió en un leve sopor, cuando lo noté perfectamente. Comencé a notar un picor que aumentaba por momentos en la mano extendida en la que tenía la zapatilla.

Ya consciente, encendí la luz y lo vi. Estaba delante de mí, en el dorso de mi mano, mirándome fijamente con sus ojazos compuestos y con su trompa clavada seguramente hasta la “empuñadura” en mi piel. No hizo ni un movimiento en este cruce de miradas mutuo. Le mantuve la retadora mirada mientras buscaba una manera de atacarle pero el muy ladino había sido tan astuto como para atacarme justo en la mano donde llevaba asida la zapatilla por lo que lo intenté de lejos con la otra mano soltando la pera de madera y golpeando fuertemente, pero sin éxito alguno, mi propia mano mientras que el mosquito iba a posarse, no sin alguna dificultad por lo abultado ya de su vientre, a cuenta de la sangre que ya me había chupado, en la pared de enfrente.

Estaba claro que el primer asalto lo había ganado él. Pero la noche es larga y se presentaba movida porque un servidor, espoleado por este primer fracaso, no estaba dispuesto a dejarse desangrar por semejante bicho volador.

Cambié de táctica. Dejé el brazo izquierdo al aire sobre la sábana mientras que en la mano derecha escondía bajo la sábana la zapatilla. Apagué la luz y pacientemente esperé mi nueva oportunidad. Después de varias pasadas muy

cercanas a mi cabeza, y que el estruendo de su zumbido delataba perfectamente, dejé de oírlo y un silencio sepulcral se fue haciendo en el dormitorio.

Un buen rato después llegué a la conclusión que, o se había ido a hacer la digestión de mi sangre o esperaba pacientemente que me durmiera para iniciar un nuevo asalto.

Comencé astutamente una pequeña serie de ronquidos y algún que otro callado suspiro para hacerle creer que estaba dormido e incitarle a que me atacara.

La mano izquierda me picaba horrores, producto del picotazo del bicho aquel, pero intentaba aguantar sin rascarme en evitación de darle pistas a mi enemigo sobre mi estado real de consciencia.

Cuando me di cuenta ya era tarde, muy tarde. Como un relámpago pasó por mi mente la idea de que aquel astuto animalejo podría estar usando de nuevo el territorio ya picoteado para continuar con su labor de dejarme medio desangrado y enmascarar su actividad con la picazón del envite anterior. Efectivamente, encendí la luz y allí estaba. Sin rubor alguno me volvía tener ensartado con su trompa, deleitándose de nuevo con mi sangre y manteniendo gallardamente su mirada contra la mía, mientras su abultado vientre denunciaba ya a las claras, por su color rojizo, la naturaleza de su contenido.

Voló la mano de la zapatilla sin éxito alguno. Esta vez salió en vuelo rasante hacia la pared contigua pero el peso de mi sangre le lastraba tanto que apenas si podía levantar vuelo, dando círculos continuos alrededor de la cama intentando coger altura.

Me di cuenta de que por primera vez tenía alguna baza a mi favor. Zapatilla en mano salí en su persecución mientras que el animal expandía sus círculos en busca de una mayor altura y quedar fuera de mi alcance. Se detuvo penosamente, casi como en un aterrizaje forzoso, en un pliegue del enorme lazo que adornaba la bombilla de aquel cuarto por encima del plato de porcelana. Me acerqué sigilosamente, manteniendo incluso la respiración y con la vista clavada en el bicho. Fue un pulso de poder a poder. Su vientre, agitado por el esfuerzo, se movía

acompañadamente. Levanté la zapatilla cautelosamente por encima de mi cabeza, preparando el golpe final, cuando me pareció ver en su afilado rostro algo parecido a una sonrisa socarrona. Dio un pequeño saltito y se posó sobre la pasta negra del portalámparas. Comprendí entonces su taimada maniobra y detuve en el acto el brazo que, zapatilla en ristre, volaba ya hacia el insecto. De no haber conseguido eliminarlo en esa acción, el golpe en la incandescente lámpara la hubiera hecho estallar, la luz habría desaparecido totalmente y el bicho habría aprovechado la inmunidad de la oscuridad reinante para desaparecer con mi sangre.

Estaba claro que me enfrentaba a un taimado contrincante, astutamente inteligente y posiblemente con una larga experiencia ya en estas lides chupatorio-sanguíneas.

Fui acercando la punta de la zapatilla lentamente hacia él para obligarle a moverse, a cambiar de sitio, y poder tener así otra oportunidad de ataque distinta. Efectivamente, al verse acosado, se dejó caer en picado para tomar velocidad en la bajada y remontar penosamente el vuelo en dirección a la pared más próxima. El lastre de mi sangre le hizo posarse en la pared a mitad de ella. Allí estaba, respirando agitadamente y al alcance de mi mano, a mi merced. Sin pensármelo dos veces armé mi mano, zapatilleralmente hablando, y violentamente la descargué sobre mi enemigo, que desapareció bajo ella. Lenta, muy lentamente fui despegando la zapatilla de la pared para ver el resultado de mi ataque.

Una mancha rojiza revuelta con la anatomía del bicho estaba en la pared a semejanza de un sello de correos con el mapa de España, Portugal y el Norte de África. Una sensación de alivio recorrió mi espina dorsal, al tiempo que una lasitud benefactora llenó de paz y orgullo mi lastimado espíritu hasta ese momento. Fue una victoria necesaria, una lucha de poder a poder. Dos inteligencias enfrentadas con un final trágico para el perdedor, aunque yo pusiera también en el envite parte de mi preciada sangre. Por fin esa noche dormiría tranquilo, feliz y rascándome sin pudor mi dolorida mano izquierda, donde un rojizo bulto delator me recordaba, con su picor punzante y nervioso, el ataque de aquella diminuta pero brava fiera rural.

Miré el reloj. Entre unas cosas y otras eran ya más de las dos y media de la noche. Comenzaba a notarse el frescor de la madrugada propio de la noche de un pueblo serrano. Decidí, ya el alma en paz, intentar dormir lo que quedaba de noche porque había quedado en el bar último en el que estuve tomando unos vinos con el monitor de senderismo del pueblo, en salir hacia las 8 de la mañana, equipado con todo el atuendo apropiado, para acompañar al grupo local a hacer una salida de senderismo por las cercanías de la localidad.

Como la ventana estaba cerrada y hacía unos minutos que, luz apagada, no oía ningún tableteo ni zumbido que me delatara la presencia de algún otro mosquito, deduje que estaba en condiciones óptimas de aprovechar las horas restantes que me quedaban en usarlas en un ganado descanso.

Un poco tiempo después, no sé cuanto pero no mucho, oí el inconfundible ruido de la cerradura de la puerta de la calle con su irritante chirriar. Aquello me despertó de golpe, encendí la luz, no sin antes estar buscando por unos cuantos segundos la pera de madera del interruptor. Miré el reloj: las 4 y 45 minutos. Volví a mirarlo, parpadeando varias veces, hasta convencerme de que era esa hora.

Sentado en la cama esperé acontecimientos. La puerta de la calle se acabó de abrir y unos segundos después oí perfectamente el gemir de la escalera de madera bajo el peso de una persona. Unos pasos de alguien que subía hacia el dormitorio.

Sonaron unos golpes en la puerta. No sabía muy bien qué hacer y como tardé en contestar, a pesar de estar muy despierto y sentado en la cama, aquellos golpes se repitieron. Casi sin voz contesté:

.- ¿Sí? ¿Quién es? adelante...

Mi casero abrió la puerta.

.- ¡Mu buenos días! ¡venga vamos, que ya es de día y Rosita espera!

¡Rosita! ¿y quién diablos era esa tal Rosita? ¿y a las cinco de la mañana? Me pellizqué intentando tomar consciencia de mi estado.

El casero entró en el dormitorio abriendo inmediatamente la ventana por la que entró una tenue luz lechosa producto de la hora que era y medio gritando:

.- ¡Venga, venga hombre de Dios! ¡vamos, vístase que a Rosita no le gusta que le hagamos esperar y se hace tarde!

.- ¡Pero tarde para qué, Dios mío! - pensé mientras saltaba de la cama y comenzaba a vestirme ante aquel extraño que, brazos en jarras, me miraba y achuchaba metiéndome prisa para ir a ver a la tal Rosita medio muerto de sueño –

Me atreví a decir:

.- ¡Es que estoy muerto de sueño! me acosté tarde y luego estuve liado dos horas con un mosquito. Apenas dormí...

.- ¡Ale, ale... que el que mucho duerme poco vive! – me soltó del refranero aquel hombre – Vamos que no se haga tarde, que ustedes los de la ciudad tienen un sentido del tiempo muy raro. Aquí las cosas se hacen a su debido tiempo haya ganas o no haya ganas, así que no le valen gaitas y pa bajo voy. En la puerta le espero.

Y sin mediar palabra se dio la vuelta y se marchó por donde vino.

Acabé de ponerme el calzado y con la misma ropa que llevaba cuando llegué de la ronda nocturna –en realidad no sabía cómo habría de presentarme ante Rosita- bajé lo más rápido que pude hacia la puerta de la calle donde me esperaba mi casero.

Un gruñido, que debería de ser un equivalente a unos “buenos días” urbanos, fue con lo único que me recibió antes de comenzar a andar calle abajo sin mirar si quiera si yo le seguía o no.

Dos casas más allá, y en la misma calle, se detuvo ante una enorme puerta metálica y provisto de una llave que ya llevaba en su mano, la abrió. No chirriaba tanto como la de “mi casa” pero sí lo suficiente como para poder contarle el número de bisagras que poseía. Era un chirrido diferente, como más fino, más elegante pero chirrido al fin.

Aquello era un establo. En él habría medio centenar de vacas estabuladas. Blancas con lunares negros o negras con lunares blancos, no sé muy bien pero grandes, muy grandes a mi parecer. Vistas de cerca eran mucho más grandes que aparentaban en la tele.

El casero encendió un conjunto de luces amarillentas que mejoraron la visión del entorno, eso sí sin deslumbrar ni mucho menos a animales ni a personas presentes. Además del polvo inmemorial todas aquellas lámparas lucían un moteado de puntos negros residentes en ellas, posiblemente, desde el día de la inauguración del establo.

Deteniéndose ante una de aquellas vacas, señalándola con su índice y mirándome con una indescifrable sonrisa, mi casero exclamó con énfasis:

.- Aquí tiene usted a Rosita. Es todo suya...

.- ¿Mía? ¿y para qué quiero yo una vaca? ¿qué se supone que tengo que hacer con ella? ¿pasearla?

- No, hombre no, para nada. Es la hora. Tiene que ordeñarla.

.- ¿Yo? ¿yo tengo que ordeñarla? ¿y por qué?

.- Pues porque forma parte de su colaboración y enseñanza de las tareas diarias del campo. Una de las experiencias que usted contrató fue la de ayuda de tareas en el mundo rural y, créame, el ordeñar las vacas es una de ellas. En los días sucesivos veremos las otras.

.- Ya, algo suponía... uno firma cualquier cosa, pero ¿eso hay que hacerlo a la fuerza a las cinco de la mañana? ¿no se puede hacer a una hora decente? Antes del aperitivo, ¡por ejemplo! Porque a estas horas lo que yo quiero es dormir y además no estoy muy seguro si Rosita está mentalizada en dejar que un extraño le toque las tetas a las cinco de la mañana.

.- ¡Venga, venga...! A la faena. Mientras usted ordeña a ésta voy yo a ponerle la maquinita a las demás...

Y fue enchufando en la ubre de cada vaca una especie de pulpo con ventosas, enchufándolos en cada pezón, sin la menor resistencia por parte del animal.

.-Y digo yo: ¿no sería mejor que yo enchufara el aparatito ese y usted se encargara de Rosita? Porque ha vuelto la cabeza y me ha mirado con una caída de ojos que no sé muy bien cómo interpretar.

.- Eso es que está impaciente porque comience usted... se está pasando la hora y la leche le aprieta en las ubres... ¡hombre! haga el favor de comenzar, ¡coño!

.- Pero si yo no he visto una vaca nada más que en el cine y me da como cosa el toquetearle las tetas. ¿Y si le hago daño? ¿Y si me embiste?

.- Mire si es muy fácil. Fíjese...

Y aquel hombre agarró a dos manos los largos pezones de Rosita y con un movimiento rítmico y acompasado fue apretando y soltado las manos mientras un largo chorro de leche caía directamente en el balde colocado bajo la vaca. Rosita ni se inmutó. No parecía tener mal genio. Igual era la encargada de las prácticas de ordeño del establo, ya tenía experiencia y su espíritu se había ido formando largamente ya en esto de dejarse ordeñar por neófitos.

Sin pensarlo más me lancé a la faena de aliviar a Rosita no sin cierto reparo, una sensación hormigueante en las manos y un extraño sudor en la espalda. El primer apretón no debió de ser muy correcto porque el animal hizo un amago de coz con la pata derecha que no lanzó el balde a la otra parte del establo simplemente porque no le dio. Solté inmediatamente las manos y me quedé quieto, muy quieto. Rosita volvió la cabeza y sin mediar palabra pasó su larga lengua de lado a lado de su boca, parpadeó dos veces y puso una cara como si hubiera querido decirme: “¡Si la teta hubiera sido tuya no habrías apretado tanto, mamón! A continuación siguió comiendo como si tal cosa.

Volví a la faena esta vez con sumo cuidado de no apretar más de lo necesario pero entonces no salía leche. Fui atemperando el apriete y afloje sin dejar

de mirar a la cara de Rosita hasta que un fino hilillo blanco fue a parar justo a mi tobillo derecho, indicándome a las claras que no estaba apuntando el pezón en la dirección correcta. Estaba claro que, al menos aparentemente, había allí un error de la naturaleza al no dotar a los largos y carnosos pezones de Rosita de su correspondiente punto de mira que facilitara la operación de ordeñarla. Una vez corregida la trayectoria y siguiendo con el exquisito cuidado en el ordeño comencé a tomarle el gusto a aquello al ver que, sin experiencia alguna, conseguía mi objetivo. Bien es verdad que con ese ritmo y presión necesitaría todo el día para ordeñar a Rosita, que seguramente debió de confundir mi manoseo en el ordeño con una sesión de caricias porque se volvió y, yo lo hubiera jurado, me miró largamente con ojos tiernos...

Una vez que mi casero acabó de ordeñar automáticamente a las otras vacas y por aquello de abreviar, me hizo dejarle el puesto y en unos minutos acabó con Rosita. Me hizo que le ayudara a ir echando la leche en unas vasijas mas grandes donde mezclaba la leche (para homogeneizarla me contó), le añadía una medida de agua y cerraba la vasija. Así se quedaba la leche diariamente hasta la llegada del camión refrigerado que se la llevaba.

Nos volvimos a casa – cada uno a la suya – y como ya eran más de las 7 y media y había quedado con el monitor de senderismo en hacer la primera excursión de la semana por los alrededores junto a un grupo de visitantes, ya no tenía tiempo nada más que de equiparme para la excursión, aunque lo que el cuerpo me pedía a gritos era mandar el senderismo a la porra e irme a dormir hasta el mediodía.

Así que, a las 8 justas, estaba ya un servidor en la plaza del pueblo, más bonito que un San Luis, equipado como un boy scout de la época, los ojos semicaídos y con bolsas y con una estampa de entusiasmo que era todo un poema.

Como sólo faltaba yo, el monitor después de una especie de gruñido en forma de saludo, hacer una reflexión breve sobre la necesidad de volver pronto por el calor y sin mediar palabra alguna más, comenzó a caminar calle abajo encabezando el grupo del que un servidor era el último de la fila.

Bueno, uno no era entonces un novato en las cuestiones de senderismo pero aquello no era andar, aquello era volar. El ritmo se llevaba medio bien cuesta bajo, pero cuesta arriba y por trochas aquello era otra cosa. Y lo sorprendente es que un servidor no era ni el más viejo ni el más gordo del grupo pero de vez en cuando tenían que aflojar la marcha o incluso pararse en alguna cima para esperarme. Me asombraba que aquella *maría* que marchaba delante de mí, cuarentona, regordeta y culona, fuera capaz de desarrollar aquel ritmo de marcha casi sin despeinarse mientras un servidor andaba ya un buen rato al límite, con los ojos desorbitados, la respiración a cien, la boca de par en par y en esos momentos de trance en que no se sabe muy bien si mandarlos a todos a la..., ¡bueno allí!, y volverse solo al pueblo o plantearse el hecho de que los demás iban peor que uno y el momento del descanso era ya inmediato.

Cuando llegamos al punto de descanso, y mientras el monitor nos cantaba la excelencia irrepetible de las hermosas vistas que desde allí se podían contemplar, yo estaba intentando recuperar el resuello sentado en aquella piedra y desde luego sin importarme un pimiento las excelsas vistas a mi alcance.

No más de un minuto después el monitor da por concluido el descanso y ordena continuar la marcha. Me aproximo a él y le pregunto:

.- Oiga, maestro... no es por nada pero ¿es que nos persigue alguien?

.- ¿Cómo dice?

Estaba claro que el sentido del humor del monitor no era su fuerte y mirándole fijamente a la cara le insisto:

.- ¡Que si es que nos persigue alguien y por eso vamos a galope tendido, coño! ¿Es que no podemos ir más despacio? Porque cuesta abajo hasta las mierdas rulan pero cuesta arriba... Ah y menos mal que además de ir a “pijo sacao” que decimos en mi barrio no nos exige, además, que vayamos cantando...

El hombre me miró con extrañeza como no entendiendo mis razonamientos que por otro lado para mí eran tan claros, así que haciendo un esfuerzo continué:

.- Mira hijo, en cuanto lleguemos al pueblo me borras de la lista, me das de baja y te olvidas de mí... ¿vale? Bueno eso si consigo llegar de vuelta al pueblo, claro...

Dos horas después llegaba a mi “casa rural”, subí como Dio me dio a entender al dormitorio agarrándome, esta vez sí, a la baranda y dejándome caer sobre la cama como un fardo. Una hora después aún estaba en la misma postura aleatoria con la que caí y sin intención de mover ni un párpado.

Oí unos fuertes golpes en la puerta. Me daba igual, no pensaba moverme y bajar a ver quién era. Los golpes arreciaron. Ante la insistencia me levanté como puede y medio arrastrándome bajé y abrí. Era mi casero. Me informó que en su casa se come a las dos esté el Titi o no esté el Titi, así que vista la hora que era, tenía el tiempo justo de ir a la piscina, bañarme y quitarme todo el sudor de las mañana, cambiarme e ir a comer lo más presentado posible.

La piscina estaba muy cerca, apenas un par de calles de la mía así que volví a subir al dormitorio acompañando cada quejido de la escalera con otro mío, me puse el bañador y con una toalla al cuello me dirigí hacia la piscina municipal que acaban de inaugurar el mes anterior.

En el estado de cansancio en el que me encontraba no andaba yo muy fino de entendederas y ni siquiera me llamó la atención el hecho de que a pesar de que había una veintena de personas alrededor de la piscina tomando el sol y charlando, no hubiera nadie en el agua.

Como era forastero, y eso en los pueblos te marca bastante, todos se quedaron mirando al nuevo y esperando a ver qué hacía. Uno tiene su amor propio y no le gusta quedar mal cuando es el foco de todas las miradas, así que me estiré todo lo que pude, adopté una gallarda figura, caminé lentamente hasta el borde de la piscina, dejé caer elegantemente la toalla a mis pies y, sin pensármelo dos veces, me lancé al agua.

¡Claro que no había nadie en el agua! No es que estuviera fría sino que estaba al borde de la congelación. La impresión fue tal que crucé los 25 metros del

largo de la piscina en tiempo de record, salté literalmente hablando del agua a la hierba que rodeaba la piscina y me quedé allí bocabajo, totalmente quieto, rebobinando mentalmente lo sucedido, con los dedos de los pies abiertos en abanico y sin poder controlarlos, rebufando soplidos sin parar y maldiciendo en mi interior a los presentes, al alcalde y al pueblo entero.

Debería de haber habido algún cartel avisándolo. De noche la temperatura baja tanto que el agua se enfría de tal modo que aquello no era apto para bañarse. El no haber tal letrero me costó el no poder mear de pie durante cuatro días...

Recogí la toalla y me vine hacia mi casa de nuevo. Al pasar por la plaza camino de mi aposento rural vi que en la puerta de una de las tabernas estaba aparcado un camión de reparto de El Pozo. Me llamó tanto la atención su presencia allí que, sin pensármelo dos veces, me fui hacia él y le pregunté al conductor, que en ese momento salía de la taberna, en su labor de carga y descarga.

.- Oiga maestro... ¡buenos días o tardes o lo que sea ya!

El conductor del camión muy atento me contestó:

.- Dígame señor.

.- ¡No! que me preguntaba yo que cómo leches ha podido usted venir con este camión a este pueblo y llegar vivo y con el camión entero, si un servidor con un Fiat Punto que es mucho más manejable, por poco me dejo la vida y el coche en el intento de llegar hasta aquí...

.- Pues no veo el misterio...

.- ¿Cómo que no? Pues ya me dirá usted.

Arrugando el entrecejo el hombre me preguntó:

.- ¿Usted es turista? Me refiero a turista rural, vamos que usted ha venido desde la Puebla de Don Fadrique ¿no?

.- Claro, como todo el mundo, ¡digo yo!

.- Hombre como todo el mundo no. A los turistas rurales y por aquello de que recuperen las imágenes de antaño de las carreteras de antes, les aconsejan

venir desde La Puebla porque así ya llegan al pueblo maduros, como entrados ya en materia rural, ¿me entiende?

.- ¿Es que hay otro camino? - Me atreví a preguntar en un hilo de voz apenas audible.

.- Pues claro hombre... Desde Elche de la Sierra se puede venir por una carreterita comarcal asfaltada que está de dulce...

.- Asfaltada, de dulce, verdad... ¡la madre que los parióooo! - se me escapó.

El conductor sonriendo por lo bajo, montó en su camión y, saludándome con la mano, me dejó allí en medio de la plaza maldiciendo en casi todos los idiomas y dialectos del país.

Me dirigí ya directamente a mi casa. Me vestí y fui a la de mis caseros para asistir a la comida del mediodía. Una comida sana y abundante. Rica en sabores casi olvidados por un servidor. Tenía hambre y comí hasta hartarme. Tampoco se podía hacer otra cosa porque según palabras del casero durante la comida no se ponía la tele en aquella casa porque distraía al personal. Así que no pude ver el telediario porque era la hora de comer, no pude ver tampoco el partido de tenis de Nadal porque al casero no le gustaba el tenis. Decía que era una chorrada que dos tíos como dos templos estuvieran allí echándose una pelotita verde a cada lado de una red, contando los puntos como les daba la gana y otro tío encaramado en un perigallo vigilando si se salía fuera la bola o no. Tuve que ver, a cambio, un documental sobre la ferocidad de las hembras de visón en época de celo muy interesante. En algún momento me pregunté muy seriamente si el uso de la televisión le correspondía a él como casero o a mí por los 600 euros que le iba a pagar esa semana... Ni me planteé la cuestión. Al acabar aquella sobremesa me fui a casa, me dejé caer sobre la dintelada cama y me hundí en el sueño de los justos no sé cuantas horas...

Me levanté casi anochecido. Tranquilamente me fui a dar una vuelta por el pueblo y alrededores cercanos. Tenía de nuevo hambre. En la taberna que entré

había poca gente. Era temprano aún pero le pedí al tabernero que me hiciera un par de huevos con chorizo. Una jarra de vino del terreno acompañó a aquello junto al pan de carrasca, casero y de horno de leña, faltaría más. El tabernero me aseguró que todo lo que me había puesto era local, casero. Los huevos de su corral y los chorizos de matanza. Entonces aún no sospeché de la presencia esa mañana del camión de El Pozo descargando en la taberna cuando yo regresaba de la piscina...

Caminado de regreso a casa oí dar las doce en el reloj de la iglesia. Tradicional, como toda la vida... los cuatro cuartos y las doce campanadas. Otro sonido perdido de la infancia que recuperaba ese día. Me sonaba distinto al registro de campanas que guardaba en mi memoria. Un sonido este menos hueco, menos grave. Supuse que la memoria me traicionaba deformando en mi recuerdo aquel sonido tan de pueblo, tan rural.

.- ¡Qué paz transmite al espíritu una campana! – me dije – Es que el bronce le da una tonalidad inigualable, imposible de imitar. Todo un regalo para el alma que vuelve a sus raíces...

Avisé a mi casero que no se le ocurriera de ninguna de las maneras llamarme a las 5 de la madrugada para ningún tipo de faena agrícola o ganadera. Quería despertarme como las personas, harto de dormir.

A la mañana siguiente, después de desayunar en casa de mis caseros, cogí la máquina de fotos y me dediqué a hacerme un reportaje lo más completo posible del pueblo y sus alrededores. Sería el complemento ideal para recordar este viaje tan especial sobre la vuelta de un servidor a sus ancestros, a sus raíces.

En la parte baja del pueblo, bajo una acogedora arboleda, había una alberca que daba un toque de frescor al entorno. Unos bancos colocados estratégicamente invitaban al relax, a la conversación sin prisas, a la compañía buscada y disfrutada.

En uno de ellos y medio transportado mentalmente encontré al alcalde. Este hombre, de mediana edad, con el cabello ya gris por varios sitios, regordete, de cara amplia y sonrisa bonachona y de una apariencia noble y tranquila, estaba medio recostado en el banco, abandonándose a sus pensamientos.

Le saludé y, sobresaltándose al principio, me contestó muy amablemente. Me invitó a compartir su banco e iniciamos una amigable charla. Se interesó por los detalles de mi estancia y fuimos repasando mis vivencias en aquel pueblo tan rural como era Villalobo.

Uno de los primeros temas que salió a colación fue el tema de los mosquitos. Él me dijo que en el pueblo no había ningún problema con los mosquitos porque ellos ya conocían el tema y disponían de mosquiteras en todas las ventanas, aparte de que a nadie del pueblo se le ocurriría irse a dormir sin antes preparar de insecticida el dormitorio. E incluso me dijo que algunos vecinos tenían puestas mosquiteras metálicas dada la agresividad de aquellos bichos.

En un rasgo de sinceridad me confesó que cuando iniciaron este tema del turismo rural se dieron cuenta de que en Villalobo, al ser pueblo de sierra más bien seca y no haber charcas en los alrededores, los pocos mosquitos que había eran – en palabras del alcalde – si no mariquitas, sí algo flojos.

.- Poco mosquitos, ¿me entiende usted? No podíamos presumir de mosquitos de verdad con estos autóctonos del país. En aquella asamblea se aprobó la moción de un paisano que sabía por internet de unos mosquitos-tigre venezolanos, agresivos y fuertes, que nos podrían venir muy bien al pueblo. Puesto en contacto no sé muy bien con quién nos los enviaron y los soltamos por aquí.

.- Pero hombre, eso es un crimen ecológico de consecuencias difíciles de evaluar. Eso no se puede hacer así a las bravas, es peligroso.

.- ¡Qué va, para nada! Ya hicimos los *preguntaos*. Como son de tierras tropicales, calientes, aquí al llegar los primeros fríos se mueren todos y cada año hay que traerlos nuevos, ¿me entiende usted? Así no hay peligro que se queden y proliferen. Lo tenemos todo controlado. Esto del turismo rural hay que hacerlo en serio o no hacerlo.

.- No, no... si ya lo veo. Bueno si es así como usted lo dice, medio, medio...

.- Además aquí colaboramos todos. En llegando el verano los bares y cafeterías se convierten por decreto en tabernas, la banda municipal trabaja todas las tardes de domingo por el baile, ponemos un par de pastores a la entrada para que el paisaje sea más bucólico y en la Plaza del Ayuntamiento contratamos un par de viejos, vestidos como antes, haciendo unas alpargatas de cáñamo que luego, además, se venden pero que muy bien. A partir de junio, y además del uso obligatorio de boina, ya nos pintamos el entrecejo porque el hecho en sí de ser el habitante local unicejo, le da al pueblo un valor añadido muy importante en todo eso de lo rural ¿me entiende usted? Puro marketing, que el hijo de la Rogelia es un artista en eso de vender lo que sea. Gracias a él estamos en el internet ese y allí nos vio usted. Todo está bajo control ¿me entiende usted?

.-No, no, si ya lo veo, ya... Por cierto una de las cosas que me más me ha gustado, y además me consta que ahí estoy seguro que no me engañan, y que hasta me ha puesto los pelos de punta es ese sonido tan auténtico, tan real de las campanas de la iglesia. La verdad es que ha sido todo un sueño recuperar esa sensación de pueblo-pueblo como el momento de oír las campanadas del reloj... ¡Dios mío, qué recuerdos! El bronce es desde siempre el material noble de las campanas. Una cosa así, aunque se quisiera, no se puede imitar.

El alcalde, arqueando las cejas, dijo:

.- Pues hijo, que Dios te conserve la vista porque lo que es el oído ése ya no te lo arregla ni Él.

.- ¿Y eso? –le pregunté intrigado.

.- Pues mira, hijo... las campanas de aquí, las de este pueblo, las auténticas, se las llevaron los guerrilleros del General Castaños para hacer cañones contra Napoleón... hace ya la tira, ni se sabe, más de doscientos años - hizo una pausa – Lo que tu oyes ahora es un altavoz.

Le insisto.

.- No, ¡no me lo creo! Las campanas se ven desde abajo y además son preciosas. Es usted un cachondo y se quiere quedar conmigo.

.- Pues créete lo que yo te diga. Son de fibra de vidrio y las compré el Manolo por internet en eBay. Ahora, reconozco que dan el pego como las de verdad.

No salía yo de mi asombro.

.- ¿Y oiga, todo este tinglado lo han montado ustedes solos? ¿Seguro que no ha intervenido el Gobierno de la Nación con un Plan Eñe de esos? Me deja usted patidifuso. Y yo que creía firmemente en la autenticidad de todo lo que veía...

.- Bueno, entiéndame usted... verá. No se trata de montar un engaño. No se trata de estafar a nadie, sino de todo lo contrario. Aquí, aparte de vender el pueblo, ¿me entiende usted?, de sacar unos beneficios justos y legales está sobre todo, y muy por encima de todo, la felicidad del visitante. Si el visitante se siente halagado en su ego rural, si busca y encuentra vestigios de su añorada adolescencia o niñez y se le cae alguna que otra lágrima con ello... ¡pues bienvenidos sean esos “pequeños” detalles que lo hacen posible!, ¿me entiende usted?

Me puse en pie y haciendo una reverencia le contesté:

.- Es usted un artista. Perdón, son todos ustedes unos artistas, ¡todos! Lo hacen ustedes tan bien que es difícil escapar a un pueblo con tanto “encanto” como Villalobo.

Actualmente, todos los veranos, unicejo y con boina calada, me paseo feliz por la Plaza Mayor de Villalobo – antes Plaza del Ayuntamiento -, bailo en las fiestas con cualquier moza o mozo que me lo pida, me emborracho de vez en cuando en cualquiera de sus tabernas, o en las tres si viene a cuento, corro en la suelta de vaquillas, llevo a hombros, en andas, al Santo Patrón del pueblo en la Fiesta Mayor, no me baño ni loco en la piscina municipal y tengo puestas unas mosquiteras, de las de verdad, en el dormitorio de la casucha rural que me compré, muy rural toda ella pero eso sí... con televisión de plasma, zona wiffi, yacuzzi, vitrocerámica, antena parabólica, frigorífico no frost, videoportero automático, aire

acondicionado, suelo radiante, etc., etc. y todas esas pequeñas cosas, detalles si quieres, pero que nunca deben de faltar en una buena casa rural que se precie.

RUÍZ GARCÍA,

JUAN

LA PRINCESA Y SOR TERESA

*Desde mi admiración, a Almudena de Arteaga,
Gran escritora y sucesora de la cultura
de la familia Mendoza, del Marqués de
Santillana y la Princesa de Éboli.*

Fuerza de carácter, energía, nobleza de corazón, de linaje y la consciencia del poder eran las cualidades que definían su forma de ser. Desde bien pequeña se supo con la fuerza de su apellido, con la que le aportaba su belleza, su clara y despejada inteligencia, que moldeó aquella energía que la definía y la hizo tan poderosa y distinta al común de las damas de su entorno y condición.

Era una mujer de una belleza singular, cuyo rostro no se veía afeado ni siquiera por el negro parche que cubría su ojo vacío por el ápice de un florete que la hirió accidentalmente mientras practicaba la esgrima con un criado. Su porte era elegante y altivo, de andares suaves y gesto simpático, sus modales los que correspondían a su alcurnia, emanaba de ella un cierto halo de misterio y embrujo que atraía las miradas de todos cuando paseaba por los pasillos o salones del palacio-alcázar madrileño, especialmente cuando lo hacía tiempo atrás en compañía de la reina Isabel de Valois, de la que fue dama y confidente. El tiempo había pasado sin que su discurrir hubiera dejado en ella marcas que denotaran su madurez, sin que se llevara con él su eterna y hermosa juventud.

El corazón de aquella excepcional mujer era un volcán en continua erupción, su noble sangre recorría las arterias a una inusitada velocidad, lo que la convertía en una auténtica fuerza de la Naturaleza. Indomable y firme en su

carácter, era la encarnación femenina de su antecesor el gran Cardenal Mendoza, aquel del que la Reina Católica decía que era “grande hasta en sus pecados”. Ella acumulaba sobre sí la enorme fuerza y vocación política de su pariente, mantenía su conocimiento, ambición y vocación por la política y sus intrigas.

Se llamaba Ana de Mendoza de la Cerda y Silva, pertenecía a una de las más poderosas familias de los reinos de la España de don Felipe II, los Mendoza, y había estado casada con el Príncipe de Éboli, don Rui Gómez de Silva, hijo de una dama de la corte de la Emperatriz, que fue paje del príncipe Felipe, posteriormente ministro y hombre muy cercano al Rey, lo que le hizo estar siempre en los centros de decisiones políticas de las Españas. El hecho de ser una mujer culta y de despejada inteligencia hizo que fuera frecuentemente centro de consultas de los grandes personajes, incluido el mismo monarca, y sus criterios eran siempre tenidos en cuenta.

Parecía que aquella mujer llevaba en su cerebro toda la carga de conocimiento histórico y cultural de los Mendoza al igual que lo portaba en sus genes. La sangre de don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana le transmitía el amor a la literatura y el saber. En un tiempo en el que las mujeres de la corte aprendían lo justo para sobrevivir en aquella selva de hipocresías cubiertas de seda y brocados de oro, ella había bebido la ciencia y la historia en los libros de la enorme biblioteca de su familia y posteriormente la de su esposo, almacenando los saberes a la par que las joyas o perfumes.

§§§§

Las dos monjas vestidas con el hábito de las Carmelitas llegaron a la puerta del enorme y elegante portón de la casa palaciega de la Duquesa de Pastrana. En aquel momento las campanas de la iglesia daban las doce del mediodía y anunciaban que era el momento de rezar el Ángelus. Ambas se detuvieron, y con recogimiento se situaron una frente a la otra, la de rostro más

enérgico inició el rezo mariano con voz sólo audible por su acompañante: Angelus dómini anunciavit Mariae...

Después de orado el Ángelus, tiraron de una cadena que sobresalía del lateral del cancel y se oyó el tintineo de una campana. Al minuto se abrió la puerta y apareció una vieja criada con aspecto de ser la portera que se apartó dejándoles paso. Gritó un nombre de mujer y apareció una joven con ropas que denotaban la pertenencia a una dama de la señora de la casa.

Al ver a las monjas les hizo un gesto para que las siguieran y subió las escaleras precediéndolas. Recorrió un largo pasillo y entró por una puerta haciéndolas esperar ante ella y cerrando tras de sí. A los pocos segundos abrió desde dentro y las hizo pasar a un enorme dormitorio en cuyo centro había una tina de madera de la cual acababa de salir aquella dama de extraña belleza envuelta en un blanco lienzo, que les indicó un sillón y dos escabeles que había junto al balcón.

Las carmelitas se acercaron hasta allí y esperaron a que la señora fuera cubierta por una larga y vaporosa bata por la doncella que estaba junto a ella. Después, se dirigió con porte altivo hasta el sillón haciendo un gesto para que se sentaran las monjas. Lo hicieron en silencio sobre dos de aquellos escañiles.

Aquella mujer de aspecto enérgico emanaba autoridad, casi majestad, y miraba con gesto autoritario y el ceño fruncido sobre aquel extraño parche de seda que le cubría uno de sus ojos. Ella tomó asiento y contempló a una de sus visitantes con gesto áspero.

-Espero Madre Teresa –dijo – que la próxima vez vengáis en cuanto se os llame de esta casa y lo hagáis sola, no con otra monja como hacéis siempre.

La religiosa, de aspecto enérgico y ojos inteligentes, con gesto de determinación le respondió humilde pero con firmeza: Señora, las monjas tenemos un horario de rezos que debemos cumplir, y la superiora debe dar ejemplo ante las demás de someterse a la regla fundacional, y en ella me baso

para venir acompañada de acuerdo con lo que nuestras constituciones nos mandan hacer, algo que suponía conoceríais.

La carmelita era la madre Teresa de Jesús, llamada en el siglo Teresa de Cepeda y Ahumada, reformadora de la Orden del Carmelo y fundadora de muchos conventos a lo ancho de la geografía hispana. Había sido llamada por la Duquesa para comentar algo sin concretar con respecto al cenobio de Pastrana, situado en una casa que había puesto a su disposición para ello el recientemente fallecido Príncipe de Éboli y Duque de Pastrana, un significado hombre de confianza de Su Majestad don Felipe II.

La Princesa de Éboli estaba acostumbrada a mandar no sólo a sus criados, sino en la mismísima corte, donde todos acataban una autoridad que ella se había irrogado y que nadie discutía al saberla persona cercana a Su Majestad, con cuyo secretario, Antonio Pérez, se decía que andaba en amores. Las visitas del casado secretario al domicilio de la dama en la Corte eran tan frecuentes que llamaron la atención y fueron la comidilla diaria, aunque unos las interpretaban como encuentros amorosos, otros como conspirativos y los más como la mezcla de ambas cosas.

La madre Teresa y la Princesa se miraban a los ojos y en los rostros de las dos era apreciable una determinación inquebrantable, una energía que sólo poseen las personas seguras de sí mismas y están acostumbradas a tomar decisiones. Parecía como si se estudiaran, como si intentaran ver una en la mirada de la otra, hasta donde estaba dispuesta a ceder, doña Ana desde la consciencia de su poder, y la madre Teresa desde la confianza que le infundía la oración.

-Escuchadme con atención madre Teresa. He tomado la decisión de entrar en religión y creo que no hay orden más adecuada que la vuestra, ni convento más idóneo que el de Pastrana, que es mío. - dijo arrogante doña Ana.

Los ojos de la madre Teresa brillaron de forma especial mientras cruzaba sus manos sobre el halda. Con gesto humilde pero con la firmeza

escrita en el rostro, le respondió: Pienso que el hecho de enviudar no es suficiente para tomar un hábito, y menos en vuestro caso, pues tenéis hijos a los que criar, educar y preparar para los altos matrimonios que les esperan, sin olvidar que vuestro primogénito está llamado a altísimos destinos en la corte, esto es una especial llamada de Dios que nos impele a dedicar nuestra vida a su servicio.

Con furia en los ojos, aquella dama no acostumbrada a que nadie la contrariara ni cuestionase sus decisiones, le dijo con una sonrisa tras la que se adivinaba un sibilino peligro: No sois vos quien tiene que objetar sobre los motivos de mi decisión, ni cuestionar mis designios sobre el futuro de mis hijos que, efectivamente, están llamados a los más altos destinos del Reino.

-No cuestiono en absoluto vuestra decisión, simplemente os hago ver las dificultades de una persona tan principal ante un hecho como este. - dijo igualmente humilde sor Teresa. Después, procurando adoptar un tono neutro y mirando aquella enorme cama doselada, continuó: - Líbreme Dios de ser yo juez o inquisidora de la voluntad de nadie, y menos de tan alta señora.

La poderosa Mendoza hizo un gesto de suficiencia y dijo con determinación: Efectivamente, no sois quién, por lo tanto haced caso de mis indicaciones y procurad que en el plazo de un mes esté todo preparado para recibirme en mi convento como priora con los cambios previos que deberéis mandar y que a continuación os diré:

-Dejaréis la primera planta sólo para mí y mi servicio, haciendo dos salones, y mi dormitorio con antesala, así como otro adjunto para mi hija la menor, que vivirá conmigo, y habitaciones para tres personas de mi servicio. En la otra planta haréis las celdas del resto de las monjas. Yo enviaré los muebles, tapices y cuadros para decorar las estancias, y en cuanto al costo de esas reformas, será satisfecho por mí.

La enérgica monja se puso de pie, pero lo pensó mejor y se volvió a sentar mientras inspiraba aire en sus pulmones para adquirir la tranquilidad que

en aquel momento necesitaba. No quería desairarla puesto que el convento era una donación de su difunto esposo, pero tampoco podía quebrantar las reglas que ella misma había confeccionado, precisamente para evitar lo que pasaba en otros conventos, que vivieran en ellos personas ajenas y con costumbres que no se ajustaban a lo que ella pensaba como modelo a seguir en las Carmelitas Descalzas.

Con el mismo gesto, pero con una dulce sonrisa en los labios le dijo sin elevar la voz: Nuestro convento no necesita cambio alguno y los lujos no son propios de la reforma que hemos hecho en el Carmelo, en cuanto a la elección de abadesa, no os corresponde a vos nombrarla, sino al capítulo que se reunirá en el momento en que nuestras Constituciones lo precisan.

Con los ojos brillantes de ira, aquella dama tuerta se levantó enérgicamente y le volvió la espalda a las monjas mientras decía con voz silbante y gesto en el que no admitía que cuestionaran sus decisiones: Haréis lo que os he dicho en el plazo de un mes y bajo mi supervisión. Mi decisión está tomada y es irrevocable.

Sor Teresa de Jesús comprendió que no se podía desairar a aquella dama que estaba acostumbrada a que sus deseos fueran órdenes. Su rápida inteligencia y perspicacia le hizo saber que necesitaba ganar tiempo sin contrariarla, pero era asaz difícil, ya que aquella Mendoza tenía demasiado poder, tanto que decían que hasta el Rey don Felipe, el monarca más poderoso del mundo, se plegaba a sus caprichos.

Despidiéndose, salió con la monja que la acompañaba y se dirigió con paso resuelto hasta el convento. Ya en él, reunió a su pequeña comunidad y la informó de las órdenes de doña Ana de Mendoza y de la decisión que acababa de tomar en el camino de regreso. Se habilitaría una casa que había en el centro del huerto para que residiera en ella doña Ana para evitar que su presencia pudiera alterar la vida conventual, preparando un acceso

independiente al del cenobio. Dio las instrucciones a la abadesa de la comunidad y se retiró a hacer oración.

La madre Teresa continuó la labor de su alto priorato y se vio obligada a abandonar Pastrana para acumular sobre sus sandalias el polvo de Castilla. Estaba dispuesta a cumplir el imperativo de Dios y extender al servicio de la Iglesia las ramas masculina y femenina de la orden reformada.

Mientras tanto, la Princesa de Éboli se instaló con su hija y servicio en aquella casa con el lujo al que estaba acostumbrada, en claro contraste con la pobreza y humildad de la congregación. En un principio la abadesa intentó que aquella indeseada presencia no conturbara la vida monacal, pero la caprichosa dama pretendía constantemente que la existencia del cenobio girara en torno a ella y sus decisiones. La superiora relataba pormenorizadamente a la madre fundadora las incidencias conventuales, entre ellas las dificultades que tenía para continuar adelante con sus trabajos por las continuas disputas que le deparaba la dama.

Cuando la madre Teresa consideró que la situación había llegado a su límite tomó la decisión y le comunicó por carta a la superiora sus instrucciones, con la orden de que no se enterara la Princesa de las maniobras a fin de no enfadarla y verse envueltas en una permanente batalla que destrozaría la paz conventual, ya bastante deteriorada.

Cuando recibió la carta, la madre abadesa llamó al sacerdote que cuidaba de su vida espiritual y le pidió que la noche siguiente retirara del Sagrario el Santísimo y lo llevara a la iglesia parroquial. Ante su extrañeza, le explicó la decisión de la fundadora y le exigió el sigilo correspondiente a fin de que no se enterara la alta dama. Después, guardando las mismas precauciones de silencio, instruyó al resto de las monjas.

-Decid a la guardesa que encuentre para mañana por la noche un carro que transporte nuestras escasas pertenencias al convento más cercano, teniendo en cuenta que todo se debía hacer en el más absoluto de los secretos.

Durante el día siguiente, las hermanas recogieron los enseres religiosos de la iglesia, sus libros y las escasas ropas, que prepararon mientras aparentemente seguían su rutina ante la vista de la Princesa y su servicio.

Sin que nadie en Pastrana se enterara, a las doce de la noche, con la escasa iluminación que proporcionaba la luna, el carro tirado por una mula iniciaba la marcha. Detrás de él, las trece monjas, que rezaban el Rosario en voz baja. En la oscuridad de la media noche, sus sandalias hollaban el polvo de aquel histórico camino de la árida Castilla dejando sola en el cenobio a la Señora del ducado.

EL VIEJO REPUBLICANO

Casi nunca nos hemos planteado qué pasa por la mente de un moribundo, aunque vemos en ellos a veces periodos de desasosiego o de paz que tal vez nos indiquen los sentimientos de su alma, pero que acaso no sea así. He conocido un caso en el que supongo que el subconsciente, es decir, sus íntimos sentimientos se traslucieron al final de sus días.

Era viejo republicano que había rebasado ampliamente los noventa años y estaba llegando al final de su vida. Pronto sería el momento de rendir cuentas ante el Sumo Hacedor y aquel hombre recibió los Sagrados Óleos para su curación eterna. Su consciencia no era constante, pues tenía ratos cada vez más prolongados de inconsciencia, hasta que llegó el momento de perder la noción de esta vida. Sólo estaba vivo porque respiraba, no siempre, acompasadamente.

Poco antes de su enfermedad terminal se había enterado que la Iglesia había decidido beatificar al sacerdote Rodríguez Cabrera, asesinado en la Guerra Civil en la cárcel de Totana, y desde entonces se encerró en un extraño mutismo, como si se aislara de todo.

El hijo, que conocía su vida, entendió que la figura del cura asesinado traía a la memoria de su padre recuerdos incómodos para aquel que había sido un republicano, de cuya condición nunca abdicó. Debía recordar muchas cosas que jamás dijo, que guardaba para sí hasta la hora de su muerte. Y uno de aquellos recuerdos era el de aquella fatídica madrugada de la guerra civil, que con toda seguridad tenía en mente.

Aquel clérigo al que ahora van a beatificar había sido encarcelado simplemente por su condición de hombre de Dios y su dedicación al bien de los demás. Estaba en la cárcel del partido en unas condiciones de extrema insalubridad y con una escasez de alimentos que, de no haberle llevado algunas personas algo de comer, seguro que hubiera fallecido de pura inanición.

Un generoso corazón, el de la madre del republicano ahora moribundo, llevaba a la cárcel para el cura a diario lo poco que podía en aquella época de extrema escasez, compartía con él las mínimas proteínas que entraban en su casa y las llevaba a aquel bello edificio de tan desagradable contenido entre las soeces risas de las milicianas. Era consciente de aquello aquel hijo que no hizo nada por liberar al buen clérigo, que no movió influencias entre los de su facción, ya que pensaba que era un enemigo de la causa al que él no denunció, por lo que tranquilizaba su conciencia. Pero aquello acabó cuando llegó a la ciudad la brigada de anarquistas encabezada por el tristemente famoso Ángel Pestaña.

Aquellos que se llamaban ácratas eran los primeros en destilar odio y en acaparar los pocos comestibles que tenían las familias, esa era su divisa y su triste historia. Llegaron a la cárcel y vieron a los presos, macilentos y escuálidos, hicieron su revisión y la abandonaron para pasear sus armas con gesto amenazador por la ciudad y mirar a todos con ojos inquisitivos que helaban la sangre a la mayor parte de los habitantes. Se ufanaron por las calles del poder que demostraban hasta el día en que debían salir de Totana.

Cuando las flores abrían sus pétalos y los colorines iniciaban su concierto, en aquel que pudo ser un bello amanecer, aquellos hombres que se creyeron jueces y verdugos, y antes de su salida de Totana, se presentaron en la cárcel y asesinaron al sacerdote que no había hecho más que bien en su vida, que siempre tuvo palabras de aliento y de amor para todos, y que compartía lo que tenía con los demás.

Después de la conmoción que sintió la pequeña ciudad ante tamaña barbaridad, la vida continuó en aquella guerra que nadie hizo y la hicieron todos, aquella en la que todos los actores del drama se acusaron y siguen haciéndolo de ser los culpables, los que la desencadenaron.

El joven republicano vio terminar la guerra y vivió sin aparentar ser un hombre de fe, a excepción del gran amor que sentía por su Laly, su Santa

Eulalia y que demostraba habitualmente. Cuando contrajo matrimonio, los padres de aquel sacerdote asesinado fueron sus padrinos, le hicieron un buen regalo y quisieron siempre a su familia, pero él jamás habló de aquella muerte injusta.

Pero viendo llegar su final, probablemente el subconsciente lo traicionó, pues en un momento de consciencia preguntó a su hijo que permanecía junto al moribundo: ¿cogieron a los que mataron al cura? La respuesta fue sencilla y escueta: Yo nací varios años después de terminar la guerra.

Pero la madrugada en que entregó su alma a Dios, y fue a reunirse con su Querida Patrona Santa Eulalia, su hijo pensaba que había tenido la mayor suerte del ser humano en esta bendita tierra, el perdón de Dios. También reflexionó sobre algo muy especial, que jamás pudo imaginar que lo pudiese querer tanto como en el momento de aquella dolorosa agonía. Entonces escuchó la voz del moribundo que segundos antes de expirar repitió: El cura, el cura...

Publicado en Cuadernos de La Santa 2010

LA ALHÁBEGA

Como soy aficionado a las plantas y flores, suelo tener los dos balcones de mi casa llenos de floridos tiestos y me gusta regarlos, abonarlos y, muy especialmente, mirarlos. Algunas de estas plantas, como los claveles, cuelgan de la ménsula hasta llegar casi al balcón del piso de abajo. Por esta afición mía no me extrañó que mi vecino colocara una enorme maceta en el balcón contiguo al mío, de la que una semana después emergió una hermosísima planta verde de bellas hojas y que crecía a una velocidad endiablada.

Para mí que era una alhábega, sin embargo tiene las hojas de forma distinta a las que yo conozco, pero desconozco cuántas variedades hay de albahacas. Conozco por lo menos cuatro tipos de ellas, de las que yo he visto, que son en primer lugar las dos que llamo normales, las que habitualmente encontramos en el mercado o las floristerías, que se distinguen en el tamaño de las hojas. Luego sé de otros dos tipos que son alteraciones de la alhábega de hoja más grande, una de ellas la que preparan todos los veranos en El Niño de Mula para homenajear en su romería de bajada y de subida a su patrón.

Durante todo el verano, los agricultores de El Niño riegan a diario sus alhábegas y les cortan las puntas de vez en cuando, logrando así un mayor desarrollo de la planta, de tal modo que suelen llegar a medir más de un metro y medio.

En algunos pueblos de los alrededores de la ciudad de Valencia, suelen hacer algo parecido, aunque desconozco el método, y logran plantas de más de tres metros de altura, a tal extremo que suelen poner en los enormes macetones un armazón exterior para evitar que se doblen.

Bien, pues a ninguna de estas variedades que yo conozco pertenece la alhábega de mi vecino, ya que tiene las hojas más lanceoladas, es de una belleza superior a las comunes de las que tengo noción y crece a un ritmo de más de un palmo a la semana, y ciertamente engalana el balcón como no lo haría planta alguna.

Me preguntó mi mujer que por qué sé que es una alhábega y no otro tipo de planta y le respondí que yo utilizo la lógica para descubrir estas cosas. Es fácil la explicación. Todo el mundo que tiene una albahaca, suele acariciarla y después llevarse la palma de la mano a la nariz para oler su maravilloso perfume. Pues bien, mi vecino hace lo mismo, es decir, sale al balcón, acaricia su alhábega y a continuación se lleva la palma de la mano a la nariz. Elemental, ¿verdad?

EL AMOR DEL PICADOR

El mundo se mueve y evoluciona porque el hombre es su motor. El ser humano con su fuerza transformadora hace que la vida sea cambiante, que se produzcan guerras, riquezas y grandes inventos que mejoran la vida de las personas. Pero esa máquina transformadora, esa palanca que eleva el mundo, lo revoluciona y lo hace habitable o inhabitable, es el corazón.

Y sin que nadie sepa por qué, se hace residir en esa víscera la capacidad de amar, ergo, si el corazón mueve al hombre y éste al mundo, al orbe lo hace evolucionar el corazón humano. Sí. Es un silogismo facilón, estoy de acuerdo. Pero nadie puede negar que el motor que hace mejorar el mundo sea el amor, mientras que su antagonista, el odio, lo hace retroceder, o cuando menos, de éste último surgen la mayor parte de los males que lo aquejan.

Esta es la historia de un gran amor. El de uno de los más grandes picadores de la historia de la fiesta nacional y una hermosa y casquivana cantante y bailarina. El caballista se llamaba Luis Corchado, y ha pasado a los anales de la tauromaquia precisamente por la fortaleza de su brazo.

Desde niño, Luis sintió una atracción especial por los caballos. Su padre era el mejor herrador de Sevilla y su contorno, además de gran conocedor de las enfermedades de los animales, a la manera de los antiguos albéitares, lo que le confería un gran prestigio en el entorno del caballo y el toro, un gran jinete que enseñó a su vástago el arte de la equitación a partir de los seis años, edad en la que todos los saberes son aceptados como un juego que, unido a su amor por los nobles brutos, le hizo ser un excelente caballista cuando sólo tenía nueve años. Unido a su progenitor visitaba las plazas de toros o las ganaderías para que practicara su oficio, viendo los caballos y las vacadas. Sin embargo el padre no lo llevó jamás a ver una corrida de toros.

El padre estaba orgulloso de él porque era un muchacho serio y responsable, que gustaba poco de perder el tiempo jugando con los chicos de su

edad, pues prefería estar alrededor de su gran afición: el caballo. Era de recia constitución, alto y fuerte, lo que le permitía ayudar en las labores casi como una persona mayor, y se ganaba la voluntad de todos por su disposición a colaborar y su obediencia a las órdenes que recibía.

Cierto día, cuando contaba catorce años, contempló en la plaza de tiente de una ganadería cercana a la ciudad, la faena de encelar y picar a las eralas. Preguntó a su padre cuál era la razón de picar a los toros, respondiendo éste que durante la lidia el animal se enfurece y somete a su corazón a un tremendo esfuerzo por lo que había que sangrarlo, pues de no hacerlo moriría de congestión. El hecho de ver a aquellos hombres que podían sujetar un novillo con la fuerza de su brazo desde el caballo, despertó su admiración y pensó que él podía hacerlo, por lo que solicitó permiso para ello. El ganadero, sorprendido, le autorizó a picar alguna erala.

Su padre marchó con él hacia los caballos explicándole las singularidades de aquella faena campera, las dificultades de sujetar la garrocha, la fuerza del empuje de los animales, que el niño había absorbido desde la contemplación. Una vez colocado sobre el caballo, maniobró con él unos minutos para hacer al animal a su monta y dijo estar dispuesto para la labor.

Cuando recibió la primera erala, apretó su brazo sobre la vara y miró fijamente la púa que llevaba en el extremo y sus ojos fueron directos al morrillo del animal, afianzó sus rodillas sobre la silla, dio medio giro a su montura de forma que diera el pecho a la novilla y esperó la embestida. Clavó de largo y sostuvo la fuerte embestida con el vigor de su brazo de manera que los cortos pitones del animal no llegaran a rozar siquiera la piel del caballo. Los espectadores no salían de su asombro. Un fuerte niño, fuerte sí, pero un niño, estaba dando lecciones de cómo recibir con la garrocha a una novilla y detener su embestida a fuerza de bíceps.

Después de tentar seis becerras, fue relevado para dejar descansar el dolorido brazo. El adolescente se apeó del noble bruto e hizo distintas flexiones

y giros con su extremidad derecha buscando relajar los músculos del esfuerzo, mientras recibía los plácemes de los entusiasmados profesionales. El ganadero, al que no pasó inadvertida la disposición del chico, la maestría en el manejo del caballo y la fuerza de su brazo, le invitó a que regresara al día siguiente, no sin antes recomendarle que hiciera ejercicios sobre el caballo sosteniendo la larga garrocha para familiarizarse con ella y su elevado peso, así como que fortaleciera sus extremidades a base de ejercicios de fuerza.

El inteligente Luis, al percatarse de las dificultades con que se había encontrado al picar por primera vez, agradeció al ganadero su atención pero le dijo que no lo haría al día siguiente, sino en los tentaderos del próximo año, en que estaría preparado para poder enfrentarse hasta con toros. Todos rieron el desparpajo del chico que se retiró muy serio al burladero, pero en su ánimo quedó la firme decisión que emanaba de él y no les cupo duda de que lo haría.

Desde el día siguiente, el joven Corchado pidió a su padre una garrocha y la sostuvo firmemente con el brazo derecho mientras andaba con el caballo, trotaba y hasta galopaba durante casi una hora. Realizaba esta operación varias veces al cabo de la jornada y otros ratos caminaba y corría de la misma manera, de tal modo que la vara parecía una continuación de su brazo. Todos se asombraban de ver la constancia y el esfuerzo que hacía aquel joven para fortalecer las extremidades y adquirir pericia con tan larga vara mientras el equino trotaba o realizaba diferentes pasos.

Alguien le dijo buscara dos trozos de hierro de dos a tres kilos y realizara levantamientos con ellos bastantes veces al día para fortalecer sus extremidades. Se acercó al herrero y le pidió aquellas improvisadas mancuernas con las que realizaba ejercicios constantemente. Para evitar que se burlaran de él los chicos de su entorno por estar siempre con la vara o los hierros, procuró hacerlo a escondidas, encontrando las cuadras como lugar idóneo para sus entrenamientos.

Ciertamente aquel muchacho era la admiración de todos por su galanura sobre el caballo, cabalgaba con la espalda absolutamente recta, dominando con las rodillas y la mano derecha sobre el muslo o sujetando la garrocha. Ejercía su poder sobre todo tipo de cabalgaduras, ya fueran castradas o enteras, y trataba tan bien a los animales que les era fácil acostumbrarse a ser montados por él. Tal era su empaque como jinete que las chicas lo miraban con indisimulada admiración, sin que escapara de alguna que otra sugerente invitación de alguna de las más mayores, lo que levantaba algunas envidias entre los jóvenes de su entorno.

Al transcurrir el año, su cuerpo se había transformado. Parecía mayor de lo que era, pues su espalda estaba más ancha, sus brazos eran dos poderosas aspas de molino de las que huían todos los camorristas por temor a ser vapuleados por ellas. Él, por su parte era bueno y pacífico, paciente pero impulsivo, explosivo pero dulce. Una extraña mezcla que le otorgaba un aspecto concentrado y serio que infundía respeto hasta a sus mayores, que eran conocedores de la bondad de su corazón.

Vivía Luis Corchado exclusivamente para el caballo y la garrocha, con la mente fija en su afición a picar toros. Asistía con su padre a las plazas cercanas para fijarse en la pericia de los picadores, especialmente de los que hoy llamaríamos figuras, tomando nota mental de las dificultades que planteaban los toros y las distintas formas de solucionarlos que aplicaba cada piquero. Todo lo absorbía con absoluta pasión, bebía las enseñanzas de los maestros como lo hacía el sediento con el agua, incorporaba a su mente todos los ejemplos que recibía de los maestros.

Observó que los picadores de más fuerte brazo, cuando cabalgaban sobre animales poderosos, sostenían ensartado al toro sin que se acercara a la piel del jaco. Determinó a su corta edad que había que encontrar con el caballo una maniobra tal que neutralizara la embestida del burel y permitiera al picador

ejercer más fuerza sobre la vara de picar. Pensó que con el tiempo lo descubriría y evitaría así aquellas matanzas innecesarias.

Luego, en la intimidad de las cuadras, cabalgaba con la garrocha y repetía frente a una bala de paja todas las enseñanzas recibidas. Pero su gran intuición e inteligencia, le hicieron encontrar otras soluciones a los mismos problemas, mientras estudiaba los giros de los caballos y observaba en las plazas las embestidas de los toros.

Llegó la época de los tentaderos y fue con su padre a la ganadería en que el año anterior el dueño le invitara a picar. Advirtió el experimentado ganadero la transformación del chico en un auténtico mozarrón, de fuertes brazos y hombros de campeón, y conversó con él sobre los progresos. Se fueron paseando juntos mientras el chico relataba sus entrenamientos al inteligente propietario. De tal manera que, convencido de los datos aportados por el joven, le prometió para el día siguiente, con sólo unos pocos amigos, dejarle picar un toro de cinco años que debía mandar al matadero porque no se lo compraban las plazas dada su fea cornamenta.

Cuando le llegó el turno, Luis dijo que picaría con su propio caballo, lo que sorprendió a todos, ya que nadie quería un accidente en una bestia propia, sino en las de la ganadería. Cuando hizo su aparición en la placita de tienta, la expectación fue importante, especialmente entre los picadores, pues se le notaba una soltura y un dominio del animal muy superior a los conocidos por todos. Picó diez novillas ante la admiración de todos los presentes y fue muy celebrada su gesta.

Al día siguiente, el anciano ganadero acompañado de los Corchado, el mayoral de la ganadería y dos viejos picadores ya retirados, se dirigió a la placita de la finca donde sus vaqueros habían conducido al toro de fea y enorme cornamenta que resoplaba en la corraleta. En la arena apareció de nuevo sobre su fuerte caballo el adolescente con la misma firmeza en el gesto de la que ponía en el brazo para sujetar la garrocha.

Cuando hizo su aparición el toro, todos enmudecieron. El muchacho, citó con la voz al cornúpetas, el caballo levantó las dos patas delanteras ofreciendo el pecho y las dejó caer mientras las clavaba con firmeza en el suelo preparado para el encuentro. Luis, con la vista fija en el morrillo del animal, clavó en su centro la pica, deteniendo su viaje sin que llegara a rozar siquiera la piel de su noble bruto con los pitones. Luego, ordenó con las rodillas un leve giro y picó espuelas saliendo del encuentro. Repitió la operación tres veces, mientras las gargantas de los escasos espectadores gritaban de entusiasmo. Esta original forma de picar fue en lo sucesivo su distintivo profesional, el que años después le otorgaría la primacía entre los varilargueros españoles, y que con similar descripción recogería la Tauromaquia del gran Montes.

Ya en 1.801 picaba en la plaza de Sevilla y en las de los pueblos y ciudades de Andalucía donde fue ganando fama, hasta que su nombre llegó a la Corte. Se presentó en 1.803 en la Plaza Mayor con motivo de las bodas del Príncipe de Asturias, el que después sería Fernando VII, los días 20, 22 y 27 de julio con memorable éxito. Pero la invasión francesa prohibió las fiestas de toros, teniendo Luis que abandonar su profesión.

El mundo del piquero se derrumbó. Hasta entonces había hecho lo que más le gustaba y para lo que estaba francamente bien dotado, montar a caballo dominando todo tipo de animales y picar toros en lo que era una primera figura. La maldita invasión gabacha le quitó la profesión y lo redujo a vivir de sus ahorros. Pero su figura era tan bien conocida, su fama como caballista era tal, que la Diputación de Sevilla lo contrató como correo-conductor del ejército de Andalucía, precisamente por ser tan gran jinete y disponer de buenos jacos.

En los tiempos libres cabalgaba por las ganaderías de bravo jugando con los toros en el acoso y derribo hasta que la guerra acabó de forma aparente con la llegada del hermano de Napoleón como rey de España. Pronto se

reanudaron las corridas y la Junta de Hospitales de Madrid le contrató en el año de 1.808, para picar las corridas de la feria y para ello tuvo que ser autorizado por escrito por el General Castaños, el héroe de la Guerra de la Independencia, de lo cual queda constancia documental. En la corrida celebrada el 19 de septiembre, picó al cuarto toro del Conde de Valparaíso y causó admiración el hecho de sujetar al animal con la pica durante un minuto, saliendo después sin que el caballo sufriera un rasguño.

El efímero rey José Bonaparte quiso congraciarse con los españoles y en 1.810 autorizó de nuevo los toros en la capital del Reino y mandó llamar a Luis Corchado por un sueldo de 1.200 reales, que fue autorizado por la Diputación de Córdoba para desplazarse a la capital, habida cuenta de que era en aquellos momentos funcionario de dicha institución, pero las matanzas de las tropas napoleónicas entre Despeñaperros y Ciudad Real le impidieron pasar, por lo que no pudo hacer el paseíllo y el público madrileño se quedó sin verlo.

El 6 de octubre de 1.811 toreó en Madrid una corrida en la que el gran Jerónimo José Cándido estoqueaba en solitario, y Corchado regaló el noveno toro y lo mató a estoque, proeza que pronto conoció España entera. El gran escritor costumbrista Serafín Estébanez Calderón dejó escrito de él: "... se le vio matar un toro con la pica, que cebándola con rigor inusitado en el cerviguillo del toro, cada vez más feroz y rabioso, acabó por hundírsela toda en las honduras y matarle".

La fama del gran piquero se extendió por toda la geografía nacional y fue contratado en todas las plazas, convirtiéndose en el más aclamado y que mejores sueldos ganaba de todos los picadores, lo que lo transformó en un hombre acomodado y pudo comprar una buena casa en Sevilla.

Cierto día de 1.824, toreó de nuevo en Madrid y después del triunfo de la corrida, se cambió de ropa y marchó con unos aficionados y amigos que lo invitaron a una venta del principio de la carretera de Extremadura para

celebrarlo. Mientras bebían y reían, hicieron su entrada un grupo de personas que rodeaban a una hermosa mujer a la que agasajaban. Se sentaron alrededor las mesas que estaban más cercanas a donde ellos se encontraban.

Uno de sus amigos, se levantó, se acercó al grupo de recién llegados e invitó a la bella dama a conocer al gran varilarguero a lo que ella accedió encantada por saber sobradamente de la importancia de aquel artista del caballo y la garrocha. Se acercaron y presentó a Corchado y María Jurado, la más famosa cantante y bailarina de la escena española que en aquellos momentos triunfaba en el Teatro del Príncipe. Luis miró con atención la belleza de la artista y sonrió embobado por la hermosura de la mujer. Departieron un rato y él le prometió que la noche siguiente asistiría al teatro a ver su espectáculo. Luego, ella volvió con los suyos y el picador y sus amigos continuaron con la juerga.

La tarde del día siguiente se puso sus mejores galas para asistir al espectáculo y adquirió un palco al que invitó a unos amigos. Cuando salió al escenario la cantante, el teatro entero aplaudió con entusiasmo, al que se sumó el famoso picador. Luego, la música sonó y las alas de los ángeles en forma de bata de cola acariciaron la sensibilidad de Corchado, los lunares del vestido de la artista le parecieron estrellas luciendo para él y los insinuantes movimientos del esbelto y cimbreante cuerpo propios de las hurís del paraíso de Alá.

El hombre que se pone habitualmente delante de un toro para hacer una faena, para jugarse la vida ante él, encogiendo por la emoción los corazones del espectador y, en otros momentos esponjar las vísceras ante la magnitud de la labor, suele ser un enamorado. Sí. Lo es en el más amplio sentido de la palabra, pues ama al caballo, al animal con el que se enfrenta, ama al público que está expectante ante su gallardía, ama la vida poderosamente, a los que lo necesitan, pues es más solidario que nadie, y quiere muy especialmente a las mujeres.

La dulce flecha de Cupido atravesó el sólido corazón del piquero y el amor lo embargó por completo. Después de la actuación, se presentó en su camerino invitándola a cenar y a beber champán, algo que él no estaba acostumbrado, a lo que la cantante y bailarina aceptó. Cuando quedaron solos en el reservado, Luis le dijo que estaba enamorado de ella. Sonrió halagada la artista y rehusó con ese juego de seducción propio de las mujeres, dejando al recio torero de a caballo confuso y esperanzado.

Volvió al teatro todos los días que no toreaba fuera de Madrid, enviándole los más grandes ramos de flores que había visto aquella mujer. Cenaron juntos alguna noche más y él comparecía siempre con joyas que complacían mucho a María. Los sutiles lazos del amor encadenaron al picador, y su bonhomía y largueza en el gasto, su generosidad en suma, fueron acercando a él el corazón de aquella mujer.

Sabía María que él era el mejor y que más dinero ganaba, recibía sus mejores flores y algunas joyas como prenda de un amor que cada día se le notaba más a Luis Corchado, que bebía los vientos por ella. Decidió, por tanto, acceder a alguna de las peticiones de aquel hombre del que esperaba todavía más regalos. Pero aquellas atenciones sólo servían para espolear aún más los amores del piquero.

Le pidió matrimonio y ella respondió que no deseaba casarse, pero que como estaba enamorada de él, accedía a irse a vivir juntos, sin dejar por ello el teatro. Pero eso planteaba una dificultad, que la casa del picador estaba en Sevilla y no en Madrid. Aquella noche, María invitó a Luis a dormir con ella. Y en el tálamo, el fuerte brazo que dominaba toros se transformó en suave y acariciadora ala de mariposa mientras abrazaba el sensual y excitante cuerpo de María Jurado, a la par que ella sintió sobre su feminidad el mejor de los jinetes.

Cinco días más tarde, la pareja contemplaba los altos riscos de Sierra Morena cuando su coche descendía por Santa Elena camino de Sevilla. Eran

las dos almas más felices del mundo que compartían el vehículo mientras sus brazos se convertían en serpientes que ceñían los cuerpos conjugando el verbo amar. Una vez más, el tópico se hacía realidad, el torero y la cantante formaban pareja, ambos dos grandes en sus respectivos artes.

Pronto conoció Sevilla a la famosa María Jurado, paseando por sus calles del brazo del no menos sonado Luis Corchado, el más gallardo de los picadores de toda la Andalucía. Todos se hacían lenguas de su belleza y de la buena pareja que formaba con el maestro, gozaban del amor y la felicidad que notaban en sus caras cuando entraban a las tabernas o a las modistas, que eran los establecimientos que más visitaban, pues María gustaba de vestir elegantes ropas que Corchado pagaba con largueza.

No gustó a la cantante la casa ni el barrio del picador por lo que lo instó a que comprara otra de más tronío y en lugar más significado. En una esquina, frente a la Torre del Oro, Luis adquirió una vivienda más grande y con muebles de lujo como no se habían visto en la ciudad del Betis. Compró un landó para que su pareja pudiera desplazarse como las damas nobles, y contrató un auriga, una cocinera y una criada para la limpieza. María presumía su buena suerte, de la pareja rumbosa que había conseguido enamorar, que la convirtió en la mujer más admirada de la ciudad. Ella, por su parte, estaba igualmente enamorada del picador y quería tenerlo siempre consigo.

Luis Corchado se dedicó al cultivo de su amor, faltando con alguna frecuencia a sus entrenamientos con los caballos, aunque solía montar a diario. Cuando le salía un contrato lejos de Sevilla que le obligaba a dormir fuera de casa, María se enfadaba y le echaba en cara una supuesta falta de amor. El picador le decía que ésa era la forma de poder mantener aquel hogar con su servicio y comprarle tanta ropa como deseaba y que no era poca. Lo cierto es que a él le contrariaba cualquier contrato que lo alejara de su pareja, pero sabía que si no contentaba al público no podría mantener aquel tren de vida.

Al regresar a Sevilla, María lo abrazaba cariñosa y hablaba sin parar, presa de una extraña alegría mientras hacía planes porque le habían ofrecido un contrato para cantar en la ciudad. Él se alegró porque ella volviera a los escenarios por su propio contento y tal vez para evitar el ahogo que le producía una mujer tan posesiva. Después de cenar salieron a una venta en la carretera de Alcalá de Guadaira. Allí fueron saludados por todos con admiración, especialmente los aficionados que ya eran conocedores de la gran hazaña realizada a un toro del Duque de Veragua en la plaza de El Puerto de Santa María que ya era sabida por toda España.

Sorprendentemente, aquella María que siempre deseaba salir con él de compras o permanecer por las tardes y noches en casa, quería visitar las ventas a diario. Todos los días que Luis estaba en Sevilla tenían que salir de jarana, pero a él los contratos lo esperaban y se debía a su profesión en la que era sin duda el mejor. Continuaron los viajes y las pernoctas fuera de casa, a la par que ella regresaba a sus actuaciones en el teatro y volvía a sentir la felicidad de los artistas, el aplauso del público.

Cierta mañana de toros, en los corrales habilitados para los caballos que iban a torear por la tarde en la Plaza Mayor de Madrid, mientras repasaba los animales preparados y elegía dos para sí, alguien le dijo que no eran suficientes, pues aquellos toros de Colmenar eran duros y mataban muchos jacos. Muy serio, miró al señor que lo dijo y le respondió: Picaré los ocho toros con este caballo sin que lo toque un cuerno. El otro bromeó diciendo que aquello era una bravuconada, a lo que Luis le dijo: ¿Apostaría usted veinte mil reales a que lo hago? Se hizo un silencio a su alrededor y el que porfiara asintió.

La emoción de la plaza era inenarrable, pues se había corrido la voz de la apuesta y las opiniones estaban divididas, ya que unos daban crédito al picador y otros dudaban de que lo consiguiera. Y el coso era un hervidero de comentarios y de pequeñas apuestas entre aficionados.

Y aquella tarde Luis Corchado cumplió su palabra. Ocho toros picó con el mismo caballo sin que las carnes del équido fueran ni siquiera arañadas por ningún pitón. Al terminar la corrida, en el patio de caballos, los aficionados rodeaban al picador felicitándolo entusiasmados cuando se acercó al grupo el apostante que lo miró fijamente a los ojos y le dijo: Aquí tiene veinte mil reales que apostamos y que yo estaba seguro de ganar. Jamás vi a nadie que hiciera lo que usted ha hecho, y dudo que esta plaza lo olvide nunca.

Aquella semana fue el héroe de Madrid. La proeza fue tan comentada que traspasó fronteras provinciales siendo pronto conocida por toda España. Todo el mundo hablaba de la hazaña nunca vista realizada por el picador Corchado, por lo que el torero se convirtió en el más famoso, el más solicitado por todas las plazas.

Cuando regresó a su casa, con gran enfado de María, hubo una invasión de aficionados que querían verlo, abrazarlo y compartir con él aquel triunfo. Le era difícil pasear a caballo por la ciudad cuando regresaba de entrenar, pues todos le querían hablar e invitarlo. Con frecuencia se apeaba, ataba el equino a la puerta de alguna taberna y a su presencia el vino corría como el agua del Guadalquivir.

A María le molestaba la fama de su hombre. Aquellos homenajes no le gustaban porque prefería los que le hacían a ella cada noche en el teatro al que no quería que fuera Luis a verla, pues al aparecer en el palco, todo el público aplaudía al diestro y esto la hacía sentirse celosa de aquella celebridad.

Algunas noches, María regresaba del teatro cuando amanecía y Corchado la oía llegar desde la cama sin decir nada. A veces, escuchaba la parada de algún coche y una voz masculina que despedía a la cantante. Pensaba desde su bondad que los admiradores de ella la homenajeaban al terminar la actuación tal y como a él le pasaba, siendo muy difícil a veces sustraerse a esos agasajos o despedirse de los que lo invitaban.

Cierta mañana, Luis se despidió de María porque tenía que torear en Jerez de la Frontera, por lo que regresaría el día siguiente. Partió con su cuadrilla camino de la ciudad del alegre vino fino y cuando estaban comiendo en una venta cercana ya a su destino, un jinete apareció para decirle que se había suspendido la corrida porque el cabeza de cartel había sido corneado por un toro en Málaga. Decidió pues regresar a casa.

Cuando llegó a su domicilio, ya anocheciendo, encontró que María había salido para el teatro y cuando se sentó en el patio, le anunció la criada la llegada del Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla. Luis se levantó y lo recibió con la amabilidad que le caracterizaba. Aquel señor que le venía a proponer celebrar en la Plaza de la Maestranza una corrida a beneficio de un asilo de ancianos, y al verlo solo en casa, le invitó a cenar a lo que accedió, pues siempre era bueno codearse con lo mejor de la ciudad y aquel caballero lo era sin la menor duda.

Hicieron la colación en los salones de la Hermandad sitos en la misma plaza de toros acompañados por otros caballeros y la cena se prolongó hasta bastante tarde. Luego algunos dijeron de tomar unas copas en una venta en la que se reunía lo mejor del cante andaluz y al estar todos de acuerdo, Corchado no se opuso marchando con ellos hacia Sanlúcar la Mayor, en cuya carretera estaba situado el local.

Cuando se apearon de los coches, se escuchaban las guitarras y se notaba por el número de vehículos que estaba llena. Entraron todos siendo recibidos por el dueño con zalemas y reverencias al advertir de quien se trataba, pues eran todos los caballeros más distinguidos de Sevilla. Pero al ver con ellos al picador, su gesto se transformó, la sonrisa aduladora se le quedó helada y se limitó a apartarse para dejar paso a los clientes con gesto de preocupación.

El salón estaba a rebosar de gente y entre ellos dos guitarristas tocaban mientras tres cantaores se turnaban en una ronda de fandangos de Huelva. Se

dirigieron a los reservados para tener mayor intimidad. Luis se rezagó porque fue saludado por algunos de los clientes del local, siguiendo a los demás a una cierta distancia. Cuando llegaba a la habitación donde le esperaban los maestrantes, un camarero abrió la puerta de uno de aquellos lugares íntimos para llevar unas botellas de vino, y al mirar a su interior de forma descuidada la sangre se le heló. Las firmes piernas que dominaban los más fuertes caballos le temblaron, su rostro se transformó en una mueca de estupor.

En el reservado se hizo el silencio ante la aparición de la recia figura del picador. Allí, María Jurado estaba sentada sobre las rodillas de un hombre cuyo cuello rodeaba con sus brazos. Éste, al ver el descompuesto gesto de Luis, se desasíó de la cantante y echó mano al bolsillo donde guardaba un pequeño revolver que empuñó con el miedo reflejado en el rostro. La mano derecha de Corchado se fue instintivamente a la faja dentro de la cual guardaba su faca, pero no hizo intención de cogerla. Lentamente, con palidez cerúlea y duro gesto, giró sobre sus tacones y salió de la venta caminando como un autómatas en dirección al coche del Maestrante.

María Jurado temblaba de miedo al ver el gesto de Luis y el acto de llevar la mano a la faja, y cubrió su cara con el abanico. Al ver que su hombre volvía sobre sus pasos se asustó y su cerebro se paralizó ante la posibilidad de encontrarse frente a frente con el picador y decidió no regresar a la casa. Pero no sabía qué hacer. Con gesto preocupado y manos acariciadoras dijo a aquel caballero que la llevara con él, ya que le había prometido amor eterno. El hombre dijo que era casado y de elevada posición, por lo que su condición le impedía meterse con gente baja. En realidad su miedo era a encontrarse con aquel hombre cuya fama y valor conocía perfectamente, pensando que quien puede matar un toro no temblaría frente a él y podría acabar con su vida.

Nervioso como estaba, dijo a María que sólo podía llevarla a una posada donde pasara la noche y que después se olvidara de él, que no quería verse involucrado en peleas de parejas. La cantante humillada, aceptó y fue

acogida en un alojamiento al que la llevó el señor a pesar de la avanzada hora de la noche.

Mientras tanto, el cochero del Maestrante dejó al atribulado Luis Corchado a la puerta de su casa donde entró serio y concentrado. Colgó su capa en la percha de la entrada y se sentó en la salita en la que solía departir con su amada en la butaca que acostumbraba a utilizar, se retrepó y cerró los ojos. Su cerebro era un hervidero de ideas contradictorias, su corazón estaba destrozado, frustrado por la traición de aquel amor al que había entregado su vida.

En esa postura continuaba cuando, casi a las dos de la tarde del día siguiente, entró a la salita la cocinera para decirle que la señora había enviado a una moza de posada para recoger sus pertenencias y solicitaba su permiso para dárselas. Luis asintió ensimismado y continuó en la misma posición. Pero al rato reaccionó, se levantó enérgicamente y fue al dormitorio donde el servicio recogía las ropas de María Jurado. Eligió él los vestidos que ella había traído de Madrid y mandó que se los dieran, lo mismo hizo con las joyas, quedándose con todo cuanto él le había comprado en Sevilla.

Repartió aquellos caros vestidos entre el personal de servicio, les pagó y los despidió, no sin antes pedir a la cocinera que llevara el resto de las joyas a la catedral para adornar la imagen de la Virgen de los Reyes, patrona de Sevilla. Luego, volvió a la salita y se retrepó en la butaca.

Como un reguero de pólvora se corrió por toda Sevilla la noticia de lo acontecido en la venta, pues en una ciudad en la que todos se conocían era de fácil conocimiento cualquier acontecimiento de aquel tipo, máxime por la personalidad de los actores de tan cruel suceso. Todos sufrieron con el picador, ya que era ídolo de multitudes, al igual que despreciaron a María Jurado, la infiel, y a aquel señorito que se permitía conquistar artistas escudado en su alta posición.

Mientras la calle era un hervidero de comentarios, el corazón dolorido de aquel hombre de tremenda entereza se rompía por minutos, la tristeza se

adueñó de él y permaneció en su casa sin apenas comer durante varios días en los que se negó a recibir a nadie. Los amigos, empresarios, aficionados y Maestranes precisaban hablar con el maestro pero él se oponía, quería estar sólo con su tristeza y a nadie dejaba entrar. Mientras la gente se preocupaba él continuaba encerrado rumiando su desventura, echando maldiciones a la hora en que conoció a la mujer que le robó el corazón y la misma vida.

El fuerte corazón que dominaba caballos y toros, el hombre duro había sucumbido. El cabello de Sansón había sido cercenado, la fuerza había desaparecido de él. La gran víscera de aquel hombre había sido estrangulada por el hilo de seda del amor, y ahogaba su circulación. Luis Corchado se había terminado, no quería vivir, pensaba que sin ella nada tenía sentido.

Unos días después, cuando no respondió a las llamadas, los amigos empujaron la puerta y no lo encontraron por ninguna habitación de la planta baja ni contestó a las llamadas de ellos. Subieron y lo encontraron muerto sobre su cama de matrimonio. El firme brazo, el que podía matar toros desde el caballo estaba extendido y sostenía con su mano derecha una negra cinta de terciopelo con un crucifijo de coral que María solía llevar en algunas actuaciones y que las criadas debieron dejar sin recoger para devolverlo.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Serafín Estébanez Calderón.- Escenas Matritenses

Blanco y Negro.- Nº 518, de 6 de abril de 1.901

José M^a. De Cossío.- Los Toros, tomo III

Accesit en el Primer Certamen de Literatura Taurina del Club Cocherito
de Bilbao 2011

SERRANO CRESPO, JUANA

LOS CERROS

Aunque era el primer día de primavera, aquella mañana las calles de la ciudad estaban cubiertas por una espesa niebla y pocas personas pasaban por ellas. Era un día se esos que el corazón parece encogerse en el pecho, eso al menos era lo que don Justo pensaba mientras daba vueltas por la estancia.

Hablaba en voz baja a pesar de que estaba solo y aunque alguien hubiese querido saber qué decía, no habría podido entenderle. Estaba preocupado, muy preocupado, y encendía un cigarrillo tras otro probando dominar los nervios, cosa que no conseguía.

-No sé. No sé qué hacer, si dejarle marchar solo o ir con él; la verdad que no me apetece dejar esto ahora, cuando se puede vivir aquí como nunca, pero ¿Cómo le dejo solo? Ya ha sido bastante desgraciado, pues creí que no saldría de esa maldita depresión. Tanto sacrificio para que terminara la carrera y ya que está situado en el hospital, todo se vino al traste cuando vio en el periódico aquel maldito anuncio y decidió dejar todo: su trabajo, las comodidades de las que disfrutaba... para marcharse a un escondido y lejano pueblecito en el que solicitaban un maestro.

Don Justo sabía que su hijo era tajante y que le había dicho:

-Me voy, y nadie en aquel lugar sabrá quién soy ni de dónde vengo. Y sé lo repitió cuando su padre le dijo que se marcaría con él.

-Si piensas venir conmigo, te advierto que nadie, ¡Nadie! ha de saber quién soy ni qué estuve haciendo antes de llegar hasta allí.

Y bien sabía el padre como era su hijo. Jaime que así se llamaba el joven, era doctor y tenía las ideas muy claras de lo que quería. Quería esconderse, al menos por un tiempo, lejos de sus recuerdos y pensó en irse solo, pero comprendía que su padre sólo le tenía a él y aceptó que le acompañara. Después de preparar algo de equipaje, una mañana de mayo salieron en dirección al pueblo donde reclamaban un maestro.

Después de muchos kilómetros dejaron la carretera general cuando un cartel decía: A los Cerros cuatro Km. Así era como se llamaba el pueblo.

Durante muchos kilómetros no pudieron ver a nadie y tampoco ahora al llegar al camino podrían ver a nadie, el cual era pedregoso y tan sólo había, a lo lejos, algún pastor cuidando de sus ovejas.

Don Justo no se atrevía a pronunciar palabra, pero pensaba: ¡Vaya lugar el que ha escogido mi hijo! ¡Esto es una locura! Y pensar lo bien que estaba en la capital trabajando como lo que es, un buen médico y venir aquí que es un desierto como un maestrucho, repitiendo para sus adentros. ¡Esto es una locura!

Al fin, después de muchos batacazos y con el coche lleno de polvo llegaron al pueblo. Todo el mundo comentó enseguida. ¡Ha llegado el maestro! Les extrañaba que fuera cierto les habían prometido muchas veces que lo tendrían, pero no llegó y por eso dudaban de que fuera cierto. Todo eran comentarios y alegría. ¡Ha llegado el maestro! ¡Ya vino el maestro!

Pronto llegó un señor mayor que dijo ser el pedáneo de los Cerros y les llevó amablemente a la casa donde vivirían y enseguida preguntó:

-¿No viene su esposa? ¿No tiene niños? Jaime contestó:

-No. Sólo venimos mi padre y yo y continuó sacando las maletas.

La casa era grande, antigua como todas las que podían verse desde allí; viejas pero se veía que sus antepasados habían sido gente de dinero. Ya muchas estaban vacías pues los habitantes se mudaron en busca de las comodidades que allí carecía, ya que a los Cerros no había llegado ni la luz eléctrica. No era el único pueblo que vivía sin ella, los tiempos eran duros en aquellos años y por eso su alegría era desbordante ante la llegada del maestro.

El pedáneo se encargó de avisar a María, la señora que se encargaría de todos los quehaceres de la casa y lo que necesitaran el maestro y su padre. En poco tiempo todo estaba dispuesto y ordenado. Las mujeres se

apresuraron a ir a saludarles y todas le ofrecían sus casas y lo que tenían lo tenían a su disposición. Todo muy bien, pero don Justo pensaba:

-Aquí no puedo aguantar más de tres días, esto es un desastre. Pero se acostó y como estaba cansado del viaje se quedó dormido y cuando despertó ya amanecía. Gozó de aquel silencio y de la paz que reinaba a aquella hora en el pueblo y salió andando mirando el paisaje y se entretuvo viendo como las gentes se dirigían cada cual a sus trabajos.

Cuando volvió, Jaime ya se había marchado a la escuela con los niños, y qué pena sintió al comprobar que muchos ya grandecitos no sabían ni el abecedario. Pronto comprobó que la labor sería dura y se propuso poner todo su esfuerzo para ayudar a aquellos niños, que no tenían suerte mientras que otros que perdían el tiempo y no hacían nada. A estos nadie le había dicho nada, ya que casi ninguno de sus padres sabía leer ni escribir. Sintió pena también de los padres y aunque se había propuesto dejarles al margen sintió pena.

Entre los niños y niñas había de todas las edades, a algunos ya le apuntaban los pelillos del bigote y otros de apenas cinco años.

Fue preguntando a todos para ver cómo dar comienzo a la clase, y de los veintidós sólo unos seis sabían escribir y leer un poco, pero uno de unos seis años le sorprendió porque sabía leer y escribir casi perfecto.

Le preguntó: ¿Quién te ha enseñado? Y el niño se apresuró a decir que su madre.

-Mi mamá sabe sí sabe leer y nos ha enseñado a mí, a Andrés, y a Paquito.

Total, a los pocos que sabían leer y escribir les había enseñado a todos la madre de Tom, que así se llamaba el niño, a quien todos le conocían por Tom, el del molino, ya que vivía en la casa donde antes estuviera viejo molino, junto al río y aunque ya no molía nada, todavía era el molino.

Jaime se alegró de que al menos alguna madre supiera escribir y pensó: algo es algo. Qué mal lo pasó, menos mal que eran sumisos y obedientes. Se juró a sí mismo que haría lo que pudiera para ayudarles a ser personas. Ellos no tenían la culpa de haber nacido en aquellos andurriales.

-A ellos les haré un bien y a mí me ayudará a olvidar mi pasado.

Aquel pasado tan duro que más de una vez estuvo a punto de terminar con todo, hasta ese punto llegó su desesperación.

Había pasado sólo una semana y se sentía otro, pues hacía mucho tiempo que por culpa de una gran depresión no había hecho nada, siempre recostado en el sofá y en la cama. Pero con la ayuda de sus amigos logró ponerse mejor y empezó a trabajar como médico en el hospital, aunque no encontraba la paz, y al ver el anuncio en el periódico tomó la decisión de retirarse y probar a cambiar de aires. Le parecía mentira la paz que aquel lugar le estaba dando y además María, la señora que les cuidaba, preparaba unas comidas que hacía resucitar a un muerto. Eso fue lo que le dijo Jaime cuando le preguntó que si le gustaban.

La mujer se sintió feliz, pues tenía miedo de que no les gustara lo que hacía.

-El sábado, dijo a los niños, quiero que me enseñéis el pueblo y me presentéis a vuestros padres. Los niños se miraban unos a otros y se reían.

-¿Qué pasa? Preguntó el maestro ¿De qué os reís? Y al cabo de un rato uno de los niños dijo:

-Don Jaime, es que nuestros padres están preparando una fiesta para darle la bienvenida el sábado y que los conozca.

-¡Ah! Me parece una buena idea. Ya tenía ganas de conocer a todos y así será más fácil.

Don Justo estaba sorprendido, tenía tanto miedo a que no se adaptara a aquel ambiente tan distinto del que había vivido hasta entonces. Le había visto tan mal que le sorprendía verle con aquel ánimo y aquel apetito al

volver del colegio, y le contaba todo lo que los críos decían y hacían en clase y su frase era: ¡Son buenos chavales!

Y llegó el sábado y el pueblo estaba revuelto pues todas las mujeres, aunque no tuvieran hijos en edad escolar, habían preparado algo para la fiesta y así poder estar todos los vecinos juntos.

Una había preparado el mejor pollo de su corral, otra hizo unas tortas que te chupabas los dedos, conejos al ajillo... todo natural. Eso fue lo que dijo don Justo al probar todas aquellas viandas.

-Todo, todo es exquisito y tan fresco que tengo miedo al colesterol. Pero comió con un apetito que hacía mucho tiempo que no comía.

Cuando ya estaban todos los niños y los padres reunidos dijo Jaime:

-Bueno, presentadme a vuestros padres, pero uno a uno para que no me lie.

Todos corrían para ser los primeros, es natural en los críos, y fueron diciendo cada uno quienes eran sus padres, ya que todos habían acudido para conocer al maestro. Cuando llegó el turno a Ginés, sólo presentó a su madre y dijo:

-Mi papá no viene porque está en el cielo.

Y rompió en sollozos desconsolado. El maestro se apresuró y limpió con su pañuelo el llanto del pequeño y le dijo.

-No te preocupes, verás como mamá se las arregla para que no te falte nada.

La madre acudió a tomar al niño, mientras éste hacía todo lo que podía para tragarse el llanto.

Tocó el turno de Tom el del molino y sólo estaba su padre. Jaime pensó que era otro caso igual. No recordó que era su mamá quién le había enseñado a leer y no se atrevía a preguntarle nada, pero Tom, que tenía un desparpajo asombroso, se adelantó y dijo:

-Este es mi papá. Mi mamá no ha venido porque mi papá no la ha dejado, pero la tortilla la ha hecho ella.

Ramón que así se llamaba el padre de Ton se puso rojo y se apresuró a decir:

-Es que no se encuentra bien y por eso no ha querido venir.

Tom alzó la voz y dijo.

-Papá, estás mintiendo. Mamá, no está mala, lo que pasa es que tú la mandaste para que cuidara las vacas, que no hacía falta que viniera, que ya venías tú y bastaba.

Ramón se puso furioso y todos sabían que cuando se enfurecía tenía malas pulgas y una vecina picarona, ella procuró mediar en el asunto y dijo a Ramón.

-Hoy no es día de disgustos, si tú quieres, mientras empieza la merienda voy yo y aunque esté pachucha la traigo un ratito. Es una pena que sólo falte ella, y con la mejor de sus sonrisas le ofreció una copa a Ramón, diciéndole:

-Tómatela que tienes que cantar para que sepa el maestro lo bien que lo haces.

A Ramón le cambió el semblante y se puso como un pavo real ¡Qué bien le conocían las vecinas!

La mamá de Tom, Dora, aunque su nombre era Salvadora todos la llamaban así, Dora. Era una mujer bastante joven, aunque su pelo lo llevaba recogido en un moño cómo todas las viejas del pueblo, pero sus ojos negros tenían toda la luz de su juventud.

Cuando la buena Petra, que así se llamaba llegó, Dora lloraba mientras echaba alfalfa a las vacas y al verla se limpió la cara con el delantal tratando de disimular el llanto, pero Petra, que era un diablillo, con un corazón de oro dijo:

-Anda, anda, no disimules. Ya sé que te sobran motivos para llorar pero ve y cámbiate, que esta vez no se va a salir con la suya.

Dora se negó y dijo:

-No puedo ir, se pondrá furioso, ya que no quiso que fuera con él. No, yo no puedo irme.

Pero Petra la empujaba diciendo:

-Anda, anda, que se van a comer la merienda. Ponte lo que sea, tú estás guapa con cualquier cosa. La pobre Dora, que estaba casi preparada pensando ir con Ramón a la fiesta no tardó en aparecer tras lavarse la cara para que no se notara que había llorado, y pronto salió dispuesta, diciendo mientras cerraba la puerta:

-No sé si llevar una cosa que escribí para el maestro, pero sé que Ramón se enfadará si la llevo ya que ha sido el motivo de no querer que fuera con él. Ya sabes como es.

-¡Ah! Claro que lo sé y por eso abre ahora mismo la puerta y saca esos escritos y si no le gusta que se fastidie o es que tú no te jorobas con sus cosas. Venga, sácalo y vamos.

Dora iba temblando, temía la reacción de su esposo cuando la viera llegar. Petra advirtió su nerviosismo y dijo.

-Mira Dora, déjame a mí, yo lo leeré en tu nombre y verás como a mí no se atreve a decirme nada

Cuando vieron que venía Dora todos los vecinos aplaudieron, ya que todos sabían la vida que llevaba y que era digna de vivir de otra manera. Tenía una cultura que nadie en el pueblo tenía y además era muy bella. Tom corrió a su encuentro y todo orgulloso fue a presentársela al maestro.

-Esta es mi mamá. ¿A que es muy guapa?

Todos rieron ante la espontaneidad del niño, pero era cierto, eso pensó Jaime al verla, pero no se atrevió a decir nada, pues no le pasó

inadvertida la forma de actuar de Ramón. Después del saludo Petra se puso en pie y dijo.

-Señor maestro. Con su permiso voy a leer lo que Dora ha escrito para darle la bienvenida.

Y acto seguido se puso a leer.

-Señor maestro, qué alegría tenemos todos esta tarde. Así empezaba lo que Dora había escrito con tanta ternura. Pero Ramón dio un salto y le arrebató el papel de las manos de Petra haciéndolo pedazos y después se dirigió al maestro diciendo.

-Son tonterías de mi mujer, sólo hace eso, tonterías de niña. Por eso no quería que viniera, parece una cría mal criada y es que mi suegro... Y empezó a contar la historia dándoselas de gran señor.

Petra con su actual picardía intentó arreglar la situación pero cuando se acercó a don Justo para darle un trozo de tarta, dijo por lo bajo:

-Ay qué tío. Tiene el demonio en el cuerpo, es un borde. Después continuó bromeando para apañar la cosa, pero a don Justo no se le había escapado el carácter de Ramón y dijo para sí:

-¡Pero qué borde!

Continuó la fiesta y Ramón no se separaba del maestro, contándole todo el roll de su familia, mientras se sentía el más importante del pueblo. Jaime pronto comprendió que era un venido a menos y trataba de disimular, casi culpando a Dora de su fracaso, pero al menos dejó la fiesta en paz, y los niños y padres se divirtieron dando buena cuenta de lo que habían preparado con la idea de agasajar al maestro y a su padre. Les parecía mentira que estuviera allí.

Ya casi anocheciendo cada cual volvía a su casa, todos muy felices. Todos menos Dora que tenía que quedarse a solas con Ramón, por si armaba alguna de las suyas, pero al menos esta vez había tenido suerte pues se tomó unas copas y se acostó, quedando pronto sumido en un relajado sueño.

Dora llevó al niño a su cama y aprovechando que Ramón roncaba, se puso a escribir. Disponía de tan poco tiempo para hacerlo. Su esposo no podía ver que escribía, y más de una vez le había echado al fuego sus escritos sin ningún miramiento. Era tan joven y se sabía cuidar para que no le viera. Escribió de prisa unos relatos sobre el maestro pero bastó que él se moviera un poco y se fue a acostar con miedo a que despertara y viera que estaba escribiendo.

Jaime no podía apartar de su mente lo que había sucedido durante la tarde, aunque no dijo nada, pero su padre, después de dar unas chupadas a su pipa, ya acomodado en un sillón dijo a Jaime:

-Vaya pájaro ese Ramón. Qué gracia me hizo el crío y qué pena sentí por la chica, tan joven y tan guapa. Tiene un no sé qué además de la belleza que no tienen las demás mujeres, ni las de aquí ni las otras.

-Papá, anda que se te va a escapar algo. Yo la vi como a todas, unas catetas, buena gente pero unas catetas.

-No mientas hijo, no mientas, de sobra sé que te diste cuenta. La diferencia, es algo que salta a la vista.

-Sí, su marido me ha contado algo. Que se casó obligada por sus padres ya que en aquel tiempo él era uno de los más ricos del pueblo.

Y Justo sólo dijo:

-La que a mí se me escape.

-Sí, ya sé que eres buen observador. Pero a ti qué más te da.

-Sí, ya sé, ya sé que no me importa, pero no me digas que fue gracioso lo del niño.

Jaime no escuchaba a su padre, sólo pensaba en los trozos de papel que Ramón tiró por el suelo en un rincón cerca de donde estaban los vecinos merendando. Estaba intrigado por saber qué habría escrito aquella mujer que aunque dijo a su padre que era una más, de sobra sabía que era muy diferente.

A la mañana siguiente, Jaime se levantó al amanecer y pudo comprobar que su padre estaba despierto y le dijo.

-Papá, voy a dar un paseo.

-¿Tan temprano?

-Sí, me apetece ver el amanecer en los Cerros.

Y salió a toda prisa dirigiéndose al sitio donde había tirado Ramón los trozos de papel que había escrito la madre de Tom y pudo comprobar que, como la noche estuvo en calma, estaban allí todos los trozos; los recogió deprisa y los metió bajo su chaqueta, volviendo enseguida a casa. Su padre se había quedado dormido de nuevo y Jaime se encerró en su cuarto, poniendo los trozos sobre la mesa. Estaban hechos añicos, parecía un rompecabezas pero logró con paciencia poner cada uno en su sitio hasta poder leer lo que Dora había escrito para él. Cuando lo leyó, se sorprendió de lo que aquella mujer decía, era hermoso y delicado, desprendía ternura y sintió una honda pena cuando pensó en la actitud del esposo, despreciando aquello hasta el punto de romperlo de esa forma. Después de leer aquellas letras, en una silla y cogiéndose la frente con las manos, mientras pensaba en aquel hombre, sólo se hacía una pregunta. ¿Podría al fin recuperar la paz perdida?

En los trozos de papel pudo leer lo que aquella mujer había escrito para él, entre otras cosas pudo ver que decía:

-Señor maestro, gracias por haber venido, es muy necesaria su presencia en este apartado rincón donde hay niños, cuyos padres no pueden enseñar nada, ya que ellos nada saben.

Sintió alegría al saber que sería útil a aquellas gentes y que podría servir de ayuda ya que, nadie les había querido ayudar.

Leyó una y otra vez lo que en aquellos trozos decían y después los pegó con todo cuidado sobre una cartulina, guardando después como el mejor de sus trofeos donde guardaba sus cosas más íntimas.

En el pueblo, la vieja iglesia sólo se abría dos veces al mes, pues el cura tenía que venir de muy lejos y no podía todos los domingos, pero las mujeres piadosas procuraban que siempre estuviera limpia y cuidada, y aunque fueran silvestres siempre tenía flores frescas.

Ese domingo, aunque no había misa, la arreglaron muy bien para que el maestro la viera, ya que les había pedido que le mostraran el pueblo, pues quería ver lo más importante. Ramón se ofreció a acompañarles, cosa que a don Justo desagradó bastante pero él creía ser el más adecuado y el más sabio; menos mal que el pedáneo se incorporó al grupo y fueron recorriendo el pueblo y explicando dónde vivía cada cual y las correspondientes historias de cada rincón. Visitaron la iglesia, que era un tesoro artístico por su antigüedad y sus viejos cuadros y otras cosas que nadie sabía valorar, pero don Justo quedó maravillado: En todo el pueblo podía verse que sus antepasados habían sido de gran linaje, pero se habían ido a la capital dejando a sus labradores al cuidado de las tierras, y después casi se olvidaron de ellas y dejaron al señor Antonio (padre de Ramón) a cargo de todo y al morir, que murió muy joven, quedó Román a cargo de todo y por eso se creía el amo del mundo ya que era el único que disponía de un coche y viajaba alguna vez a la capital y por ese simple hecho se llegó a creer importante y casi nadie le quería en los Cerros.

Después de recorrer el pueblo sólo quedaba el molino que estaba a orilla del río y parecía fantasmagórico, los tejados hundidos, las paredes casi caídas, las puertas rotas. Don Justo si no hubiese sido porque allí vivía Ramón, de buena gana hubiera dado media vuelta y se hubiera alejado de allí, pero no quería ser mal educado y entró con él para verlo por dentro y Ton salió corriendo a su encuentro y Ramón dijo.

-¿Dónde está tu madre que no sale a recibirnos?

-Mamá está arreglando a la abuela y no puede salir.

¡Ah! Se me olvidó decirles que mi madre vive aquí con nosotros y está imposibilitada.

Don Justo se interesó por la anciana y preguntó si podía verla y Ramón, aunque de mala gana, le dijo que pasara y pudieron ver a una anciana de pelo blanco como la nieve y como podía verse recién peinado, que estaba recién lavada. Todo estaba limpio y en orden. Don Justo le preguntó amablemente que como estaba, pero la anciana no contestó, sólo hizo un gesto desagradable y el hijo la disculpó diciendo que hablaba muy poco, pero está bien.

-Dora la cuida muy bien y la saca de paseo por los alrededores del molino.

La vieja continuaba haciendo gestos amenazantes con el bastón que tenía en las manos, Dora se puso nerviosa volcando el agua de la palancana que cayó en los pies de don Justo y salpicó también a Ramón, el cual se enfureció y gritó a su esposa.

-¡Cómo estás! Parece mentira que estés tanto tiempo con ella y no la conozcas.

La anciana le dio a dora con el bastón y ésta salió corriendo a secar el agua mientras pedía disculpas a don Justo, que decía que no se preocupara que no tenía importancia. La vieja le miró sin decir nada pero el padre del maestro que era buen observador comprobó que allí pasaba algo raro y recordó la frase de Petra:

-“Es un borde”.

Y pensó: de tal palo tal astilla. Pero a pesar de todo se despidió amablemente prometiendo volver a verla.

Jaime no dijo ni una sola palabra a la abuela y salió a la calle y escuchó a Tom que le explicaba cosas del molino. Ramón salió a acompañarle y don Justo se opuso.

-No es necesario, quédese con su esposa, nosotros ya conocemos el camino, y el pedáneo, que le conocía muy bien, dijo:

-Ramón, yo les acompaño, quédate y echa una mano a Dora. La pobre no sé de dónde saca fuerzas para todo.

A Ramón parecía que le hubiese picado una víbora. Saltó como una fiera y dijo.

-No se meta en lo que no le importa, ella sólo cumple con su deber.

-Bueno, bueno, no te pongas así, yo lo he dicho con buena intención.

-Sí, ya lo sé.

Y dirigiéndose a Jaime, dijo.

-Es que estoy hasta las narices de que todo el mundo se meta en mis cosas, a mí, a Ramón Soler, que hagan el favor de dejarme en paz.

Jaime pensó que merecía un cachete o más pero pensó que era mejor seguirle la corriente y dijo.

-No se preocupe. Ya sabemos lo que pasa en los pueblos pequeños. Ramón pensó que le daba la razón y continuó acompañándoles y fanfarroneando cuando al fin se volvió el pedáneo dijo:

-Pobre chica. Es una pena. ¿Han visto dónde está la vieja? Pues cuando llueve el agua entra enseguida y es Dora quien tiene que subirla arriba ya que casi siempre está sola. Él -Dijo con sorna- siempre está ocupado y que conste que no me gusta hablar de nadie, pero es una pena lo que esa chica está pasando.

Al encontrarse solos ya en su casa, Jaime, callado, se sentó en el sitio donde siempre se sentaba desde que llegaron. Don Justo se paseaba nervioso por la estancia sin atreverse a decir nada a su hijo. Adivinaba la respuesta: ¡y a ti, qué te importa! y temiendo eso no dijo ni una palabra.

María había preparado la cena. Unas berenjenas asadas que decían: “comedme”. Y cuando puso la mesa pidió permiso para marcharse.

-Si no les importa, es que ha venido mi nieto de la mili y esta noche cenar todos en casa.

-¿Y cómo no lo dijo antes? Ya nos hubiéramos arreglado.

-No se preocupen, yéndome ahora tengo tiempo de prepararlo todo.

Don Justo le dijo:

-Váyase, por favor.

Y la mujer se fue agradecida.

Sólo cuando María se fue don Justo se atrevió a hablar y dijo:

-Pobres mujeres, las compadezco. Mira María con sus años y es tan feliz. Aquí va a pasar su vida sin saber leer ni escribir y sin salir jamás de este destierro, y como ella todas y entonces fue cuando habló Jaime y dijo:

-Mejor es para las que no saben nada, porque las que saben lo pasan peor y ¿Quiénes son las que saben?, la mujer de Ramón, por ejemplo. No sé cuando vino a este pueblo pero desde lejos puede advertirse que tiene otra educación.

-Ah. Creí que no te habías dado cuenta.

-Pues sí, me di cuenta. Pero también me di cuenta de que con él hay que tener cuidado.

-Parece que te vas dando cuenta que todas las mujeres no son iguales.

-Papá, no empecemos.

Don Justo supo que tenía que callar.

En aquellos tiempos aun quedaban muchos pueblos donde no había llegado la luz eléctrica, y como en otros, en los Cerros, un motor de gasolina daba luz a los vecinos, aunque no a todos, sólo al molino y a la casa donde fue el maestro y pocas más, así que ni cine ni nada y a don Justo se le hacía bastante dura aquella vida, sólo le hacía aguantar el pensar que su hijo se pusiera bien y volviera al sitio de donde nunca debió salir, a la capital, a su clínica que era su sitio, y sólo esa esperanza le hacía vivir y lo mismo estaba bajo un árbol leyendo un libro que acompañando a un pastor con el ganado y poco a poco se fue haciendo amigo de todos, cosa que a Ramón le molestaba

que así fuese, por eso le invitaba con frecuencia al molino y a sus tierras y a Justo no le importaba ya que nada tenía que hacer.

Aquel día el cielo estaba encapotado, pero ni por un momento nadie pensó que iba a llover, de pronto un trueno y unas gotas sin importancia, pero al poco empezó a llover tan fuerte que el agua empezó a entrar al molino como si fuese un río. Ramón acudió a subir a su madre al piso de arriba, Dora acudió también y dijo a don Justo.

-Suba, suba, por favor, aquí corre peligro.

Don Justo ayudó a Ramón a subir a su madre y dijo:

-Como pesamos cuando no podemos hacer nada por nuestros propios medios. Eso lo dijo después que la vieja estuviera en sitio seguro y añadió. ¿Cómo no trae aquí a su madre? Aquí tienen sitio de sobra.

-No puedo es una persona que no hay quien la entienda. Y era cierto, nadie sabía jamás lo que en el interior de esa persona podía estar pasando. Nada más dejar de llover, pidió a su manera que la bajaran a su cuarto.

Don Justo no podía entender nada y salió, cuando todavía lloviznaba, camino de su casa. Su hijo ya iba en su busca con un paraguas y contó a Jaime todo lo que había pasado en el molino y no pudo evitar decir de nuevo.

-Pobre chica.

Jaime escuchaba en silencio. En verdad hablaba muy poco, pero a pesar de todo su padre, que estaba muy pendiente de él estaba contento; le veía animado, se levantaba muy temprano para corregir los deberes de los niños y preparar las lecciones, parecía no echar de menos el hospital y don Justo daba gracias a Dios porque le veía vivo, eran muchas las veces que le había oído decir:

-Quiero morir, sólo quiero morir.

Por eso sufría con gusto todas las incomodidades de aquel sitio.

Don Justo no tenía a nadie más que a aquel hijo y por el que sería capaz de dar hasta la vida. Sí, si fuese preciso. Su esposa murió hacía ya tiempo y él en aquel momento de pena le prometió en el lecho de muerte que no pondría a otra en su puesto y ella ya con voz muy débil le dijo.

-No, eso no. Sólo hasta que el niño se case.

Jaime lo sabía, y sufría doblemente al ver lo que su padre había hecho por él, pero a la vez pensaba que él tampoco tenía culpa de lo cruel que la vida había sido con ellos.

Los días pasaban y Jaime comprobaba que no perdía el tiempo, ya que los niños eran muy inteligentes y aprendían más de lo que él esperaba. Y llegaron las vacaciones, don Justo estaba como un niño de contento, deseaba volver a su mundo y nunca pensó que podría aguantar tanto, pero aguantó y acompañó a su hijo y más de una vez pensó que había merecido la pena y hasta sintió un cosquilleo cuando llegó el momento de marcharse y vio que casi todas las madres habían ido a despedir a su hijo, al maestro como todos creían que era. Cuando llegaron a los Cerros pensó que Jaime no estaría allí ni una semana, tal y como estaba de ánimo, y daba gracias a Dios por lo bien que se encontraba y rogaba que no volviera a aquella maldita depresión. Ahora temía volver a la capital por si caía de nuevo en ella.

Jaime advirtió que Dora no había ido a despedirle, como casi todas las madres, pero no dijo nada a su padre, pero cuando estaban reunidos en el coche don Justo dijo:

-Sabes, siento no haber podido despedirme de la madre de Tom.

A lo que Jaime contestó

-Papá, tampoco ha venido la madre de Rafa ni la de Luis y no pasa nada.

-Sí, pero esas señoras tal vez no han querido venir, pero pienso que no ha sido eso.

Fue a continuar hablando cuando en el primer recodo del camino se encontraron con la joven, con una carretilla llena de forraje para las vacas. Toda sucia y con la cara enrojecida por el sudor. Jaime no pensó ni por un momento en parar, sólo se limitó a saludar a la joven con la mano, pero su padre le gritó.

-¡Para! Para, aunque sólo sea un segundo.

Y obligó a Jaime a para el coche. La joven se turbó y se limpió el sudor con el pañuelo. Don Justo sin pensar un segundo se bajó del coche y dijo.

-Hija. ¿Cómo haces esto? Es demasiado para una mujer. ¿Y dónde está Ramón que no te ayuda?

Jaime regañó a su padre diciéndole.

-Papá, no te metas donde no te llamen, que vas a ser siempre el mismo.

-Sí, ya lo sé.

Y abrazó y besó a Dora con la ternura de un padre y subió al coche.

Jaime tan sólo dijo: -Hasta septiembre.

Puso el coche en marcha a toda velocidad produciendo una gran polvareda. Don Justo quedose callado y esperando la reprimenda, pero se sorprendió cuando comprobó que Jaime no decía nada. Ya pasado un rato, cuando ya tomaron la carretera, éste dijo:

-Papá, no quiero que te moleste, pero lo que has hecho está mal.

-¿Por qué? ¿Por qué le he dado dos besos a esa criatura? Si me ha dado una pena.

-Sí papá pero esta gente no acostumbra a eso y no te has parado a pensar que de haberte visto Ramón se habría enfadado con la chica, y tal vez tendría que sufrir alguna ofensa innecesaria. Don Justo pensativo dijo.

-Tienes razón. Es tan borde.

-Papá.

Y éste se apresuro a decir.

-He recordado lo que dijo Petra el día de la fiesta, pero no temas no me pudo ver, mira donde está.

Y en efecto cerca de la carretera había una venta, y allí estaba Ramón con otros amigos con unas botellas de vino casi vacías sobre la mesa. Al ver el coche del maestro se levantó haciendo ademanes para que parara, pero Jaime apretó el acelerador con todas sus fuerzas. Ya ninguno de los dos dijo ni una palabra, pero los dos llevaban en su mente grabada la imagen de aquella mujer, que parecía una niña, con todo el cansancio reflejado en su rostro, pero que les despidió con una sonrisa que ninguno de ellos lograría olvidar.

Cuando llegaron a su antigua casa y paró el coche ante el portal de la gran mansión ni uno ni otro se atrevía a bajar; a sus mentes acudieron los recuerdos. Eran tantas cosas las que habían pasado y habían vivido en ella que no se atrevían a enfrentarse a ellas. Al fin don Justo, abrió la puerta y pudieron comprobar que todo estaba limpio y en orden y dijo a Jaime:

-Tengo que reconocer que este Fabio vale mucho, cuando le escribí, no le dije ni el día que volvíamos y mira, todo está preparado. Es un verdadero amigo.

Jaime asintió con la cabeza y a su padre le pareció verle en la misma actitud que antes de marchar a aquel apartado lugar, que parecía haberle devuelto la vida. Temió que volviera a hundirse pero disimuló como pudo y dijo.

-Voy a cambiarme y voy a dar una vuelta por el casino, quiero comprobar que no se olvidaron de mí.

Jaime dijo.

-Yo iré mañana a ver cómo van las cosas en el hospital.

Don Justo se fue más tranquilo.

Jaime, nada más cerrar su padre la puerta empezó a abrir cajones y registrar armarios como un loco, se había hecho la firme promesa de no

hacerlo, había encargado que no dejaran ni una foto de la que fue su esposa, pero ahora quería encontrar alguna. No podía evitar aquel deseo y continuó revolviendo todo. Después de mirar por todos sitios, encontró unos sobres dirigidos a su padre y no pudo evitar la tentación de leer lo que aquellas cartas decían. Eran cartas de Aurora, de hacía mucho tiempo, de cuando era un niño todavía y su padre era aún joven y en una pudo leer entre otras cosas. “Querido Justo, creo que haces mal en martirizarte por la promesa que hiciste a tu esposa ya que en ese trance nadie es responsable de qué dice o qué hace, pero quiero que sepas que, como ella te pidió que esperases hasta que tu hijo se casara. Yo te esperaré hasta entonces. Te esperaré siempre.

Jaime después de leerlas las guardó con sumo cuidado donde estaban, para que su padre no pudiera saber jamás que él sabía aquella historia. Luego cansado se dejó caer en el sillón cogiendo su cerveza entre las manos, era la forma que tenía cuando algo le preocupaba, y pensó todo lo que su padre había hecho por él; hasta renunciar al amor de nuevo siendo aun joven.

-Pobre papá, cuanto has sufrido por mi culpa y cuando yo ya tuve esposa y tú estabas a punto de conseguir tu sueño, ya que Aurora te esperaba, vino todo aquello y aun tuviste valor para venir conmigo hasta el último rincón del mundo, renunciando a todo. A tus amigos, a tu vida. No tengo perdón al haberte hecho sufrir tanto.

Y repitió en voz alta.

-No quiero. No quiero que vuelvan los recuerdos a perturbarme. Tengo que hacer todo lo posible porque él no sufra más por mi culpa. Sé que me va a costar, sólo he podido olvidar un poco en la escuela. Pobre gente.

A su mente vino la imagen de Dora y dijo en voz alta casi sin darse cuenta.

-Qué diferencia. A ti nada te saciaba, con nada estabas conforme.

Se refería a su esposa, ya que Jaime se había casado muy enamorado de una señorita de gran linaje y su padre se alegró ya que había

terminado su carrera brillantemente y tenía el futuro resuelto y se veía enamorado y feliz. Qué más podía pedir. También se alegraba que Aurora le esperara pero poco duró aquello. ¿Cómo puede haber gente en el mundo tan infame? ¿Cómo pudo hacer daño a aquel que tanto la amaba hasta el punto de querer morir? Pobre Jaime, cuando su padre volvió se sobresaltó, tenía la cara crispada y los puños cerrados como cuando pasaba por las grandes crisis.

-Jaime ¿Te pasa algo? No debí irme pero tenía tantos deseos de ver a mis amigos y de saber qué había pasado por aquí en estos meses.

Jaime comprendió que de nuevo estaba haciendo sufrir a su padre y pensó que debía cumplir lo que de momento antes se propusiera, evitar todo lo que pudiera hacerle sufrir y dijo.

-No papá. No me pasa nada ¿Cómo están tus amigos?

Justo más tranquilo contó con todo detalle todo lo que le habían contado sus amigos y dijo.

-Sabes que a Daniel le han ascendido, y mira que le he propuesto lo que he pensado muchas veces estando en los Cerros y es que si no sería posible hacer llegar la luz eléctrica hasta allí. Cuando se lo he dicho me ha dado grandes esperanzas. ¿Qué te parece? Si aquella pobre gente algún día tuviera la luz.

-Ah, sería estupendo papá. Pero esa pobre gente como tú le llamas, no han visto otra cosa y son felices así.

-Claro, qué remedio les queda. Dijo don Justo.

Y dijo Jaime.

-Dios quiera que sea posible, o es que crees que yo no me alegraría.

-Sí ya sé que te alegrarías y por eso te lo he dicho, tenemos que hacer todo lo que sea posible para conseguirlo, volvamos o no allí otra vez.

-Cómo que volvamos o no. Yo, al menos pienso volver en el momento que terminen las vacaciones, eso es si aguanto.

-Hijo, debes ir al hospital. Tal vez te venga bien hablar con tus compañeros.

-No te preocupes porque sí voy a ir, aunque sólo sea por tranquilizarte.

Y era así, ya que comprendía lo preocupado que estaba por si recaía, y se alegró de tranquilizarlo comprobando que al poco de acostarse dormía plácidamente. Él en cambio seguía con sus recuerdos; no podía evitar que volvieran a su cabeza todas las cosas que habían ocurrido en su vida.

Recordó la facultad y a sus compañeros, sus primeras salidas a fiestas, los primeros amores, la primera compañera de estudios, una buena chica que seguro se habría casado con ella si no hubiese llegado Esther.

Esther, una bellísima joven que nada más llegar a la Universidad dejó a todos encandilados, era rubia con ojos azules y un talle que decían, parecía una sirena, así empezaron a llamarle, la sirenita, la que pronto empezó a coquetear con Jaime, con un descaro que el joven ya no veía más que a ella, hasta el punto que muy pronto se la presentó a su padre como su novia.

A don Justo le pareció bien aunque algo precipitado, pero Jaime no tenía madre y no le importó que se casase pronto, ya que le veía enamorado, muy enamorado y nada tenía de extraño que quisiera formar su propia familia y cuando Justo vio que era verdad que se casaban escribió a Aurora comentándole que aun podían ser felices.

Jaime quería dormir, lo necesitaba, pero no podía conciliar el sueño y siguió pensando que Aurora dijo a su padre que se casaría con él si el hijo se casaba, pero qué equivocados estaban, no sabían lo que les esperaba.

A Jaime, su padre y educadores le habían enseñado una conducta recta, además, su padre cuando empezó a salir a fiestas le dijo entre otras cosas.

-Hijo, si quieres ser honrado tienes que aprender a nadar a contracorriente, dejarte llevar es muy fácil. Espero que seas lo bastante hombre y lo consigas. Y que nunca hagas lo que sepas que no está bien.

Jaime llevaba eso grabado muy dentro, haciéndose el propósito de cumplirlo, pero qué difícil se lo ponía Esther. Como le provocaba de todas las maneras, hasta decirle un día.

-Tú no eres hombre, si lo fueras, como ibas a rechazar las oportunidades que te doy.

No entendía el respeto que él le tenía a la que sería la madre de sus hijos. Así a trancas y barrancas pasaron unos meses y un día Esther dijo.

-Me voy a Roma a pasar unos días en casa de unos tíos. Jaime recordó lo que sufrió. No podía estar sin ella, estaba locamente enamorado y al quedarse solo, más de una vez se arrepintió de no haber accedido a los propósitos de su novia, por eso dijo a su padre.

-Papá, en cuanto venga Esther nos casamos.

Y aunque a Justo le pareció pronto, cuando Esther vino ya todo estaba preparado para la boda. Cartas, llamadas y a través de eso Jaime estaba más enamorado cada día. No sabía ni podía sospechar lo que Esther estaba tramando. Pobre Jaime.

Volvió Esther y se fijó la fecha de la boda. Don Justo no quería pensar mal pero encontraba algo en aquella joven que no entendía y que no le gustaba, pero trataba de justificarse diciendo.

-Son otros tiempos, tengo que reconocer que soy casi un viejo.

Paro era sólo una excusa. No le gustaba el comportamiento de aquella chica.

Todo estaba dispuesto y el día de la boda, mientras se dirigían a la iglesia, Esther sufrió un desvanecimiento. Todos dijeron, los nervios, es natural, pero cuando todo hubo terminado, se sintió de nuevo mal. Jaime quiso llevarla al hospital donde tenía buenos amigos, ella gritó y pataleó como una niña mal criada y a las dos semanas nada más volver del corto viaje de luna de miel, ya que a Jaime le reclamaban en el hospital, sólo le concedieron unos días

y nada más volver dijo Esther que tenía que volver a Roma, era muy necesario y Jaime le dijo.

-Como no me lo dijiste y hubiésemos ido allí, en vez de a Paris. Sólo escuchó por respuesta malas razones y el pobre Jaime no sabía qué hacer y no quería discutir y accedió.

Esther se puso muy mimosa y le hizo toda clase de pamplinas hasta el día de su marcha.

Jaime se entregó de lleno a sus pacientes, no quería dar demasiada importancia a lo ocurrido, pero qué lejos estaba de saber quién era aquella mujer con quien se había casado y entregado a ella en cuerpo y alma.

Una tarde se llevó una gran sorpresa, se encontró en el hospital con un antiguo compañero.

-¡Hola! ¿Como tú por aquí? ¿Cómo estás? Te casaste ¿no?

¿Y tú?

-Yo sí que hace sólo unas fechas.

Jaime le invitó a dormir en su casa y el amigo le dijo.

-No, no quiero molestar a tu esposa.

-No, nada de molestia, si estoy solo.

Como que solo. Dijo el amigo.

-Sí, Esther tuvo que ir a Roma. Tiene allí unos tíos que la reclamaban y tuvo que irse.

-Bueno siendo así.

Cuando llegaron a la casa Jaime quería que su amigo se sintiera a gusto y se puso a preparar algo para cenar y le dio el álbum de fotos de la boda. Nada más abrirlo exclamó sorprendido.

-No, no es posible.

Y miraba y miraba las fotos de su amigo junto a aquella mujer a la que dejaba sólo unas horas antes en el hospital de Roma, y a la que ayudó el

doctor a provocarle un aborto. Como es posible, pensaba que siendo Jaime tan cristiano como lo consentía y se preguntaba, tal vez no sería ella.

Así, todo nervioso lo encontró Jaime cuando vino con la cena.

-Espero que te guste. Dijo

Pero al verlo tan nervioso le preguntó.

-¿Te ocurre algo?

-No, nada, que me parece mentira que estés casado.

-Pues es así, y lo que siento es que Esther no esté aquí para que la conocieras.

Pero vaya si la conocía, estaba seguro que era la chica que fue donde él trabajaba exigiendo que le practicasen un aborto. El doctor se negaba, ya que ni ella ni la criatura corrían peligro alguno. Todo era muy extraño y como podía Jaime estar tan tranquilo estando su mujer en esa situación. Se dedicó casi a estudiar a Jaime y comprobó que algo raro pasaba, pero no dijo nada, se prometió enterarse de todo, fuese como fuese ya que recordaba lo que le había dicho el doctor Ribas.

-Vaya pájara. Seguro que tiene un buen marido y no se nota los cuernos.

Entonces ni le dio importancia, ya que en aquella clínica todo eran casos así pues allí acudían señoras de todas partes del mundo. Todas las que se podían pagar un aborto.

David, que así se llamaba el amigo de Jaime, conocía muy bien a éste y recordaba lo que siempre habían hablado y procuró con todo cuidado preguntarle por su noche de bodas, tengo que aprender para cuando llegue la mía y Jaime contestó con toda franqueza.

-Pues chico, no puedo decirte nada, bebí demasiado y me quedé dormido y no recuerdo nada. Yo no quería beber, pero Esther me hizo beber y ya te digo, no recuerdo nada y lo siento. A ti, no se te ocurra tomar el día que te

cases, siempre te arrepentirás, yo cuando lo pienso me llamo idiota, pero ya no tiene remedio.

Idiota, más que idiota, pensó David y sintió una pena enorme por su amigo, sabía que era una buena persona y eso no lo merecía. Puta, pensó, más que puta, al comprobar que no se había equivocado. Era ella, la rubia despampanante que cuando llegó al hospital dejó a todos enamorados, era ella, la misma.

Había pasado el verano y Jaime aunque fue más de una vez al hospital, ni por un momento pensó en volver a ejercer su doctorado, y don Justo veía que tenía que volver de nuevo a los Cerros, aunque alguna vez le asombrara que no le importase tanto, estaba feliz al ver a su hijo tan mejorado y no le dejaría solo por nada del mundo; temía a la recaída, temía a la maldita depresión.

Salieron calculando el tiempo para llegar antes que anocheciera. Don Justo pensaba que estarían hasta las navidades. Qué largo se le iba a hacer el tiempo, pero a pesar de todo, sentía alegría al volver a los Cerros y poder hablar con los pastores y con el pedáneo y sobre todo con los alumnos de su hijo. Sabía que estaban deseando que llegara y pensó, qué habría sido de esas criaturas si Jaime no hubiese ido hasta allí, a nadie se le hubiera ocurrido ir, ni tan siquiera a Jaime, si no hubiera sido por su desengaño. Pensando en los niños le ayudaba a pasar el aburrimiento y decía:

-¡Bah! Tampoco la ciudad es el cielo. Y miró como el sol se ponía tras las montañas y tuvo que aceptar que era hermoso. Muy hermoso.

Ya casi de noche pararon frente a la venta y Justo no pudo evitar mirar para ver quién había comprobando que no se equivocaba; allí en la puerta tomando el fresco y con unas copas sobre la mesa estaba Ramón y casi sin querer dijo:

-Mira, qué bien vive, seguro que la pobre Dora estará cuidando el ganado y a su madre. Qué pena de chica.

-Papá, no empecemos, nosotros nada podemos hacer con los mayores. Ya me sentiría contento si pudiera educar a los críos, eso es lo que me preocupa.

-Sí, tienes razón, pero no puedo evitar la rabia ante las injusticias.

Jaime calló, pero pensó que su padre tenía razón, aunque él no pensaba apoyarle nunca.

Cuando llegaron a los Cerros, los vecinos ya estaban recogidos en sus casas dispuestos a acostarse, ya que todos madrugaban.

Cuando don Justo abrió la puerta exclamó satisfecho.

-Esta María es una maravilla, hasta puso unas flores en el jarrón. Mira, mira como lo tiene todo, en todos los detalles se ve que se que se alegra de que volvamos. Era sábado, y al día siguiente tocaba venir al viejo curita a decir misa. Jaime hacía tiempo que no pisaba una iglesia, hasta ese punto había llegado su rebeldía y aquella mañana su padre le pudo ver cruzar la calle en dirección a la iglesia y pensó que sería posible que Dios le hubiera escuchado.

Los niños y padres que estaban en la iglesia se alegraron al ver que había vuelto el maestro y muchos dijeron:

-Hasta llegamos a dudar si volviera.

Jaime sonreía, cosa que no hacía desde hacía mucho tiempo.

Dora llegó con Tom de la mano cuando ya la misa había comenzado y don Justo se alegró y cuando Dora le miró, le sonrió y le hizo un pequeño gesto con la mano en forma de saludo, el crío cuando vio al maestro soltó la mano de su madre y se fue junto a él. Dora se lo llevó a su lado pero el niño se quedó donde estaba don Justo y bajito le dijo:

-Tengo que decirle algo, a lo que don Justo le dijo que se lo dijera cuando terminara la misa y le hizo señas a Dora para que le dejara estar allí, pero nada más salir dijo a don Justo:

-¿Puedo hablar ya?

-Sí, claro, ahora sí ya puedes decir lo que quieras.

-Pues sabe, mi mamá me va a traer un hermanito, pero no se lo diga a nadie.

-No te preocupes. No se lo diré ni al maestro, ya verás como sé guardar el secreto.

Mientras los días pasaban tranquilos en los Cerros, en la capital don Daniel, el amigo de Justo no se había olvidado de lo que éste le pidiera y puso manos a la obra para ver si era posible llevar la luz eléctrica al pueblo hasta aquel apartado rincón que en el mapa sólo figuraba un pequeño puntito. Daniel sabía que él era un lejano descendiente de los Cerros y buscó en todos los sitios hasta encontrar a algunos que como él descendieran de allí. Convocó a todos diciéndoles lo que Justo le había pedido y todos estuvieron de acuerdo que entre todos podían conseguirlo ya que muchas de aquellas personas ocupaban puestos muy importantes.

Qué agradable sorpresa fue para don Justo la noticia. Qué alegría. Deseaba que Jaime volviera de la escuela para decírselo, parecía un niño con zapatos nuevos, eso fue lo que su hijo pensó al verlo tan contento y le felicitó por tener amigos tan buenos.

Cada uno había hecho lo que podía hasta llegar al Generalísimo que era quien tenía que dar el visto bueno y antes de tres mese todo estaría dispuesto para que llegara la luz a los Cerros. Los habitantes del pueblo sólo lo supieron cuando fuero a poner las ultimas instalaciones y qué alegría, no podían creerlo, sólo cuando don Justo les dijo que era cierto y que a la inauguración vendrían algunos de los antepasados que habían vivido en los Cerros.

El pedáneo dijo que había que celebrarlo y que harían una fiestecita, y todos apoyaron la idea y cada uno preparó lo que pudo y el día que llegó la luz cuando el cura bendijo con cierto ceremonial todas las instalaciones y al momento todo quedó encendido se abrazaron y saltaron de alegría, mientras

repetían: ¡Viva don Justo! Y los señores que habían venido estaban asombrados ante tanto entusiasmo de aquella buena gente. Un abogado que de pequeño había vivido en los Cerros fue preguntando de uno en uno de qué familias eran y quiénes eran sus amos. Ramón se adelantó y fue explicando quién era quién y él recordaba casi a todos y al llegar a Dora que ya no podía ocultar su embarazo, dijo Ramón.

-Esta es mi mujer y es hija de Tomás Garcés.

Al oír el nombre de Tomás, aquel señor exclamó.

-Tú. Tú eres la hija de Paula.

-Sí, sí, así se llamaba mi madre.

Y el anciano se dirigió a Ramón con lágrimas en los ojos y le dijo.

-Permíteme que de un beso a tu esposa, era tan chiquita cuando estuvo en casa de mi hermana. ¿Te acuerdas de doña Berta?

-Cómo no me voy a acordar, de eso no me olvidaré nunca. No era tan chica y cuanto le debo a esa señora.

No pudo contener el llanto. Ramón se irritó y sacó una exclamación de las suyas.

-Vaya ya ha sacado el llanto.

Y se acercó hasta ella diciéndole.

-Si vas a empezar con tus llantos te llevo a casa, ya que tendrás que dar la comida a mi madre.

Que ingrato era con su mujer y en cambio que amable se comportaba con la gente. Ni a Justo ni al maestro les pasó desapercibido el llanto de Dora y los dos se llenaron de rabia. Sólo habían pasado unos minutos cuando le vieron cogerla del brazo y sacarla en dirección al molino, volviendo al poco él sol. Cuando llegó aquel señor le dijo.

-¿Como no viene tu esposa?

-Tengo a mi madre enferma y ha de cuidarla.

-¡Ah! ¿Pero vive tu madre? ¿Y cómo no me lo dijiste antes? No me iré sin verla, sé que ella también se acordará de mí.

Ramón quería multiplicarse, ya que sólo él conocía a todos aquellos señores que habían venido al cabo de tanto tiempo a los Cerros y se sentía muy importante.

El anciano quedó por casualidad junto a Jaime y le contó una larga historia. El maestro escuchó en silencio, pero supo que Dora había sido una de las muchas víctimas de aquellos tiempos. No pudo terminar los estudios, los que Berta estaba dispuesta a pagarle, pero Berta murió y cuando su familia se dio cuenta, estaban en manos del padre de Ramón y éste que estaba en todo su apogeo casi le exigió al padre de Dora que tenían que casar a Ramón con Dora y así fue como el padre de Dora murió y al poco murió Berta, que era su protectora.

Este cúmulo de circunstancias hizo que, siendo todavía muy joven se viera casada con Ramón, que aun gozaba de buena situación, pero todo vino a menos y tuvieron que ir a vivir al molino.

-¡Si mi hermana viviera! Tenía toda su ilusión puesta en esa niña y pensaba hacer de ella una distinguida señorita, pues la niña era muy inteligente y no desperdició el tiempo. Qué pena. Quién iba a pensar que hoy iba a estar aquí de esa forma.

Jaime escuchó todo el relato en silencio, pero comprendió a Dora, se advertía aquella educación que recibiera y que a él le extrañaba tanto, y sin poder evitarlo recordó a su esposa. Qué diferencia, tenía que haber sido Esther quien se hubiese casado con Ramón y pensando en eso su rostro se ensombreció y Justo lo advirtió enseguida; le recordó en los momentos de aquellas crisis agudas y temía, temía volvieran que de nuevo aquellos pensamientos cuando sólo quería morir y por los que el padre tanto había sufrido.

El viejo abogado dijo a Ramón:

-No me voy sin saludar a su madre.

No de muy buena gana le dijo que sí, que fuera si quería y el anciano le dijo a Jaime que se fuera con ellos y dijo a Justo:

-Tu hijo se viene con nosotros al molino.

Jaime en el fondo se alegró, no había querido nunca entrar hasta el molino y sólo lo conocía por lo que su padre le decía, ya que él sí visitaba alguna vez que otra la madre de Ramón y cuando legaron, comprobó que era peor que su padre le decía.

Al llegar Ramón llamó a Dora a gritos y aunque ésta salto pronto, él con su tono desabrido le dijo.

-¿Dónde estás metida?

Ella sólo dijo.

-Lo siento, estaba preparando la merienda a la abuela.

Fabio que era un caballero dijo.

-No te preocupes, no te dijimos ni que veníamos hacia acá. No quería irme sin saludar a la madre de Ramón. ¿Dónde está?

Ramón, un poco cortado les dijo que pasaran, mientras decía:

-Usted tampoco ha estado aquí, su padre si viene mucho, pasen, pasen y les condujo a la habitación donde habitaba Inés, que así se llamaba la madre de Ramón, que al verles frunció el ceño. Don Fabio le dijo:

-¿Me recuerdas? ¿No recuerdas a Fabio con quien te peleabas cuando éramos críos? Y también fuimos muy amigos ¿Te acuerdas?

Ella no dijo nada. Pero un buen observador habría advertido que la anciana tenía algo de misterio, pero... ¿Qué sería? ¿Por qué no quería por nada del mundo dejar aquel cuarto que cuando llovía podía correr peligro.

Y cuando Ramón explicó que no quería que le llevarsen arriba, hizo señas con la mano que no y su cara se puso todavía más seria. Ramón explicó que no había forma de sacarla de allí y dijo.

-Díganselo ustedes, a ver si la pueden conseguir.

Jaime, en silencio como siempre iba comprobando que su padre tenía razón y que era cierto todo lo que le decía, y que era normal que dijera tantas veces. ¡Pobrecita! Esta vez, era él quien en su mente repetía. ¡Pobre chica!

Dora, a pesar de su embarazo estaba muy bella, como no esperaba a nadie se había soltado el pelo, sin tener tiempo cuando les vio llegar de recogerse el moño que habitualmente llevaba, cómo todas las mujeres de allí, y eso le aumentaba la belleza natural que poseía. Fabio y Jaime se fueron pronto, sin conseguir ni un gesto amable ni una leve sonrisa de la anciana. Cuando volvieron a la fiesta, las jarras de vino habían bajado y la alegría había subido y todo el mundo se divertía y repetían:

-¡Viva Don Justo! ¡Viva el maestro!

Don Justo, que se había tomado unos tragos, también estaba contento, tan sólo cuando vio a sus amigos subir al autobús y les vio marchar pudo ver su hijo que los ojos se llenaron de lágrimas, y le dolía que fuera por su culpa el que su padre se quedara allí, y en lo más íntimo de su ser se decía:

-¿Qué podría hacer yo para pagarte todo el sacrificio que estás haciendo por mí? Y mantuvo su silencio, y continuó hasta que los vecinos se fueron retirando aun diciendo a voz en grito:

-¡Viva don Justo!

A pesar de que sólo habían puesto las bombillas más precisas, el pueblo parecía otro y don Justo dijo a su hijo:

-Bien se lo merece esta buena gente.

Al pasar junto al molino dijo.

-Aunque sólo fuera por esta criatura, merecía la pena el traer la luz. Con esa suegra que parece que tiene algo de bruja, pienso que Inés tiene algo encerrado. No sé, no sé como la veo.

Jaime dijo.

-Papá, no será que tú valoras demasiado a Dora.

Sólo lo dijo para ver la reacción de su padre y éste se encaró con él.

-Tú has estado ahí esta tarde y habrás podido comprobar como está y como tendrá Dora que sufrir cuando tenga que subirla ella sola cuando llueve, porque casi siempre está sola.

Y dijo con guasa.

-Como no sea que tenga algún tesoro escondido. Tom me dijo una vez que en el armario de su abuela no podía tocar nadie, ni Ramón siendo tan farruco.

Continuaron caminando y Justo continuó diciendo:

-Habrás podido comprobar, si has estado un ratito, como aborrece a Dora.

Todo continuaba igual en los Cerros, pero si alguna vez había un apagón todos se preguntaban:

-¿Cómo podríamos vivir sin luz eléctrica? Bendito el día que estos dos hombres llegaron hasta aquí.

Don Justo, que había traído su vieja Vespa, ya era habitual verle sobre ella por todos los alrededores y alguna vez llegaba hasta la Venta y hablaba con todos y así mataba el aburrimiento, aunque a nadie decía nada, ni de él ni de su hijo; bastante sufrió cuando vinieron los señores, antiguos conocidos suyos, temió que se aclarara todo y no hubiese favorecido a su hijo en nada, y temía que Jaime tuviera que reprocharle nunca nada. Pudo comprobar que nadie supo quién era su hijo ni que había estado al borde de la muerte.

Don Justo ya era un vecino más. Jaime siempre recomendaba a su padre:

-Papá no vuelvas tarde, puedes caerte con la Vespa: Prefiero que te lleves el coche.

Por eso procuraba volver cuando Jaime volvía de la escuela. Esa tarde llegó con su moto hasta la Venta y pronto dijo a los que estaban allí entre ellos Ramón.

-No me gusta el tiempo. Esos nubarrones pudieran traer tormenta, la ventera que era muy picarona como es natural dijo con gracia.

-No se preocupe don Justo, que si llueve hay camas para dormir todos.

Pero don Justo se despidió de los contertulios. Arrancó su moto y se fue para el pueblo, mientras el cielo se ennegrecía por momentos y al poco de llegar, llegó su hijo, que de no haberse llevado el coche, -casi nunca lo hacía- se habría mojado. Qué gotas caían y pronto empezó a llover bastante fuerte y ya empezaba a anochecer. Justo preparó las linternas y las velas, presentía que iba a ser fuerte la tormenta y en efecto de golpe un trueno y otro y otro y empezó a diluviar que daba miedo. Don Justo exclamó de pronto que Jaime casi se asustó.

-¡Dios mío, el molino, hay que ir!

-Pero papá. No ves, no se puede, no ves como cae el agua.

-Sí, claro que lo veo, por eso sé lo que esa criatura debe estar pasando.

-Papá tú qué sabes.

-Claro que lo sé. Si Ramón se quedó en la Venta y no le he visto pasar. Dora está sola con la vieja y el niño. Hay que ir.

En ese momento se fue la luz, quedando el pueblo a oscuras. Pronto Justo, encendió las velas, pero dijo a Jaime.

-Mira, si tú no vas iré yo.

-Pero papá estás loco.

Mientras eso decía deseaba que su padre se lo volviese a decir. Deseaba ir hasta el molino, sabía lo que allí podía estar pasando en esos momentos.

Subió mojándose al coche y llegó pronto al molino, procuró acercar todo lo que pudo el coche hasta la puerta y con ayuda de una linterna logró entrar en la casa; toda estaba a oscuras y pudo escuchar el llanto de Dora, mientras decía.

-Dios mío, ayúdame.

Qué afligida estaba. El agua estaba llegando donde la anciana estaba y ella no podía subirla sola a la planta y estaba allí al lado de la cama de Inés, propensa a sufrir daño y fue entonces cuando escuchó que abría la puerta, gritó desesperada.

-Menos mal que has llegado. Dios escuchó mi súplica.

Creyendo que quien llegaba era su marido, se abrazó a él temblando con todas sus fuerzas mientras repetía.

-Menos mal que has llegado.

Aunque sólo duró un segundo aquel abrazo, Jaime, al notar el roce del vientre de Dora sintió una ternura infinita que nunca había podido olvidar, pero se fue hasta la cama de Inés dando la linterna a Dora para que alumbrara la escalera y cogió a la anciana en sus brazos, y en unos segundos la llevó hasta el piso de arriba.

Dora, con la luz de la linterna pudo ver que no era su marido, sino el maestro quién había ido a ayudarla y cuando ya la anciana estuvo acomodada no pudo contener el llanto dando rienda suelta a su pena.

Jaime respetó aquel llanto sin atreverse a pronunciar palabra alguna.

¡Estar allí tan cerca y no podía secar aquellas lágrimas!

El tenía ternura y caricias para hacerlo y aliviar a aquella mujer, pero no podía ni debía: se trataba de la esposa de Ramón, de quien en aquel momento pensó que hasta le odiaba.

Tom, que dormía en la habitación contigua, se despertó llorando y Dora fue en su busca y pidió al maestro que le alumbrara con la linterna, quería coger una vela. Jaime dirigió la luz y pudo ver como Dora abrazaba a su hijo y

cuando al fin pudo hablar con la voz todavía entrecortada por el llanto, dijo al maestro.

-Apague la linterna, por favor, se va a quedar sin pilas. Quiero que sepa que lo siento y que le estaré agradecida toda mi vida. No sé qué habrá pasado a Ramón que no ha venido. No sé cómo darle las gracias a usted por el gesto que ha tenido con nosotras.

-No me dé las gracias, por favor, no tiene importancia.

Y quedaron en silencio a la luz de la vela junto a la cama de la madre de Ramón. Silencio que sólo se rompía cuando Inés golpeaba con su bastón en la mesita.

Al poco rato paró de llover volviendo la luz. Inés golpeó de nuevo en la mesita. Jaime no entendía nada pero Dora le explicó que quería que la bajasen a su cuarto, él trató de calmarla diciéndole:

-Mire señora, aunque ha dejado de llover, el tiempo continúa amenazante, Ramón llegará enseguida, así que tranquilícese, yo tengo que marcharme, mi padre, si tardo en llegar, es capaz de venir en mi busca y últimamente está algo delicado.

La anciana en lugar de calmarse seguía con los golpes y Jaime se puso nervioso. Dora le dijo:

-Váyase tranquilo, ella es así.

Lo acompañó hasta la puerta. Ton bajó también a despedir al maestro y éste estando ya en el portal se volvió, cogiendo al niño en sus brazos, le abrazó fuerte cubriéndole de besos. Tenía tantos besos guardados y tantas caricias, que ante la ternura de aquel niño salió de golpe todo. Sin ninguno de los dos proponérselo se cruzaron sus miradas y los dos tenían los ojos cuajados de lágrimas, fue uno de esos momentos que no tienen explicación, son cosas del alma y el alma es un misterio.

Don Justo se impacientaba.

-Como tarda, ya hace rato que paró de llover y no creo que espere a que Ramón vuelva, ese es capaz de estar toda la noche en la Venta.

Miraba una y otra vez para ver si venía su hijo, hasta que una de las veces vio que ya salía del molino y vio las luces del coche de Ramón que volvía y al pasar junto al de su hijo se paró y Jaime también paró el coche mientras Justo pensaba:

-Le habrá querido dar las gracias a mi hijo, ya que la noche no invitaba a salir de casa y demasiado sabe Ramón como está el molino.

Continuaba mirando las luces de los coches, estaba seguro, eran ellos, nadie más tenía coche en los Cerros y una de las veces pudo ver que el coche de Jaime salía a una velocidad vertiginosa.

-Qué le pasa a este chico, vaya manera de arrancar el coche.

Y eso fue lo que le dijo a Jaime cuando llegó.

-Vaya forma de correr, ni que hubieses visto a un fantasma.

-No, es mucho peor que un fantasma, es un ogro sin corazón y sin sentimientos.

-¿Pero qué ha pasado?

Jaime no quería decir nada a su padre y fingió serenarse diciendo.

-No te preocupes papá, no es nada, ya sabes lo mal que me caen los borrachos.

-Ya comprendo. Seguro que hasta te ofendió, pero tú hiciste lo que debías hacer, así que tranquilo.

Jaime no sabía fingir, pero en aquel momento fingió una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, y aunque su padre le preguntó de mil maneras él no dijo nada. Justo sabía que algo había pasado pero no le dijo nada más y aunque no estuvo presente en el encuentro pensó sin equivocarse todo lo que había pasado. Sí, si las gracias le iba a dar Ramón: al ver el coche del maestro venir del molino no pensó en su madre, que corría peligro, sólo

pensó de donde vendría este. Y a su mente mezquina acudieron los más mezquinos pensamientos y nada más parar el coche junto al de Jaime dijo:

-¿Qué ha ido a buscar a mi casa?

Jaime con la caballerosidad que le caracterizaba dijo.

-Mi padre dijo que usted no estaba y que su madre corría peligro, y fui por si hacía falta.

-Con que le mandó su papá. Qué casualidad. Pues sabe una cosa, que estoy harto de su papá y de usted ¿Lo sabe? Pues si no lo sabía ya se ha enterado. Hasta las narices estoy de los dos.

Jaime extrañado dijo.

-Ramón. Qué dice.

-Eso, que estoy harto de los dos, vaya si lo estoy. Siempre comentando lo que pasa en mi casa y es una cosa que ni a su padre ni a usted les incumbe. Lo que creo es que a su señor padre le importa demasiado mi esposa, o cree que me chupo el dedo.

A Jaime no le había extrañado que dijera algo de él ¡Pero de su padre! Que ganas sintió de darle un par de puñetazos, pero pudo controlarse y fue cuando apretó el acelerador con tanta fuerza que su padre casi se asustó mientras Ramón seguía vociferando.

Jaime estaba nervioso pues tenía sobrados motivos. Sabía que si se acostaba no podría dormir y cuando comprobó que su padre ya se había dormido, fue con todo sigilo hasta donde tenía guardado lo que Dora había escrito para darle la bienvenida. Aquellas frases le parecieron más hermosas que nunca y después de leerlas recordó lo que su padre tantas veces decía. ¡Pobre chica! Continuaba mirando los trozos de papel que con tanto cuidado había guardado, pues Dora había plasmado en aquellas líneas algo de la sensibilidad que poseía y dejando casi al descubierto la necesidad que tenía de encontrar a alguien que fuese algo distinto de todo aquello.

Jaime leyó de nuevo lo que Ramón creyó haber destruido. Decía así:

-“Señor maestro, bienvenido a los Cerros, espero que se quede con nosotros para siempre, los niños le necesitan y los mayores también estamos necesitados de alguien que nos enseñe. Yo le esperaba señor maestro, siento una profunda pena por los niños. Quédese con nosotros para siempre. Dora, la mamá de Ton.

La mamá de Ton, pensó Jaime y la esposa de Ramón ¡Dios mío! Y sin poder evitarlo, a su mente volvió el recuerdo de su esposa.

-¡Qué diferencia! Y pensar que la quise más que a mi propia vida. Y vaya pago que me dio. Recordó algo de lo que había hecho y no pudo evitar un estremecimiento. Cuando se casó con ella estaba dispuesto a dar por ella la vida, si preciso fuera, y continuó recordando diciendo:

-Yo no merecía eso, al fin y al cabo a mí nada me faltaba, tenía un trabajo que me ayudaba y con el que ganaba dinero, y un padre que me adoraba, y en cambio nada de eso veía, sólo pensaba en su traición y decía -Yo no me merecía aquel daño- y continuó pensando, y pensó en Dora y dijo:

-Pero es que Dora no merece esa vida y jamás podrá salir de ese atolladero ¡No es justo! y recordó a Inés dando golpes con el bastón en la mesita de una forma que era capaz de poner nervioso a cualquiera, y cuando penó en Ramón, sin darse cuenta, se estaba clavando las uñas en las palmas de sus manos. Sabía que estaba borracho, también sabía que a los borrachos sólo sacan lo que llevan en la cabeza.

-¡Qué mezquino! ¡Sabe Dios qué le habrá dicho al llegar! Y en un impulso se puso de pie, pero pronto volvió a su sillón y se cogió la frente con las manos.

-¡Qué injusta es la vida! Hay quien lo tiene todo y nada le sacia.

No quería continuar pensando y al comprobar que era tarde se acostó. Quería, por todos los medios, dormir. Necesitaba la paz que con tanto

esfuerzo iba recuperando, y que por culpa de aquel desgraciado estaba a punto de perder.

No podía conciliar el sueño, pero ya de madrugada se quedó dormido. Su padre fue a despertarle, ya que él se había acostado a las diez estando toda la noche durmiendo y al ver que Jaime dormía dijo.

-¡Cómo duerme este chico! Si nos acostamos a la vez.

Eso era lo que don Justo creía. A Jaime le delataron las ojeras y la mala cara que tenía, hasta tal punto que su padre le preguntó preocupado.

-¿Te pasa algo? ¿Tienes mala cara? Tal vez anoche te enfriaste con la nohecita que hacía.

Jaime le tranquilizó.

-No papá, no me pasa nada.

-Menos mal porque si te hubieses puesto malo no me lo podría perdonar nunca, ya que no querías ir, pero ¿A que no te arrepientes? Comprobarías lo mal que está aquello.

-No, no me arrepiento. Y continuó tomando su café, pero sin olvidar la amargura de aquella mujer, cuando creyendo que era su marido, se arrojó en sus brazos y como se avergonzó al comprobar que era el maestro: pero ni una queja salió de su boca. Con esos pensamientos se dirigió andando al colegio.

Los niños, como siempre, le estaban esperando para llegar con él a la escuela, y Jaime pensó que no se arrepentía de estar allí como un maestrucho, cuando podía estar en otro sitio con mucha más categoría, pero pensó que aquellas gentes le habían enseñado a él mucho más que él a ellos. Echó en falta a Tom y cómo deseaba que hubiera venido, tal vez habría dicho algo: pero no vino esa mañana, si por la tarde. Llegó el primero y con gran disimulo Jaime le preguntó:

-¿Qué pasó esta mañana que no viniste?

-Mamá está enferma, dijo.

-¿Y qué le ocurre?

Jaime habría ido a decirle a su padre que fuera a ver que le pasaba a Dora, él era médico y podría reconocerla y saber qué le pasaba, pero comprendió que ante la actitud que con él tuvo Ramón la noche anterior, sabía que no debía hacerlo. Una idea le vino a la cabeza. ¡Petra! Petra podría ir a ver lo que le pasaba a Dora y dijo al hijo de ésta.

-Miguel, ¿sabe tu madre que la mamá de Ton está malita?

El niño se encogió de hombros.

-Ve y pregúntale.

El niño obedeció y al poco estaba Petra en el colegio. Preguntó a Tom qué le pasaba, pero el niño sólo dijo:

-Ni lo sé, llora.

Petra salió corriendo para saber qué le pasaba a su amiga. Jaime dijo:

-Gracias a Dios, que al menos ha ido alguien. Y pensó que esa gente tenía que tener un médico, pero el más cercano, según le dijo una vez el pedáneo, estaba a cuatro o cinco kilómetros y con guasa le dijo también que allí estaba el cementerio, -así que si no saben que tiene y se mueren se entierra y punto-, eso fue lo que dijo medio en broma medio en serio, pero Jaime pensó que en el tiempo que estaba allí no se había muerto nadie, y si a algún niño le daban anginas, las madres les curaban con unas gárgaras de limón y algún cocimiento, eso sí, algunas mujeres iban al pequeño hospital para dar a luz, aunque otras traían a sus hijos en sus propias casas, ayudadas por la señora Vicenta, que hacía de matrona, sin estudios y sin nada, pero era conocida por la matrona.

Así vivían en los Cerros y desde que tenían la luz, le parecían que eran los reyes del mundo, pero Jaime en más de una ocasión sintió miedo, se había encariñado demasiado con todos y no quería que les pudiera pasar algo por no tener asistencia.

Seguidamente pensó ¿Y de qué me sirvió a mí estar en la ciudad, atendido por los mejores médicos si sólo encontré mejoría cuando vine aquí? Tendré que aprender a confiar en Dios. Vino a su mente el recuerdo de su madre, que aunque era muy niño cuando la perdió, le enseñó que Él era quién disponía las cosas.

Terminó la clase y salió despacio hacia su casa, no tenía prisa por llegar. Se encontró con algunos vecinos que le saludaban amablemente y le comentaban el tiempo que hacía, cosa que a Jaime no le interesaba, lo que él quería saber era qué le pasaba a Dora. Cuando iba llegando a su casa vio que Petra hablaba con su padre y se alegró, al fin podría saber qué le pasaba a Dora sin tener que preguntar a nadie, pues no quería que su padre advirtiera su preocupación.

-Hola Petra. Se limitó a decir.

Cuando ya se disponía a la casa, su padre le preguntó.

-¿Sabías que la madre de Ton se puso mala?

-Sí, algo dijo el crio.

Petra dijo.

-Sí pero ya pasó todo. Demasiado fuerte es, no sé cómo puede aguantar a ese par de energúmenos, porque yo le llamo el borde, aunque creo que la madre es peor.

Jaime entró en la casa sabiendo que su padre le diría todo lo que Petra le dijera y en efecto, nada más salir Petra, Justo dijo:

-Qué bien le va el nombre que le ha puesto Petra. ¡Borde! ¿Y sabes lo que dice? que esa mujer tiene algo escondido en aquel cuarto que no quiere que sepa ni su hijo ni Dora. ¡Lo que a Petra se la escape!

-Bueno papá, a nosotros nada de eso debe importarnos.

-Hijo, todo lo que pase a cualquiera del pueblo nos tiene que importar. Confían en nosotros y mientras estemos aquí haremos todo lo que

esté en nuestras manos para ayudar, así que ahora mismo voy a bajar al molino para ver como sigue Dora.

Jaime se apresuró a decir.

-¡Ni lo pienses!

-¡Pero qué dices! Tú sabes que en el botiquín tenemos toda clase de medicamentos y tú eres médico. No lo olvides. Y esa criatura está totalmente desatendida. ¿Por qué no puedo ir a verla?

-Mira papá, si aprecias a Dora, como yo creo, no vayas. Por favor te lo pido.

-Chico por qué no te aclaras. ¿Qué es lo que pasa? He bajado varias veces al molino y no sé por qué no puedo hacerlo ahora.

-No me preguntes más papá, pero no vayas.

Justo, que conocía a su hijo, comprendió que ni podía preguntar nada ni debía bajar al molino para ver cómo estaba Dora y sintió una rabia que hacía tiempo que no sentía. Sabía que su hijo tendría justificados motivos para prohibirle que lo hiciera.

Se dirigió a la estantería y cogió uno de los libros que allí había y fue a sentarse frente al ventanal, como si fuera a leer, pero no podía concentrarse en la lectura; sintió deseos de volver a la ciudad y dejar todo aquello. Recordó las tertulias del casino y en lo que había dejado allí para acompañar a su hijo, y se preguntó lo que no quiso preguntarse nunca: ¿Habría merecido la pena? ¿Sería posible que nadie apreciara aquel sacrificio? Y se sumergió en un mar de dudas poniéndose nervioso, muy nervioso, aunque sin decir ni una palabra, y esta vez fue el hijo quién preguntó

-¿Papá, te pasa algo?

-No, no te preocupes, no tiene importancia.

Ninguno de los dos dijo nada más, pero en la mente de los dos hombres estaba la misma pregunta ¿Había merecido la pena? Y Jaime pensaba: pasa tantas veces; puedes hacer el bien y lo intentas, pero suele salir alguien al

paso que trata por todos los medios de impedirlo y no para hasta lograrlo. Mi padre sería feliz haciendo compañía a esa mujer y a ella le haría un gran bien la compañía de mi padre y en cambio por culpa de ese hombre, tienen que privarse de una cosa tan hermosa como es la amistad.

Al día siguiente don Justo salió a dar su paseo habitual y se encontró con Ramón, que muy amable le invitó a bajar al molino, cosa que aceptó encantado, pues deseaba ver cómo estaba Dora, se sentía culpable de no poder ayudarle y se alegró al ver que estaba mejor y cómo se alegró ella de que Justo se preocupara por ella. Ramón estaba amable y dijo a Justo que pasara si quería ver a su madre.

-No llegó a comprender como puede ser así, cada vez lo entiendo, menos.

Entraron juntos a la habitación de Inés. Dora entró y fue a arropar a su suegra y ésta intentó darle con el bastón, Dora pudo esquivarlo, pero su intención era darle. La joven no se alteró pero don Justo advirtió que no era la primera vez que daba a Dora y cuando salieron preguntó si le había fallado la cabeza y Ramón dijo:

-No. Es que ella es así. Ya le digo que no la entiendo.

A los pocos días después, de llegar de la escuela, se disponían a dar buena cuenta de la cena que María había preparado, cuando una vecina llegó preocupada.

-Don Jaime, ¿no está aquí Tom el del molino?

-No aquí no está. ¿Qué pasa?

-Pues que no ha llegado a su casa y yo he pensado que podría estar aquí, que se habría venido con usted. Dónde se habrá metido. Ya no sabemos dónde buscarle y ya se ha hecho de noche. Como le digo a Dora, que no está aquí en el estado que ella está.

Don Justo trató de tranquilizar a la mujer.

-No se preocupe estará jugando con algún niño y ni se habrá dado cuenta que ha anochecido.

-¿Pero con qué niños? Si están todos buscándole.

Jaime cogió una linterna y pronto estuvo en el grupo de vecinos que ya estaban un rato llamándole por todos sitios.

-¡Tom!

-¡Tom!

-¡Tom!

Pero éste continuaba sin dar señales de vida. Ramón había perdido los nervios y maldecía, que era la forma suya de actuar, aunque estaba apurado y sin acertar a hacer nada. Jaime no se atrevía a decirle nada recordando lo de aquella noche, pero al fin se dirigió a él y le dijo:

-Ramón, yo estos alrededores no los conozco, ve tú a los sitios que creas pueda haber ido y nosotros miraremos por aquí.

Así lo hicieron. Ramón y unos vecinos se fueron hacia el monte y Jaime y los otros continuaron por los alrededores; que ansiedad sentían todos ¿Dónde podía estar? Los gritos atemorizaban, los minutos parecían siglos y nada, ni rastro.

Justo bajó hasta el molino y trató de calmar a Dora, aunque sin poder conseguirlo, le hizo una tila y le habló con la dulzura que puede hablar un padre. Ella quería ir a buscar a su hijo pero don Justo trató por todos los medios de impedirlo. Lloraba con la amargura propia de toda madre que se le pierde un hijo y Justo sintió pena al ver que no podía hacer nada por consolarla. Le cogió las manos como queriendo trasmitirle algo de consuelo y la pobre madre presa de amargura se abrazó a su cuello, llorando con un llanto que contagió a don Justo e interiormente rezaba para que el niño apareciera.

La madre de Ramón sentada en la cama no echaba ni una sola lágrima ni parecía sentir la menor pena por el niño pero al ver a Dora llorar en el hombro de Justo empezó a dar golpes con su bastón y parecía echar chispas

por los ojos: Dora a pesar de su amargura se separó de él. Mientras tanto los vecinos continuaban buscando al pequeño y veían más imposible encontrarle. Jaime preguntó quién había visto el último al niño y uno de los críos dijo haberle visto alrededor de la iglesia y había estado jugando con él después de salir del colegio. Jaime se dirigió hasta la puerta de la iglesia y vio junto al portal el gorrito que esa tarde llevaba puesto Ton y preguntó si había estado alguien en la iglesia y una mujer dijo:

-Sí, fuimos Ana y yo a traer unas flores y estuvimos rezando un rosario.

-Las llaves, traigan las llaves. Jaime recordó lo que los niños le habían preguntado aquella tarde, uno de los niños le preguntó el por qué los hombres se quitaban la gorra para entrar a la iglesia y Jaime les había explicado que cuando un hombre se encuentra con un superior debe descubrirse y en la iglesia está Dios, que es superior a todos y por eso los hombres se descubren.

Tom se sintió como un hombre y se quitó el gorrito, y aprovechando que las mujeres rezaban se metió en un rincón para no ser visto; se había sentado en el suelo en una alfombra y se quedó dormido profundamente, totalmente ajeno a lo que estaba ocurriendo en el pueblo y del sufrimiento de sus padres. Jaime advirtió a los que iban con él que guardaran silencio, no fuera a asustarse si se despertaba, no despertó y Jaime le tomó en sus brazos con sumo cuidado y dijo a los hombres.

-Yo le llevo a su casa. Id vosotros a decir a Ramón que ha aparecido.

A lo lejos podía escucharse la voz de Ramón:

-¡Tom! ¡Tom...! Y los vecinos gritaron con todas sus fuerzas:

-¡Ramón, que está aquí! ¡No le pasa nada!

Ramón, cuando escuchó que el niño estaba sano y salvo corrió a donde estaban los vecinos preguntando:

-¿Dónde está mi hijo? ¿Le ha pasado algo?

Todos se apresuraron a decirle que no le pasó nada, que se quedó dormido en la iglesia, que suele pasar que alguna vez se quede un crío dormido en el lugar más inesperado, pero ya está en tu casa. Le ha llevado el maestro y ni se ha despertado y Ramón a pesar de ser como era repetía llorando.

-Gracias Dios mío, gracias.

Todos le ayudaron a tranquilizarse. Una vez más tranquilo, y acompañado por el pedáneo se fue hacía el molino.

Dora estaba desesperada y pensaba lo peor. Recordó que cuando era niña, un crío se perdió y al día siguiente le encontraron muerto y todo volvía a su mente con una precisión de espanto, por eso cuando Petra llegó que se adelantó de todos le dijo:

-No llores más que Tom está bien; se quedó dormido pero está perfectamente.

Dora dio un grito que le salió del alma.

-¡Hijo mío!

Jaime la escuchó cuando ya entraba a la casa con el niño en los brazos y se sintió feliz de poder dar a Dora esa alegría. La pobre estaba como loca al ver a su hijo que se frotaba los ojos, fue corriendo y lo apretó fuerte contra su pecho mientras le cubría de besos, era tal su locura que abrazó a Petra y a Justo y también abrazó a Jaime dándole las gracias cuando llegó Ramón se tiró a su cuello llorando de alegría, pero él la apartó con brusquedad.

Justo miró a Petra y al cruzarse sus miradas Justo leyó en los ojos de Petra la palabra ¡Borde! ¡Qué borde es!

Era y tarde y todos se despidieron contentos de ver que sólo había sido un susto.

Inés, cuando todos se fueron, aunque no hablaba nunca esta vez sí quería hablar, cuando lo hacía era sólo con Ramón, que casi nunca le hacía caso.

Los últimos en marcharse fueron el maestro y su padre y nada más cruzaron el umbral de la puerta Inés empezó a dar golpes donde alcanzaba. Dora estaba rendida a punto de caer desfallecida y dijo a Ramón.

-Atiende tú a tu madre y yo acostaré al niño. No puedo más, no puedo más.

Y se fue a acostar a Ton quedando Ramón solo con su madre que continuaba dando golpes con su bastón. Ramón trató de tranquilizarla.

-Mamá, ya pasó todo. No es la primera vez que un niño se queda dormido en cualquier parte y le dan por perdido.

La madre de Ramón casi nunca hablaba, sólo en raras ocasiones le hablaba a su hijo, pegando la boca al oído y casi siempre lo hacía cuando si alguien venía al molino se marchase y esta vez le hizo un gesto a Ramón para que se acercara, éste a pesar de su mal genio, con gesto cansado se acercó hasta su madre. Ella le cogió la cabeza y pegó su boca al oído de su hijo, a éste parecía no importarle lo que le decía, pero conforme su madre hablaba su cara fue endureciéndose y repetía:

-Ya, ya, si no me equivoco.

¿Qué fue lo que esa mujer misteriosa decía a su hijo? Porque Ramón, que hacía poco rato que daba gracias a Dios porque había encontrado a su hijo, ahora todo eran maldiciones lo que salía de su boca. Dora que estaba muy cansada y se quedó medio dormida junto al niño, se despertó sobresaltada ya que llegó gritando. Dora preguntó.

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

-Eso digo yo, qué te pasa a ti que tienes que abrazar al maestro y a su padre. Creíste que porque llegara el último no me iba a enterar. Vaya si me he enterado. Mira como no esperó a que yo llegara y fuese yo quien lo trajera.

Dora angustiada dijo.

-Ramón, por Dios, qué estás diciendo. No recuerdo nada, era tal mi angustia que pensé volverme loca y al ver que lo traían sano y salvo no me di cuenta de lo que hacía.

-Ah, con que no sabías lo que hacías, pues recuerda que te colgaste del cuello del maestro.

La joven comprendió lo que pasaba. Su madre había inculcado cosas como otras veces, y sabía que era inútil dar explicaciones. Y como sufría. Era distinto el sufrimiento al creer perdido al hijo, eso no había dolor que le igualara, pero esto también era sufrir y se sintió sola y sin nadie que le consolara y cómo necesitaba de alguien que le diera un poco de consuelo, y aunque sus lágrimas caían a raudales por sus mejillas no pronunció ni una sola palabra. Cuando comprobó que estaba dormido, se acostó con todo sigilo, con miedo a que se despertara.

Pobre Dora. Si don Justo se hubiese enterado habría dicho:

-¡Pobre criatura!

Habían sido demasiadas emociones y Dora sintió grandes molestias, pero le faltaba algún tiempo todavía y no dijo nada a nadie, pero como continuaban las molestias pensó que sería conveniente que Ramón lo supiese y cuando éste volvió a casa le dijo.

-Estoy cansada y parece que el niño quisiera nacer y tengo miedo, debería de consultar con Vicenta.

Pero Ramón no le dio importancia y dijo.

-Eso son, manías tuyas y no nacerá hasta que no llegue su hora y si no te fías, ve a ver qué dice Vicenta. Yo no puedo ir contigo

Y Dora pensó que perdería el tiempo si continuaba explicando su malestar. A él no le pasaba nada.

Aquella tarde cuando Ton se fue al colegio, se fue a consultar a la matrona a ver qué le pasaba. Ésta que no sabía nada sólo tenía el valor de recoger a las criaturas que nacían, pero nada más, y al ver a Dora le dijo:

-Eso no es nada, tú lo que necesitas es descansar.

Eso saltaba a la vista, sus ojeras y su palidez decían como estaba y aunque trataba de ocultar su pena, era tanta que se reflejaba en su rostro.

Ramón, cosa rara en él, volvió pronto y al ver que Dora no estaba pensó que habría ido a casa de la matrona, cogió el coche y fue en su busca. Dora ya volvía y él dijo que quería hablar con Vicenta para quedarse tranquilo y se fue hasta la casa dejando a Dora volver andando.

-Qué, cómo ha encontrado a mi mujer.

A lo que ésta contestó.

-Sólo algo cansada, pero para el parto le falta.

-Si ya se lo dije yo que no era nada, pero ella no me hizo caso. Y continuó hablando y hablando con Vicente, que era lo que sabía hacer la pobre mujer.

Dora pensó que no llegaba al molino, no podía, le faltaban las fuerzas. Tom salía de la escuela y al ver a su madre, corrió hacía ella gritando:

-¡Mamá, mamá, espera me voy contigo!

Y Dora esperó a su hijo. Jaime que también salía en aquel momento, pudo comprobar la palidez de la joven y como médico, comprobó que necesitaba ayuda, ayuda que él podía y debía darle ya que disponía de un buen botiquín, pero no podía ni preguntarle cómo estaba ya que podía, en vez de ayudarla, aumentar su pena y optó por decirle sólo buenas tardes y continuó como si nada.

A Inés no le pasó inadvertida la palidez de Dora y después de observarla en silencio empezó a llorar desconsolada, cosa que nunca hacía. Dora al ver aquel llanto no sabía qué hacer y a pesar de su cansancio quedose a su lado hasta que volvió Ramón. Éste cuando llegó dijo que al día siguiente tenía que ir a la ciudad a unos negocios. Dora dijo:

-No, no puedes irte, yo no estoy bien.

Pero él no le dejó terminar.

-Si me ha dicho Vicenta que te falta bastante para que el niño nazca y no voy a estar aquí como un chiflado porque tenga la mujer en cinta.

La anciana se alteró y hacía señas a su hijo diciendo que no podía irse. Éste entendía muy bien lo que quería decir su madre, pero no estaba dispuesto a renunciar al viaje y creyendo hacer una valentía dijo.

-Yo prepararé las cosas. Tú si estás mala acuéstate. Y por solamente decir eso, se creía el mejor de los hombres.

Dora sufría, Ramón no había vuelto de aquel viaje y tal vez esa noche tampoco volviera y ella estaba mala y si nacía el niño... ¿Qué podía pasar? El temor llegó a apoderarse de ella y miraba una y mil veces el camino por el que tenía que volver Ramón, pero éste no llegaba. Los niños vinieron a jugar con Tom y los mandó que dijeran a Petra que viniera al molino. Ésta viajó enseguida preocupada. Mal tenía que estar Dora para pedir que alguien la ayudase.

-Qué pasa. Le dijo al llegar.

-No es nada, pero no me encuentro bien.

Petra irritada dijo.

-Y el borde de tu marido ¿Dónde está?

Dora disculpándole dijo.

-No tenía otro remedio, tenía que ir a la ciudad, espero que vuelva antes de la noche.

Petra se tragó las palabras. Qué conseguiría con decir lo que pensaba de Ramón. Quizá aumentar su pena y pensó probar a conformarla y dijo.

-Verás cómo es así, perdona si he sido brusca, algunas veces se me escapa la lengua.

Pero mientras esto decía pensaba que llegaría la noche y Ramón no vendría. Tenía el presentimiento que la noche sería mala.

Don Justo había llegado con su Vespa hasta la Venta, se acercó al mostrador y pidió un vino a la ventera, al poco paró un camión y el camionero pidió un refresco. Justo le dujo.

-Qué. ¿Vas lejos?

-Sí, bastante.

Y empezaron a hablar de lo que faltaba para llegar a su destino y después de un rato dijo a don Justo.

-Sabe qué estoy pensando. Que me quedaré aquí esta noche y al amanecer continuaré el viaje, no me gusta la noche y menos donde no conozco el terreno.

-Me parece muy bien, yo ya me voy, no sea que la moto se me engandule, que algunas veces lo hace. Se para y me deja andando y va siendo tarde.

En ese momento frente a la Venta se paraba el coche de Ramón que volvía de la ciudad y, como siempre, se sentía el más importante saludando a todos y pronto pidió de beber y para todos. Don Justo dijo que no, que ya se iba, pero Ramón le cogió del brazo mientras decía.

-Vamos a tomar una copa y usted nos va a acompañar.

Justo conocía a Ramón y sabía que se tomaría esa y muchas más y le vio como se enrollaba con el camionero y pudo oír que le decía.

-Si vas a dormir aquí, vamos a echar una partidita a las cartas. El hombre aceptó encantado, la Venta estaba bastante animada y don Justo aprovechó el primer descuido para marcharse ya que era casi de noche. No esperaba lo que al llegar a su casa encontraría. Petra acompañó a Dora toda la tarde, pero al ver que anochecía y Ramón no llegaba dijo a Dora.

-Voy a mi casa a decir a m marido lo que ha de cenar, pero vuelvo enseguida. Tranquilízate, te veo muy nerviosa.

Petra volvió pronto, pero dora estaba al límite de la desesperación y salió a la calle. Tom jugaba con su caballito de madera y no advirtió que su

madre había salido, ésta echó a andar, nada le importaba, se sentía morir y caminó sin rumbo por donde nadie pudiese verla, pero no logró relajarse, pronto comprobó que estaba de parto, había casi cruzado el pueblo y pensó que lo mejor era llegar hasta la casa de Vicenta, se sentía tan mal que casi no sabía quién era. La casa de la matrona estaba del molino y comprobó que ni podía llegar ni podía volver y sintió unos grandes deseos de morir antes de que aquel hijo naciera, así no sufriría lo que ella estaba sufriendo, pero llegó a su mente el recuerdo de Tom y estuvo a punto de caer desfallecida. Vio a lo lejos las luces de un coche que se apagaron unos instantes y luego volvieron a encenderse, Dora sintió miedo, si era Ramón se enfadaría al ver donde estaba y sufriría la más cruel de las pesadillas.

Cuando Petra volvió al molino pensó que Dora se habría acostado, ya que sabía que estaba mala, pero pronto comprobó que no estaba acostada, fue y preguntó a Inés y ésta por señas dijo que no sabía nada, Petra llamó angustiada una y otra vez por todos los rincones de la casa y cuando comprobó que no estaba decía.

-Y ahora qué hago yo ¡Qué hago Señor! ¡Qué hago!

Sólo pensó en ir a casa de don Justo y al llegar toda nerviosa dijo.

-Don Justo, estoy muy asustada. No sé dónde está Dora y está muy mala, no sé qué hacer.

Él que hacía poco que había llegado de la Venta, no pudo contener la rabia y dijo.

-Si voy, ese se va a enterar. Vaya bribón.

-Papá si dice Peta que está de viaje.

-Sí, de viaje. Del viaje ha vuelto y se quedó en la Venta fanfarroneando, que por su culpa volví yo tan tarde. No quise decirte nada pero allí se quedó, pensando en jugar una partidita a las cartas.

-Pero vendrá pronto, él sabe cómo está Dora. Dijo Jaime.

Petra cada vez más nerviosa, decía.

-Y qué hago yo, esta mujer es capaz de cualquier cosa, la paciencia tiene un límite, y creo que la de Dora está llegando a su fin y tengo miedo. Don Justo, ayúdeme. No quiero revolucionar de nuevo a los vecinos, bastante tiene ya la pobre Dora.

-Tienes razón, es demasiado.

Jaime estaba paralizado y pesaba que si iba en busca de Ramón, podía hacer algo de lo después pudiera arrepentirse, porque si se atrevía a levantarle la voz, le iba a dar hasta saciarse.

Don Justo dijo.

-No nos vamos a quedar aquí hechos unos bobos ante una situación como ésta, tenemos que actuar, así que coge el coche y ve por ahí a ver si ves a esa mujer por algún sitio, yo voy al molino y le haré compañía a la vieja y tú, Petra, te haces cargo del crío.

Jaime continuaba parado pensando lo que podía haber hecho Dora y su padre le dijo enérgico.

-Vamos, qué haces, si no vas tú voy yo, hay que ver dónde está esa criatura.

Jaime deseaba que su padre le ordenara que fuera a buscarla y al salir Petra le dijo.

-Es casi seguro que habrá ido a casa de Vicenta.

Explicó a Jaime el camino, ya que estaba algo retirado. Éste salió en esa dirección, iba despacio a ver si la veía por algún sitio, pero nada. Al fin llegó a casa de Vicenta, ésta salió diciendo.

-Quién es. Qué viene a buscar.

-Soy el maestro. ¿Ha venido Dora por aquí?

-Sí, vino el otro día, pero hoy no. ¿Qué pasa?

-No, nada, que Ramón no estaba y Petra me ha dicho que Dora podía haber venido.

-Aquí no, aquí no ha venido. No creo que se haya perdido.

Jaime no dijo nada más, pero comprobó la clase de mujer que Vicenta era y dando la vuelta continuó mirando los matorrales del borde del camino que le parecían monstruos capaces de haber devorado a Dora, y pensó en volver al molino por si había vuelto y en un recodo del camino creyó ver algo, paró y llamó, Dora, eres tú. Pero tuvo el silencio por respuesta. Desanimado subió de nuevo al coche y al subir vio de nuevo algo que se movía en la oscuridad y llamó de nuevo, Dora, eres tú y entonces sí, entonces se oyó un sollozo que a Jaime le partió el alma.

-Dora soy yo, el maestro, no tengas miedo, he venido en tu busca.

Fue cuando la joven se echó a llorar desconsolado y dijo.

-Creí que era Ramón y temí que se enfadara, no debí salir del molino, pero me sentí tan mal que no supe lo que hacía y pensé llegar hasta la casa de la matrona, pero no he podido llegar. Estoy mala.

-Suba, suba enseguida.

Dora se negaba, estaba tan asustada que temblaba como una hoja y en esos momentos sólo quería morir y así se lo dijo al maestro.

-Déjeme morir, quiero morir.

-No, no vas a morir. Yo en otras circunstancias que comparadas con las tuyas no eran nada, también quise morir y Dios puso a alguien a mi lado para que me ayudara y ahora soy yo quién le va a ayudar.

Dora ante aquellas palabras se quiso subir al coche, pero sufrió un desvanecimiento y Jaime le tomó el pulso asustado; pronto se recuperó, pero nada más subir al coche, sufrió una fuerte contracción que le hizo dar un grito.

-Ay, estoy de parto. Dios mío, lléveme por favor a casa de Vicenta.

No, no te voy a llevar a casa de Vicenta. Te voy a llevar al pueblo, que sé que hay un pequeño hospital y allí nacerá tu hijo y ahora descansa y no pienses en nada, todo se va a arreglar, ya lo verás.

Pero Dora continuaba llorando y Jaime pudo ver como sufría los tremendos dolores del parto., aunque procuraba callar, pero él como médico sabía lo que estaba pasando y que corría un grave de peligro.

Cuando el coche pasó cerca de la casa de Vicenta, Dora dijo.

-Pare aquí.

Jaime continuó hasta llegar al pequeño hospital para pedir ayuda para aquella mujer y su hijo. No tardó en llegar y pidió ayuda.

-De prisa, de prisa, que está muy mala.

El doctor, un señor gordo y tranquilón preguntó que si era el primero, le contestó que no era el primero y la pasó a la sala para hacerle un reconocimiento y dijo.

-¿Usted, no pasa?

-No, yo esperaré aquí.

-Vaya, vaya, con los papás de ahora que no tienen valor para ver a sus mujeres parir. No saben lo que se pierden, pues escuchar el primer llanto de un niño es algo emocionante que jamás se olvida. Pero si no quiere, espere aquí.

Jaime calló, sólo quería que atendiera a Dora, después habría tiempo de dar explicaciones, pero esperaba con el nerviosismo de un padre, el nacimiento de aquel niño.

Al poco rato salía el médico con cara de preocupación y dijo, creyendo que era el marido.

-Mire, esto no me gusta nada, es parto, pero con muchas complicaciones. Creo que habrá que trasladarla hasta la ciudad y debe ser pronto, así que usted dirá.

-Pero hay ambulancia.

-Sí, tenemos una recién estrenada.

-Pero tan grave es.

-No quiero asustarle, pero si se queda aquí, no respondo de lo que pueda pasar.

Jaime, en ese momento sólo pensó en la vida de Dora y en la del hijo, que corrían peligro y no dudó y dijo.

-Haga lo que tenga que hacer, yo asumo las consecuencias.

Al poco la ambulancia salía a toda velocidad para la ciudad. El médico dijo a Jaime que podía ir a su lado. Éste se negó y el doctor quedó extrañado.

-Qué raro, todos los maridos en estos casos quieren ir junto a sus mujeres, pero eso qué importa, lo que importa es llegar a tiempo.

Ordenó al chofer que fuera a toda prisa y el silbato de la de la ambulancia resonó en toda la campiña. Parecía volar cuando llegaron al gran hospital. Todo fue muy rápido, ya sabían que si aquel médico llevaba a alguna parturienta allí, es que se trataba de algo grave y Dora fue directa al quirófano. Tenían que hacer una cesárea.

La enfermera salió con los papeles y le dijo a Jaime que por favor, firmara los papeles y éste preguntó si era necesario.

-Naturalmente. Si pasa algo no podemos culparnos nosotros.

Sin pensar lo que pudiera pasarle firmó como si fuera el padre de la criatura. Después de una hora y media que para Jaime fueron años, salió el médico muy serio y dijo.

-Lo siento señor, pero la niña está muy mal y si se salva será un milagro y la madre también está muy grave, si tardan diez minutos más llegar habría muerto, seguro.

Jaime no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas, aunque probó por todos los medios a disimular no pudo evitarlo, y le vino a la mente el recuerdo de la que fue su esposa, él le habría perdonado su infidelidad pero que abortara, no podía perdonarlo nunca, aun sabiendo que no era suyo y durante

un rato tuvo miedo. Recordó lo mal que estuvo cuando la depresión y pidió a una enfermera unas pastillas.

Dora continuaba dormida bajo los efectos de la anestesia y Jaime pensó que debía volver a los Cerros y decir a Ramón lo que pasaba, pero el médico se acercó y le dijo que pronto despertaría y que sería conveniente que estuviera a su lado, que era muy importante y Jaime calculó el tiempo que tardaría en ir a los Cerros y que Ramón viniese, comprendió que era imposible y pensó que sería mejor esperar a que Dora despertara y después iría, la enfermera salió y dijo.

-Pase señor, empiece a abrir los ojos, procure serenarse, es muy importante que usted esté sereno y cuando despierte llénela de mimos, pero háblele lo menos posible ya que está muy débil y Jaime pasó sabiendo que no era a él a quien le correspondía estar allí, pero no por eso iba a dejarla sola, ahora que luchaba entre la vida y la muerte; al menos tenía la satisfacción de haber hecho todo lo que estuvo en sus manos. Cuando el médico le preguntó si tenía algún seguro y le dijo lo que costaba al no tenerlo Jaime le dijo.

-No piense en eso ahora, yo asumo todo lo que precise, el caso es salvarla.

Cuando Jaime entró en la sala faltó poco para que sufriera un desmayo, Dora parecía estar muerta, pálida, quieta, con los ojos cerrados y un rictus de amargura en sus labios y sintió que una gran rebeldía invadía todo su ser ¿Cómo no haber hecho algo antes de llegar hasta este punto? Esto se podía haber evitado, pero también pensó que él no pudo hacer nada más de lo que hizo.

Se sentó a su lado, y aun sabiendo que Dora no sentía nada le cogió la mano y la besó con ternura; la mano estaba fría y la retuvo entre las suyas queriendo trasmitirle la vida mientras decía:

-Dora, tienes que vivir, tienes derecho a vivir pese a todo.

Así estuvo tiempo y Dora no despertaba, ya se disponía a llamar al médico, cuando abrió los ojos y con voz muy débil penas perceptible dijo.

-Tom ¿Dónde está Tom?

Jaime se apresuró y le dijo.

-Tom está bien, no te preocupes, ya pasó todo.

-Estoy muy cansada, muy cansada.

-Lo sé por eso procura descansar y no pienses en nada, descansa. Le dijo Jaime con ternura.

Dora volvió a cerrar los ojos de nuevo, estando así una hora, tal vez más y la joven continuaba igual, él estaba allí esperando cada pequeño movimiento que hacía, de pronto Dora dio un grito.

-Dónde estoy. Qué ha pasado. Dónde está mi hijo, quiero verle.

Jaime comprendió que no era por Tom por quien preguntaba, sino por el niño que sabía que iba a tener, y llamó al doctor que vino enseguida. Dora recordó todo lo sucedido, temió lo peor y al ver el gesto del médico pensó que no se equivocaba, algo malo había pasado.

-¡Mi hijo! Dijo con voz que apenas podía entenderse.

-Doctor, ¿Qué ha pasado a mi niño, vive?

El médico sabía que el niño tenía motivos para estar como estaba y quiso advertirla, sabía que sólo un milagro podía salvarle la vida y después llamó a Jaime apartándolo de ella y le dijo.

-Mire señor, siento tener que ser tan duro con usted, pero no puedo callar ante un caso como este, la niña no vivirá y ella ya veremos. No puedo asegurar nada y esto pudo evitarse. Esta mujer estuvo en el más absoluto abandono, siendo tan joven esto no tiene perdón.

-Lo sé, es cierto.

El médico que era muy impulsivo, aunque era ya mayor se levantó del sillón que ocupaba y dijo.

-Ah, con que lo sabía y ha dado lugar a que pase esto. Pues sepa que me quedo con muchas ganas de darle su merecido. Ella me lo dijo, me dijo que usted no le hizo caso cuando ella le dijo como estaba.

Jaime quería hablar pero el médico no lo dejaba, estaba irritado y creía que era él el marido, sólo cuando se calmó un poco, Jaime pudo dar una explicación, que se hizo muy larga. Empezó diciendo.

-Yo soy médico y dejé mi carrera huyendo de mí mismo, quise olvidar mi pasado en este pueblecito alejado del mundo como un maestrucho, pero me encontraba muy mal y de no ser por mi padre, seguro que me habría suicidado. Sufrí una depresión de las peores que hay, me casé muy joven completamente enamorado pero sin saber más que eso, sólo amar y pensé que era correspondido. Qué equivocado estaba. La noche de mi boda, ella se encargó de emborracharme hasta el punto de no recordar nada y es que yo no quise tocarla antes del matrimonio y ella estaba embarazada de otro, así no sabría que no era virgen. Por pura casualidad un amigo me confirmó que había ido a abortar al extranjero, excusando mil mentiras que pude comprobar. Yo la quise con toda el alma, un amor que diría santo y cuando supe todo, sólo pensé en morir, todo me daba igual y me alejé de todo y empezó mi mejoría al ver que aun quedaban en el mundo personas buenas, como por ejemplo Dora. Me sentí un cobarde, pero no me atreví a hacer nada. Sólo fui a buscarla cuando una vecina me comunicó como estaba y jamás me perdonaré no poner los medios necesarios.

El médico escuchó estupefacto y le pidió mil perdones mientras decía esto:

-Parece mentira que pase en la vida real. Don Jaime, es usted un caballero que ha cumplido con su deber y ahora le pido que vaya con ella, no la deje sola, cuídela, mímla si es preciso y no se preocupe por el marido ya le mandaremos a un mensajero. Mientras repetía entre dientes:

-¡Ya me lo echaré yo a la cara!

Al ver salir a Jaime para la sala de Dora sintió una gran pena y repetía:

-¡Pobre muchacho! creo que ha sido Dios quien le ha puesto a su lado. ¡Pobre muchacho!

Cuando llegó a la habitación se encontró de nuevo a Dora, que parecía dormida, pero sólo tenía los ojos cerrados, le pesaban demasiado los párpados cuando quería abrirlos, pero advirtió que Jaime se acercaba y en voz muy baja le pidió que se acercase, esta vez fue ella la que con ternura cogió las manos al maestro y dijo.

-Mi niño ha muerto ¿Verdad? Quiero decirle algo, si yo muero, prométame que cuidará de Tom en lo que pueda, el pobre no tiene a nadie que lo sepa hacer. ¿Verdad que cuidará de él?

-Sí, le cuidaré, pero usted Dora se pondrá bien, ya lo verá.

-Quiero decirle que si a mi niño o niña, ya que no me han dicho lo que es, le ha pasado algo, casi me consuela al pensar que no sufrirá lo que yo estoy sufriendo. Si dios se lo ha llevado, Él sabe lo que hace.

Jaime ante aquellas palabras guardó silencio y ese silencio sirvió para que Dora comprendiera que no se equivocaba, que su hijo si estaba vivo podía morir y a pesar de las palabras que momentos antes había pronunciado, rompió a llorar amargamente. Jaime esperó a que el médico hablara ya que acababa de entrar en la sala y Jaime sólo dijo.

-Doctor.

Y éste asintió con la cabeza. La niña había muerto.

Ramón había vuelto muy tarde pues la Venta estaba muy animada y se olvidó de sus obligaciones, pero al llegar al molino y ver que Dora no estaba se puso nervioso.

Petra se había llevado a Tom, ya que don Justo le prometió que no dejaría a Inés sola y le dio que se marchara, que él esperaría a que Ramón volviera y si Jaime no volvía sería porque habría encontrado a Dora y si volvía

con ella sería porque estaría atendida. Ya la habrá llevado él donde pueda recibir asistencia. Yo te avisaré, descuida. Cuida de Tom. Petra dijo llorando:

-Don Justo, menos mal que estaban ustedes aquí, si no qué podía haber hecho yo, Dios quiera que a Dora no le pase nada, estaba muy mala, nunca la vi tan desanimada.

Petra tenía sus obligaciones y se fue a casa llevándose a Tom, que pronto dormía tranquilo, ya que Petra lo llenó de mimos y no quería tener que encontrarse con Ramón cuando llegase. No quería tener que enfrentarse a él.

Justo cuando ya pasadas las doce le oyó llegar, se puso alerta, temía que llegara con unas copas de más y así era y pensó que era peligroso esperar a que entrara y aunque aun se sentía con fuerzas para darle unos merecidos moquetazos, también pensó que era una cobardía pegar a un borracho y pensó que era mejor despistarlo y así lo hizo, escondido esperó a que entrase y salió a toda prisa sin que Ramón le viera, pero pudo escuchar sus gritos desde lejos.

-¡Dora, dónde estás! ¡Cuando te encuentre ya verás! y otras muchas groserías que daban pena. Don Justo pensó que hizo bien en marcharse. No habría podido evitar discutir con él y no merecía la pena, pero se sorprendió cuando le vio en la puerta de su casa, a la que fue directamente, pues al no encontrar a Dora en casa marchó en busca del maestro diciendo toda clase de barbaridades. Justo trató por todos los medios de tranquilizarlo y le dijo.

-¿Dónde están Tom y Dora? ¿Dónde está Dora?

¿Qué había pasado que Jaime no había vuelto? Y temió por su hijo, si llegaba a encontrarse con aquel hombre.

Ramón al no estar Jaime volvió al molino y fue donde su madre estaba. Esta, pegando la boca a su oído le habló a su manera. ¿Qué fue lo que le dijo a Ramón que salió como un perro rabioso en busca de Petra? Ésta trató de quitar importancia a la situación y dijo.

-Ton está durmiendo tranquilamente y Dora se puso muy mala y como tú no estabas la llevó el maestro en su coche, seguro que la habrá llevado al hospital de la ciudad.

Petra no quiso decir que Dora se había ido sin decir nada y la pobre temblaba, sabía que cuando Jaime no había vuelto es que le habrían encontrado algo y algo malo pasaba, sólo la tranquilizaba el saber que estaba en buenas manos y pensó:

-Si cuando la encuentre ha nacido el niño, todo se arreglará.

A Ramón se le fue pasando la furia de las copas y se fue en busca de Vicenta, la matrona, ésta le dijo que no había estado allí y el día que estuvo comprobó que para el parto aun le faltaba bastante. Al oírla, Ramón montó de nuevo en cólera y salió disparado para el pequeño hospital. Preguntó y le informaron de que esa enferma hubo de ser trasladada y que precisaba una cesárea y allí no había medios, su esposo no se opuso ni reparó en gastos, sólo dijo que la salvaran ya que el caso era grave.

-Con que su esposo. Vaya, vaya. Cuando le coja se va a enterar, a ese lo mato. Tenía razón mi madre.

Y en vez de ir donde podía estar su esposa volvió a los Cerros, convocando a los vecinos y diciendo que su mujer había huido con el maestro dejando a Tom y a Inés abandonados. Petra por más que lo intentó no pudo evitar que algunos vecinos se alborotaran dando la razón a Ramón.

Justo supo cuando se hizo de día que habían salido en busca de su hijo, pero dónde estaba éste. Era la hora de la clase y los niños esperaban la llegada del maestro, uno de ellos dijo.

-El maestro no va a venir más, se ha fugado con la mamá de Ton.

Otros al oírle le empujaban defendiendo a su maestro. Le querían demasiado para que le ofendieran de esa forma y como es natural empezó la riña, golpes, patadas y uno hasta tiró unas piedras con tan mala suerte que dio a Pepito en la frente, causándole un corte que sangró abundantemente. Acudieron

las madres y aquello se convirtió en un infierno, nadie en esos momentos se acordaba de lo bien que se había portado el maestro con todos. Don Justo pensó en Jesús, cuando los mismos que le habían agasajado con ramos poco después le llevaron a crucificar y no se equivocaba.

Jaime ante la gravedad de Dora, no se quiso mover de su lado, sin pensar en tomar alimento alguno, sólo pensando en vigilar los sueros que pendían de sus brazos y cualquier movimiento de la enferma que continuaba grave, muy débil, luchando entre la vida y la muerte y así estaba cuando una enfermera le dijo que saliera que le buscaban.

Jaime salió sin pensar ni por un momento lo que le esperaba, allí estaba Ramón y unos hombres que sin mediar palabra se abalanzaron sobre él como si de un malhechor se tratara, en pocos momentos le dejaron tirados en el suelo, cuando el personal del hospital se percató de lo que sucedía pudieron ver a aquellos hombres enfurecidos y a Jaime tendido en el suelo, herido, sin saber el motivo. Sólo el médico conocía la historia, todos los demás creían que Jaime era el esposo de la enferma y no sabían el motivo de aquellos golpes que estaban dando a aquel hombre, y aunque acudieron en su ayuda no pudieron evitar que le destrozaran ya que eran muchos y él estaba solo y desprevenido; hasta que no llegó el médico, nadie supo el por qué de todo aquello. Una enfermera fue quien avisó al viejo doctor, diciendo.

-Don Andrés, ha llegado un grupo de hombres y han entrado en la sala doce y han herido al esposo de la enferma.

El viejo médico salió corriendo y al llegar donde estaban preguntó.

-¿Qué es esto?

Ramón, que no lo podían sujetar entre dos celadores contestó con rabia.

-Cómo que qué es lo que pasa. No pasa nada, sólo queríamos dar a este señor su merecido. Ha sacado a mi mujer de mi casa dejando abandonados a mi hijo y a mi madre. ¿Qué quería que no le hiciera nada?

El médico antes de conocerle había sentido ganas de dar a aquel hombre, aunque sólo hubiese sido un buen bofetón sin pensarlo dos veces. Sólo pensó que él era el culpable de lo que aquella joven estaba sufriendo y que estuviera ahora después de perder a su niñita, luchando entre la vida y la muerte, sintió una rabia tal que les dijo a los celadores.

-Soltadle a ver si tiene redaños a pegarme a mí.

Y cuando fue a hacer el ademán de darle, Ramón recibía el bofetón más grande de su vida.

Continuó hablando mal del maestro, cosa que sólo le sirvió para recibir otro trompazo que el médico no pensaba darle, pero al oírle hablar tan mal de aquel hombre no pudo contenerse, aunque no acostumbraba a portarse así jamás.

Ramón echaba chispas por los ojos y de su boca salían toda clase de barbaridades, el médico le ordenó callar.

-Cállese, no sé si voy a ser dueño de mis actos.

Y dirigiéndose al personal que al oír el escándalo se había reconcentrado dijo.

-Lleven a este hombre a la enfermería y cúrenle las heridas y los demás escúchenme todos.

Los compañeros de Ramón quisieron irse pero el doctor les dijo.

-No, de aquí no se va nadie hasta que no sepa lo que ha pasado y es que este señor-, dijo dirigiéndose a Ramón –es el culpable de que la enferma de la sala doce esté casi muerta y de que su niña lo esté ya.

A Ramón se le escapó.

-Una niña y se ha muerto.

-Sí, se ha muerto aunque nació viva, pero nada se pudo hacer por ella y sólo usted es el culpable.

Los que allí estaban no entendían nada y el médico les explicó.

-Sí, es el culpable, este señor es el esposo de Dora, la enferma de la sala doce, a la que no hizo el menor caso cuando ella le dijo que estaba mala, dejándola sola en la más profunda desesperación, hasta el punto que salió de su casa sólo con el ansia de morir y este señor al que aun tuvo la desfachatez de pegarle, alertado por una vecina salió en su busca e hizo todo cuanto pudo para salvar a ella y a su hija y ahora llega el gallito del marido y se cree con el derecho de matarlo.

Todos los que habían acompañado a Ramón, pronto empezaron a discutir.

-Ves, si ya os lo dije yo no pensé que el maestro fuera capaz de una cosa así.

Uno de ellos se dirigió a Ramón con actitud amenazante.

-Esto son tus cosas, para esto nos has traído. Yo sabía que sería alguna de las tuyas.

Si no le sujetan le habría dado, seguro. Y al verse sujeto dijo.

-Pobre Dora, cuanto ha tenido que sufrir con esta gente y como sabe decir las cosas para culparle, porque de verdad durante estas horas yo le creí culpable.

Y repitió de nuevo.

-Pobre Dora.

Ramón después de todo aquello, pareció cambiar por completo. Empezó a llorar amargamente y pidió que le dejaran ver a Dora y a la niña y el médico a pesar de todo sintió compasión y advirtiéndole que estaba muy delicada lo dejó pasar, y al ver a su mujer que aun parecía una muerta con los ojos cerrados y su extremada palidez, aquel hombre que pocos momentos antes gritaba como una fiera, se desplomó y a punto estuvo de caer al suelo de no ser porque un enfermero le sujetó, y sus sollozos aumentaron. Creyó que Dora estaba muerta y no creía nada cuando alguien le dijo que podía ponerse bien.

Sólo se calmó al ver que Dora abría los ojos y quería decir algo, entonces se acercó hasta el lecho diciendo.

-Perdóname Dora, perdóname, sé que no merezco tu perdón, pero quiero que me perdones ya que mi madre estaba equivocada.

Así estuvo hasta que el médico ordenó que le sacaran y le administraran un sedante. El se negaba, pero el médico le obligó a tomarlo. Al poco le llevaron donde estaba la niña muerta. La habían puesto en una cajita blanca, parecía un juguete pequeñito y Ramón esta vez no pudo contener la emoción y es que en el fondo no era malo. Le influía lo que su madre

¿Qué era lo que ésta le decía cuando acercaba su boca a su oído?

Ramón ante la presencia de su hijita muerta no pudo soportar la emoción, sintió como un mazazo y cayó al suelo como un muñeco, sufrió un infarto. El doctor que antes le daba los bofetones, ahora se puso a todo correr para atenderle. Si esto hubiese pasado en el molino seguro habría sido mortal, pero fue atendido debidamente y se recuperó pronto. Eso era lo que parecía pero el médico dijo a los que habían venido con él que el peligro era si le repetía, y que era muy posible.

El médico arregló todo para que se pudieran llevar a la niña para que la enterraran donde estaba el padre de Ramón.

A Jaime le habían curado las heridas que le habían causado los golpes de aquellos desequilibrados y salió al pasillo, y a pesar de todo sintió una profunda pena cuando vio salir a Ramón con la cajita de la niña en las manos y volviendo la cabeza decía desconsolado.

-Dora perdóname.

El maestro estuvo allí unas horas y al fin llegó el viejo médico al que acompañaban otros dos médicos más, venían de reconocer a Dora y dijo a Jaime.

-El peligro ha pasado, ahora falta que se reponga. Sé que la convalecencia será larga pero lo conseguiremos, se lo prometo. Ya que sé toda

la historia y después del que ha ocurrido, es conveniente que usted se vaya y vuelva a su escuela. Aquí cuidaremos de ella. Y repitió. –Se lo prometo, también los médicos tenemos nuestro corazoncito, aunque algunas veces no lo parezca.

Jaime le dujo.

-Lo sé porque yo soy también médico, estoy en los Cerros ejerciendo de maestro porque estos niños no saben ni lo más elemental, pero yo no soy maestro, vine a los Cerros huyendo de mí mismo y por eso me siento más culpable.

-No chico, no se sienta culpable, mire lo que le hizo, si hubiese hecho algo antes, pudo haberlo matado.

Cogió a Jaime por un brazo y le llevó a su despacho.

-Cuéntemelo todo, si no le importa.

Jaime le fue explicando a aquel señor todo lo que había pasado en su vida. El médico escuchó interesado y alguna vez los dos hombres quedaron en silencio, emocionados, después el doctor le dijo:

-Váyase tranquilo, le he entendido bien y sólo quiero darle un consejo. Intente reconstruir su vida, es demasiado joven para renunciar a tantas cosas y a pesar de todo sé que quedan mujeres en el mundo muy buenas.

Se abrazaron, los dos estaban emocionados: Jaime al recordar todo y el doctor porque era todo ternura y aquella historia era demasiado fuerte, después Jaime dijo:

-¿Puedo ver a Dora antes de marcharme?

-Sí, claro. Vamos a ver como está.

Ésta abrió los ojos al ver que entraban e intentó levantarse, pero sintió un dolor muy fuerte en la herida y tuvo que quejarse: El médico acudió para ayudarla y le dijo cariñosamente.

-Esto no vuelva a hacerlo, ya sabes que tienes que cumplir órdenes y ahora son las de estar quietecita como una niña buena.

Dora esbozó una leve sonrisa, miró al médico y luego a Jaime y sus ojos se llenaron de lágrimas.

En los Cerros todo eran comentarios. Lo que había pasado era todo un acontecimiento ya que allí la vida era algo rutinario y ahora cada uno decía lo que le parecía, mientras esperaban impacientes la llegada de Ramón. Mientras tanto Tom hacía toda clase de preguntas.

-¿Cuándo me van a traer a mi hermanito?

Don Justo, que temía lo peor, fue preparando al niño. Al ver que Ramón y los demás volvían creyó que Jaime vendría con ellos, y al ver que no era así se preocupó y preguntó a todos, pero nadie se atrevió contestarle. Todos se retiraban de su lado y pensó que iría en busca de su hijo, aunque fuera en su Vespa dejando a todos con la boca abierta. Cuando se disponía a salir, con gran alivio vio que Jaime llegaba en su coche.

-Hijo, menos mal que has llegado, ya salía en tu busca.

Cuando bajó del coche el pobre padre comprendió enseguida que algo pasaba. Tenía los ojos hundidos y las señales de los golpes que Ramón y los otros le habían dado. Le llenó de preguntas.

-¿Qué te ha pasado? ¿Qué ha sido de Dora? Ya vi que Ramón traía a la niña muerta pero, cuéntame que te pasó a ti.

Se fueron hacia su casa y Jaime, como siempre que le preocupaba algo, se cogió la cabeza con las manos sentándose en el sillón, y así estuvo sin decir nada durante algunos minutos que para su padre fueron muy largos, durante los cuales no se atrevió a decir nada. Jaime dijo.

-Papá, vayámonos de aquí ¡Vayámonos pero ahora mismo!

Justo asombrado dijo.

-¿Pero qué dices?

-Eso, que nos vamos.

-Bueno dime al menos como está Dora.

A esta pregunta Jaime tardó en contestar, luego habló como para sí.

-¿Dora? Pobre Dora. Ha quedado en la clínica muy débil, medio muerta y sin su niña, algo que podíamos haber evitado. Nunca me perdonaré no haberme enfrentado a ese hombre y hacer lo que debí hacer hace tiempo. Ya nada puede hacerse, la niña está muerta y ella veremos qué pasa.

-Hijo pues si ves a Ramón cuando llegó, parecía un angelito, daba pena y ha hecho llorar a todos.

-Por eso no quiero verle, no podría. Ahora se acuerda de llorar, cuando nada tiene remedio.

Mientras los vecinos y Ramón enterraban a la niña, él y su padre salían de los Cerros llevándose sólo lo más preciso y sin despedirse de nadie. Sólo Petra supo que el maestro se marchaba y les vio alejarse con lágrimas en los ojos.

Antes de salir Jaime dijo a Petra:

-Si Dora vuelve, díglele que siento todo lo que ha pasado y ayúdela en todo lo que pueda, yo tal vez no vuelva a verla nunca más.

Cuando después de dar sepultura a la niña se fueron todos, la madre de Ramón hizo señas a éste para que se acercara y le sorprendió lo que después de pegar su boca en el oído le dijo.

-Llama al maestro.

Ramón sorprendido dijo.

-Al maestro para qué.

Y sin esperar cogió el bastón y le quiso dar con él a su hijo. Pero el maestro ya estaba lejos de los Cerros.

La casa de Justo, esta vez no estaba como cuando vinieron de vacaciones, pues Fabio, su amigo, no esperaba su llegada, y cuando abrieron la puerta a los dos les pasó lo mismo. Qué desastre, ni el hijo ni el padre dijeron nada, pero Justo llamó a una agencia de limpieza para que vinieran y arreglaran todo. El hombre tenía miedo a todo lo que estaba pasando y temía que a su hijo le volviera de nuevo la depresión.

Era todo tan extraño. Aquella prisa en marcharse a la ciudad, y aunque más de una vez había pensado en de marcharse de los Cerros, ahora en cambio sentía tener que hacerlo. Temía por su hijo y de tal forma que no se atrevía ni a preguntarle nada, se asombró cuando Jaime le dijo.

-Vamos a comer a un restaurante y después iré al hospital donde trabajé No quiero estar quieto ni un momento.

Justo respiró aliviado.

Dora fue el centro de atención de todo el personal de la clínica. El médico contó a todos su historia y fue atendida por todos con cariño. El médico cumplió todo lo que prometió a Jaime y fue mejorando poco a poco. Era tan joven. Aunque le costó resignarse a la pérdida de la niña, le consolaba cuando recordaba a su hijo Tom, ya que confiaba en la promesa que el maestro le había hecho, cuando ella le pidió que lo cuidara, y eso era una cosa que le ayudaba a mejorar.

Qué equivocada estaba. El maestro, muy a pesar suyo estaba muy lejos de los Cerros.

Ramón iba alguna vez que otra a verla, pero a penas decía nada. Una de esas veces, el viejo médico dijo a Ramón que llevase al niño, que eso podría hacerle bien a Dora. Ramón así lo hizo, al día siguiente lo llevó al niño para ver a su madre y Tom al ver a su madre echó a llorar, casi no la conocía. En realidad estaba bastante cambiada, pues todas las mujeres, después de dar a luz cambian y embellecen, pero Dora tenía más motivo, libre del sol y de los duros trabajos que habitualmente hacía en el molino sin ningún cuidado, cambió de una forma asombrosa y el médico fue el primero en decir.

-No me extraña que el niño no la conozca. En verdad está muy cambiada, y guapa por cierto.

Ramón no dijo nada pero hubo de reconocer que era cierto. Tal vez si el médico hubiese sido joven se habría alterado, pero era bastante viejo.

Después que Dora abrazara al niño, el doctor lo tomó en sus rodillas haciéndole toda clase de januñerías y Tom cambió del llanto a la risa, con una risa que contagió a todos hasta que Dora le preguntó.

- ¿Cómo va el colegio?

-Si está cerrado.

-¿Cómo que está cerrado?

El niño volvió a ponerse serio y contestó.

-Si el maestro se fue sin decir nada.

Dora preguntó a Ramón si era cierto y éste asintió con la cabeza, avergonzado ante el doctor. Éste observó sin decir nada, pero con disimulo procuró llevar aparte a Ramón para no hacer sufrir a Dora y Ramón le confirmó que era cierto que el maestro y su padre se fueron de los Cerros sin dejar rastro.

Aquella noche cuando el médico volvió a su casa, su esposa, como siempre hacía le preguntó:

-¿Algo nuevo en el hospital?

-Pues no sé qué decirte, que hoy el marido de esa chica que te conté ha llevado al niño que tiene y me dio mucha pena; fíjate que me dio pena hasta del padre. Ya te dije hasta llegué a pegarle, lo que no había hecho en toda mi vida con nadie, y en cambio hoy sentí pena, piensa que está su madre inválida y el crío sin escuela. El maestro ante el jaleo que se formó ha creído oportuno marcharse y esta mujer no está para dejarla sola. Seguro que recaería y volvería a ponerse peor, y a ese señor le prometí que la cuidaría cuando me lo pidió y voy a cumplir mi palabra. ¿Sabes qué estoy pensando? Que si no te importa podríamos traer al niño a casa, es encantador y sé que no sería molestia alguna.

La esposa del médico contestó.

-Sí, y quizá su madre mejore antes. Pienso mucho lo que debe haber sufrido al perder a su niñita. Yo voy contigo mañana mismo y si su padre no se opone lo traemos a casa.

Serían las diez de la mañana, cuando el coche del doctor paraba en la puerta del molino. Ramón salió pálido y preguntó.

-¿Ha pasado algo a Dora?

-No, Dora sigue bien. Dijo el médico tranquilizándole, y explicó a éste lo que él y su esposa habían pensado. Ramón quedó en silencio, pero en su gesto podía advertirse que sufría. Así era, sabía que su hijo andaba solo por los Cerros, y su madre, sin nadie que le atendiera y pensó que sería lo mejor para todos y le dijo.

-Confío en usted y sé que lo que hizo conmigo me lo merecía y más que merecido, y quiero que sepa que si pudiera, borraría todo esto de la vida de Dora.

-Eso está muy bien. Dijo el médico.

-Rectificar es de sabios, así que vamos a procurar entre todos que se ponga pronto buena.

La esposa del doctor que había permanecido callada, dio un grito de alegría al ver que Ramón accedía, pues era una mujer muy caritativa y quedó conmovida ante la situación de aquellos seres, y se fueron llevando con ellos a Tom. El niño se quedó dormido al poco de salir, sentado en el asiento trasero del coche junto a la esposa del médico; ésta sintió una gran ternura y sentía una gran paz al poder hacer algo por estas personas.

Ton fue durante un tiempo el rey de aquella casa. Lo malo fue cuando su madre ya mejorada tuvo que dejar el hospital y volver al molino. Todos en la clínica sintieron su marcha y en la casa del doctor el niño era el motivo que más de una vez él encontrara a su esposa llorando, y en el momento de despedirse fue casi un drama.

El médico no dijo nunca a Dora que Jaime no había pasado un solo día sin llamar para preguntar cómo estaba mientras estuvo ingresada.

-Está casada con Ramón y aun pueden arreglarse las cosas, es una pena, ese hombre piensa demasiado en Dora. He conocido muchos amores

imposibles, puede ser uno de ellos y dijo protestando: -Y por qué estas almas no se encontraron antes y son tantas las veces que eso ocurre, pero ya es tarde, el maestro también está casado con esa Esther, aunque no sabe nada de ella desde hace seis años.

Se dice que algún día esto se resolverá cuando en este país autoricen el divorcio, pero mientras tanto, personas como esta mujer han de arrastrar su cruz, aunque sea tan pesada como es la suya y no quiero que sufra si sabe que él la quiere tanto. Dejaremos esto en manos de Dios y si Él quiere algo pasará.

No sería eso, pero a Ramón la salud le estaba jugando una mala pasada; el dolor del pecho era casi continuo y tenía miedo, mucho miedo, se había prometido ser otro hombre y cuidar de Dora y de su hijo y justo ahora le faltaban las fuerzas.

Cuando Dora al fin volvía a los Cerros, no pudo evitar un escalofrío al recordar en la forma que salió de allí aquella noche, aun con la esperanza de tener a su nuevo hijo. Miraba a los lados del camino recordando, y al llegar al pueblo vio que los niños jugaban y corrían por las calles, no tenían clase, no estaba el maestro y la escuela estaba cerrada. Sintió un fuerte nudo en la garganta y creyó no poder contener el llanto.

Tom empezó a dar voces a todos los críos que al ver que llegaban con Ramón se iban acercando.

-Hola Pepe. Hola Javi, Juanito... y así iba saludando a todos que siguieron al coche hasta el molino, allí esperaba la buena de Petra que había quedado cuidando a Inés. Al ver a Dora se abrazaron y las dos lloraron durante un rato. Cuando después Dora fue a abrazar a su suegra, le sorprendió que ésta también llorara, nunca jamás la había visto llorar y alguna vez pensó que no tenía lágrimas ni corazón y ahora las derramaba abundantemente. Dora trató de consolarla.

-Cálmese. Ya estamos aquí.

Pera la anciana continuaba llorando.

Ramón se fue a cuidar el ganado y las vacas, y cuando ya se fueron todas las vecinas que habían ido a saludar a Dora, ésta preguntó a Petra que donde se fue el maestro y ésta dijo que no sabía nada.

-¿Y qué pasará con los niños? Dijo Dora. Se olvidarán de lo que aprendieron.

Petra trató de tranquilizarla y dijo.

-Tal vez don Jaime vuelva, él es bueno y no creo que los deje así.

Y Dora con lágrimas en los ojos dijo.

-Sí, el maestro es muy bueno, si no hubiese sido por él yo no estaría aquí, seguro, y Tom estaría además de sin su hermanita, sin su madre.

Estas últimas palabras pudo oírlas Ramón que en aquel momento llegaba y se oyó un quejido y se llevó la mano al pecho, pálido. Dora no sabía que había sufrido un infarto, pequeño pero un infarto y acudió preguntando.

-¿Qué tienes? Estás muy pálido.

El dijo. -No es nada pronto pasará.

Petra volvió a su casa pensativa. ¿Dónde estará el maestro? ¡Por qué se fue sin decir nada!

Los niños en los Cerros cada vez eran más salvajes y era raro el día que no tenían alguno reyerta y una tarde que por un jaleo tuvieron que intervenir las madres fue algo serio, y Ramón, en un arranque desesperado gritó tratando de calmar los ánimos. Gritó hasta conseguir que todos le escucharan y dijo:

-Mirad, de todo esto sólo hay un culpable y ese soy yo. Yo fui quien tuvo la culpa de que el maestro se fuera y si los niños estuvieran recogidos en la escuela nada de esto pasaría.

La gente que aunque durante unos momentos había callado, continuaba alertada y se arremolinó junto a Ramón mientras le decían:

-Ah, con que has sido tú el culpable, pues caro te va a costar si fuiste tú quien tuvo la culpa de que el maestro se fuera con tanto misterio. Qué le hiciste.

Y uno de los que fueron con Ramón al hospital y le ayudó a darle la paliza gritó.

-Sí, le dio una gran paliza mientras quiso culparle de la muerte de su hija.

Al oír esto, los vecinos se abalanzaron sobre él como fieras y de no ser por la llegada de Dora, seguramente le habrían hecho daño. Nadie le tocó por respeto a Dora, pero Ramón se llevó la mano al pecho cayendo desplomado a los pies de su esposa, al verle todos cambiaron de actitud y ayudaron a Dora a levantarlo. Ramón estuvo un rato en el suelo pensando que se le pasaría pero se quejaba del fuerte dolor que tenía en el pecho.

Apareció el pedáneo, que aunque era mal conductor, se ofreció a llevarle al hospital en el coche de Ramón: Este aprobó la idea y Dora se disponía a acompañarle, pero Ramón con voz muy débil y cogiéndole una mano le dijo que se quedara con su madre y con el niño, que no lo dejara solo, que le cuidara y que volverían pronto y Dora vio como el coche de Ramón conducido por el señor pedáneo salía ligero haciendo zigzag, cuando sólo le faltaban unos pocos minutos para llegar al hospital, Ramón no pudo soportar, el dolor era demasiado fuerte y dio un grito y cayó del asiento donde iba.

El pedáneo perdió el control del coche y salió fuera del camino por una pendiente.

Tuvieron la suerte de que un vecino los viera y avisara a la ambulancia que los trasladó hasta el hospital de la ciudad y en cuanto fue atendido en urgencias y estabilizado trasladaron a Ramón a intensivos llenándole de tubos haciendo todo lo preciso para probar a salvarle la vida.

Los médicos hablaron con el pedáneo, que milagrosamente había salido ileso, y le dijeron que a pesar del golpe recibido estaba bien, pero que

Ramón sobre eso no tenía nada, lo que tenía es que el infarto le había repetido, y muy fuerte, y que su estado era grave, muy grave. El viejo doctor que asistiera a Dora, al saber de quién se trataba habló con el pedáneo y confirmó que estando Dora allí ya sufrió Ramón el primer infarto.

Dora fue hasta el hospital dejando a su hijo y a Inés con la buena de Petra y fue el viejo médico el que dio la noticia a Dora que a Ramón sólo le quedaba unos días de vida. El médico y su esposa no la dejaron ni un momento sola, llevándola a su casa ya que a Ramón nada podían hacerle.

Tan sólo hacía unos meses que enterraron a la niña cuando en la misma fosa donde estaban el padre de Ramón y la niña, Ramón recibía sepultura.

Pobre Dora. Qué haría ahora con un niño tan pequeño y la abuela enferma.

Los primeros días todos los vecinos le ayudaron, pero al cabo de pocas semanas sólo Petra y algunas pocas más irían a ayudarle, aunque sólo fuera moralmente, pero después se quedó sola y vio que no podía con aquello, se estaba hundiendo material y moralmente y no sabía dónde acudir y una mañana muy temprano dejando a Inés y Ton dormidos, sin darse cuenta casi sus pasos se dirigieron hasta la casa donde vivía el maestro, si alguien la hubiese visto seguro que habría sentido pena de aquella mujer.

Por la mente de Dora pasaba la imagen de Jaime cuando estaba en el lecho tan mal, y sintió una gran congoja y pronunció su nombre en voz alta.

-¡Por qué te fuiste! ¡Por qué no me dejaste morir aquella noche!

Y lloraba con un llanto amargo que no podía contener. A lo lejos se veía el cementerio y pensó en Ramón sin rencor, y al pensar en su hijita sintió un vacío tan grande que hasta sintió deseos de estar con ellos, después pensó en Ton y en su abuela, que desde la muerte de Ramón no parecía la misma. Qué sería de ellos si ella les faltaba. Echando a correr regresó al molino, besó a su

hijo y también a la anciana y se sintió aliviada, parecía que había recuperado la esperanza de que Dios no se hubiera olvidado de ella.

Hizo a toda prisa los quehaceres y cuando se disponía a dar las clases al niño, cosa que hacía a diario pues no quería que Tom se volviera un analfabeto, le sorprendió el ruido del motor de un coche que paró ante el molino.

Tom salió para ver quién era volvió corriendo, a Dora le dio un vuelco el corazón.

¿Sería el maestro? Pero pronto comprobó que se trataba del viejo doctor que también se portara tan bien con ella y que le acompañaba su esposa. Antes de darse cuenta Tom estaba en los brazos de aquella cariñosa mujer que en tan poco tiempo que estuvo en su casa le tomara tanto cariño.

-Hemos venido a ver como estáis, teníamos ganas de saberlo y hoy no hemos podido vencer la tentación. Todos los días estabais en nuestros recuerdos. ¿Cómo estáis?

Dora trató de disimular su angustia, pero a aquel hombre no se le engañaba tan fácilmente y hubo un momento en que Dora no pudo más y rompió a llorar con un gran desconsuelo y fue cuando el médico habló largo y tendido.

-Mira hija, es justo lo que yo pensaba, que esto no podía ser, es demasiado para ti y por eso me he permitido hacer lo que he hecho, bueno, hemos hecho, ya que mi esposa fue la que tomó la iniciativa y lo tenemos todo previsto, hemos preparado una casita cerca de la nuestra en donde podéis vivir los tres, tú cuidarás de tu casa y de la mía y el niño irá al colegio y te asignaremos un sueldo para que no os falte de nada.

Dora escuchaba en silencio y luego dijo.

-Sí, pero a Inés no hay quien la saque del molino, aunque ha cambiado mucho desde la muerte de Ramón.

Y el médico dijo.

-Déjame hablar con ella a solas. Entrando en el cuarto de la anciana, allí estuvo durante un largo rato y ni Dora ni la esposa del doctor supieron lo que estos habían hablado, pero cuando el médico salió del cuarto, salía con una franca sonrisa en su boca y dijo a las dos mujeres.

-Veis, a mí nadie se me resiste, mañana mismo estaréis instaladas allí.

Dora no lo podía creer, entró en el cuarto y pudo comprobar que Inés estaba contenta, muy contenta a pesar de que en sus ojos se podía advertir las huellas del llanto.

Dejaron todo en manos del pedáneo, con la autorización de poder vender las vacas y el ganado; de sobra sabía Dora que podía confiar en él, era un hombre honrado a carta cabal.

Inés le dio al médico una caja cerrada que conservaba en el armario que había junto a su cama, ella nunca supo lo que había allí y respetó el secreto de la anciana y no preguntó nada a ninguno de los dos. Qué tristes quedaron los Cerros, la escuela cerrada y ahora también el molino.

Todos echaban de menos la dulce figura de Dora, ya que era comprensiva y buena y en más de una ocasión había sido el paño de lágrimas de mucha gente que se sentía aliviados con sus consejos, y a cuántas madres le había leído las cartas de sus hijos, ya en la mili, ya en Alemania, y ellos no sabían leer ni escribir, pero Dora estaba siempre dispuesta a todo, igual a leerlas que a escribirlas contestando ¡Cuanto le echaron de menos!

Ella, en cambio, aunque también echaba de menos los Cerros, era feliz.

Tom estaba encantado en el colegio y la esposa del médico no quería que se fuera de su casa, ya que decía que con sus risas y sus travesuras la casa parecía otra.

Dora estaba acostumbrada a no parar ni un momento y le sobraba tiempo de arreglar las dos casas y a su suegra, y dijo al médico que le gustaría

ayudar en el hospital en sus ratos libres, y así lo hizo. Iba cada vez que podía, poniendo un gran interés en todo, los enfermos pronto le tomaron un gran cariño. El médico la observaba y se sorprendía de su inteligencia, hasta que un día le dijo.

-Dora, tú puedes ser enfermera, tienes todas las cualidades necesarias para ser una buena enfermera.

Y le llamó poderosamente la atención cuando vio que Inés cuando ya estaba arreglada le hacía señas que tardó en comprender, pero que luego comprendió que quería que estudiara enfermería y que se fuera al hospital para practicar. Dora no salía de su asombro y alguna vez creyó estar soñando.

¿Era aquella mujer, la misma que tanto daño le hizo en el molino?

Alguna vez venía el pedáneo, lo hacía cuando había vendido algo y venía a traer el dinero a Dora. Ella preguntaba siempre por los niños y si tenían escuela, aunque sólo quería saber si Jaime había vuelto a los Cerros.

El pedáneo le explicaba que continuaban sin maestro.

-Estamos recogiendo firmas para que venga alguien, quién sea, pero que los críos vuelvan a ir al colegio, aunque como don Jaime no tendremos otro, era bueno y su padre una excelente persona. Ahí quedó su obra: la luz, que a don Justo se la debemos, yo lo que siento es no saber dónde se fueron y poder pedirles que volvieran para darles las gracias por lo que hicieron, pero parece que se los tragó la tierra.

Dora ante aquel comentario se emocionó y dijo.

-Yo también le daría las gracias si le volviera a ver.

Jaime fue acogido en el hospital con mucha alegría, tanto por los compañeros como por los médicos que le habían atendido durante su enfermedad.

Los primeros porque le querían, y los otros por miedo a que volviera aquella maldita depresión. Era aun muy joven.

Pronto comprobaron que era otro hombre muy distinto a aquel que, a pesar de tenerlo todo, sólo quería morir, pero ahora tenía una asombrosa fortaleza, siempre dispuesto a todo sin pensar en él para nada, sólo quería ser útil y ayudar en todo y a todos. Sólo una vez le vieron abatido y muy emocionado, y fue cuando vio que sacaban a un bebé en una cajita blanca. El director al ver su emoción dijo.

-Jaime, no te asustes, todos tenemos que morir.

-Ya lo sé, no me haga caso, acudió a mi mente un triste recuerdo.

Enseguida se enfrascó en su trabajo. Ya hacía tiempo que nada sabía de los Cerros ni de Dora, y como al médico del hospital le había perdido la pista, no se pudo enterar que la familia de Ramón vivía cerca del hospital.

Cada día sentía más necesidad de saber qué habría pasado en aquel apartado rincón.

Don Justo disponía de unos ahorros y le compró un coche a su hijo y él se quedaría con el que Jaime tenía que a pesar de estar muy cuidado, empezaba a estar pasado de moda.

Cuando éste subió en él para probarlo cogió la carretera que conducía a los Cerros, sintiendo grandes deseos de seguir por ella, pero después de unos kilómetros volvió, sabía que su padre lo esperaba y podía preocuparle, pero al domingo siguiente dijo a su padre siendo aun muy temprano.

-Papá voy a dar caña al coche, que es bueno para ponerlo a tiro. No te preocupes si tardo.

Sentía una necesidad imperiosa de volver a los Cerros, se había convertido en una obsesión y quiso aprovechar que como era domingo, la gente se levantaba muy tarde. Llegaría y haría todo lo posible para que nadie le viera.

Cogió el lujoso coche y se dirigió a toda velocidad en dirección a los Cerros, donde estuvo ejerciendo de maestro.

Cuando dejó la carretera y se adentró en los caminos de tierra sintió pena por su coche que estaba impecable y pronto no se veía del color que era, pero seguía apretando el acelerador, pronto pasó junto a la Venta, la que tanto frecuentaba Ramón y apretó las manos al volante con rabia, pero después pensó en lo que tanto se prometiera a sí mismo: nada de recuerdos, nada de rencores, sólo pasaré y me volveré enseguida, no quiero que nadie pueda verme; todo ya es el pasado y el pasado no puede volver.

Pasó frente a la casa donde él y su padre habían vivido y no pudo evitar un cierto desazón, pero no paró, sólo aminoró la marcha, no quería admitirlo pero sólo le empujaba el llegar hasta el molino.

Cuando él vivía en los Cerros, mucho antes que Ramón se levantara, Dora ya estaba arreglándolo todo, lo había podido ver en más de una ocasión.

Como deseaba encontrarse con ella. Miraba por donde ella antes solía estar, pero nada, llegó hasta el molino y sufrió un fuerte escalofrío en todo su cuerpo. Todo estaba abandonado y las malezas cubrían la entrada de la casa.

-¡Dios mío! dijo parando el coche ¿Qué es esto? Y miró con gran pena a la puerta de la casa y pudo ver un letrero que decía. Se vende.

Jaime miró aquellas letras durante unos minutos, eso no lo esperaba, era lo último que se le habría ocurrido pensar y sintió enormes deseos de ir de casa en casa y preguntar a todos los vecinos a voz en grito que donde estaba Dora, pero sabía que no debía hacerlo. Quién sabe si Ramón habría cambiado y hasta podían ser felices.

Mientras esto pensaba dio la vuelta al coche, volviendo por donde vino. Algunos viejos vieron el coche y fueron a decírselo al pedáneo. Creyendo sería algún comprador, pero cuando éste fue al molino Jaime ya se había marchado.

Jaime procuró parar en un lavadero y lavar el coche, no quería que ni por un momento pudiera saber su padre que había ido a los Cerros.

Cuando volvió. Justo dijo.

-Qué tal el coche.

-¡Ah muy bien! ¡Es una maravilla!

Su padre ni pensó dónde su hijo había llegado.

Jaime continuó en su trabajo, y a pesar de eso, por las noches estudiaba para mejorar, pero eso no le quitaba de su mente el recuerdo del molino abandonado y el letrero en el que decía se vende. No podía apartarlo de su memoria, y se arrepentía por no haber preguntado a alguien que dónde estaba Dora.

Estuvo así varias semanas, y al fin decidió que debía buscar el número del hospital y preguntar por el doctor que atendió a Dora; a así lo hizo.

Buscó el número y llamó, pero no al hospital sino a su casa.

-¿Es el hospital?

Fue Ton quién cogió el teléfono, casi siempre lo hacía y dijo.

-¿Es el doctor Andrés?

-No, está en el hospital, pero si quiere dejar algún recado yo se lo puedo decir cuando vuelva. Siempre hay quien deja alguna razón y yo se lo digo.

-¿Quién eres tú?

-Yo soy Tom.

Jaime se estremeció y sólo le preguntó.

-¡Ah, eres Ton! ¿Y tu papá como se llama?

Y a Ton que le encantaba dar explicaciones, empezó a decir:

-Yo no tengo papá, murió hace mucho tiempo y se llamaba...

Pero justo en ese momento llegó la esposa del médico y cogió el teléfono y Jaime muy nervioso sin darse cuenta ni de lo que hacía colgó, pero en su mente le repetía la voz de aquel niño. -Yo soy Tom- y eso llegó casi a martirizarle.

Después de unos días volvió a llamar, cogiendo el teléfono la señora. Jaime preguntó que si estaba Tom.

-No, está con su abuela. Dora está en el hospital.

-Dora ¿Qué le pasa a Dora?

-No nada. Es que usted no sabe que va a ayudar y creo que pronto va a ser una buena enfermera.

Y dijo intrigada. –Pero, quién es usted por qué tengo yo que darle explicaciones

Jaime se había quedado sin palabras. Era cierto, Tom era el hijo de dora. No podía con la emoción y pidió hablar con el médico. Este, al saber quién era quedó agradablemente sorprendido, tanto que en broma le preguntó:

-¿Cómo está el maestro? Aquel maestro de los Cerros que no sabía si era vivo o muerto.

-Yo estoy bien, sólo deseo saber que hace ahí el hijo de Dora.

-Mire y por qué no se da usted una vuelta por aquí y hablamos.

Justo mientras tanto notaba algo raro en su hijo, le veía muy nervioso y callado, pero no se atrevía a preguntarle nada, pero el pobre padre sufría, no podía desechar, aunque lo intentara, el recuerdo de aquella maldita depresión.

Tal vez fuera el destino el que le empujó aquel día a Justo a ir a la reunión a la que su amigo le invitara. Al principio se negó, pero luego, algo inexplicable le hizo cambiar de opinión y se fue con su amigo sin preguntar ni a dónde iban.

El amigo de Justo le hablo mientras cruzaban la ciudad en el coche.

-Verás cómo te gusta la tertulia. Se habla de todo y de nada, pero al menos salimos de esa monotonía que a veces aburre.

-Bah, yo me aburro donde vaya y sólo pienso que si al menos mi hijo se casase y me diera algún nieto, pero él no piensa en eso.

Iba a continuar cuando el amigo paró el coche y dijo.

-Hemos llegado.

Entraron en un elegante salón. Justo se sintió incómodo, hacía mucho tiempo que no iba a ningún sitio así, sólo iba al viejo casino donde sólo iban hombres y al ver a tantas señoras se arrepintió de haber hecho caso a su amigo. Este le presentaba a todos, no sabía qué hacer para que se sintiera a gusto, sabía que le hacía falta salir de aquella rutina, siempre había sido alegre y dicharachero y ahora en cambio siempre tenía el ceño fruncido, con la arruga que produce la preocupación y de pronto, quedose mirando donde un grupo de señoras hablaban animadamente y dijo.

-No es posible.

Pero sí, era Aurora que al verle se levantó y dijo lo mismo.

-¡No es posible! Y acercándose dijo:

-¡Justo!

Y él a su vez dijo.

-¡Aurora!

Se dieron la mano solamente, pero los dos sintieron el mismo estremecimiento que hacía muchos años habían sentido. Se sentaron juntos en una mesa, con una copa que ninguno bebió, y hablaron y hablaron, hasta no darse cuenta que el local estaba vacío. El amigo no quiso interrumpirles, pues sabía lo necesitado que estaba de desahogarse y quién mejor que Aurora, que al ver que esperaba a Justo pidió disculpas a él y a las camareras y se despidieron pero al amigo le parecía otro hombre.

-¿Cómo puede una persona cambiar tanto en tan poco tiempo?

Sólo lo comprendió cuando escuchó a Justo durante un largo rato, ya que éste no le ocultó la alegría que había sentido al encontrar a aquella mujer, a la que tanto había querido, después de tantos años y le dijo:

-Si mi hijo estuviera bien yo me habría casado con ella.

Y dijo.

-Y si le viera bien al menos; pero eso creo que no lo voy a conseguir nunca, desde hace unas semanas está muy raro, no sé qué es lo que le pasa.

El pobre padre no sabía que Jaime había llamado y hablado con don Andrés, pero sin decir nada a don Justo, que sufría y no sabía qué hacer. Qué fácil habría sido todo si hubiesen hablado.

A Jaime, esa noche le extrañó bastante que no estuviera en casa esperándole, como siempre, y mucho más cuando llamó al casino y le dijeron que no había estado allí esa tarde. La verdad es que se puso muy nervioso, y por eso se alegró cuando desde el balcón vio que un coche paraba en el portal y Justo se bajaba sonriente mientras se despedía de su amigo y al entrar le dio las gracias a Dios.

-Pensé que te había pasado algo. Ya que no acostumbras a volver a estas horas.

-Deja que te explique.

-No papá, no tienes por qué darme explicaciones.

-Sí, déjame explicarte ya que estoy tan contento que necesito decirlo. Sabes a quién encontré esta noche. Me encontré con Aurora y estoy tan contento. Tú no sabes lo que se siente cuando después de tanto tiempo encuentras a la mujer que se quiso tanto.

Jaime se alegró pero nada dijo, sólo pensaba en lo hermoso que sería poder encontrarse con Dora y eso le hacía no poner atención a lo que su padre le decía y éste le dijo.

-¿No puedes escucharme un minuto? ¿Qué es lo que te pasa?

Jaime bajó la cabeza y permaneció unos segundos en silencio y luego dijo.

-Papá, voy a confesarte algo que jamás pensé que te diría, es algo relacionado con el tiempo que estuvimos en los Cerros.

Siempre he tenido en mi memoria a Dora, no he podido evitarlo aunque lo intenté, y el otro día cuando te dije que iba a probar el coche te mentí, fui a los Cerros y pude ver que el molino estaba cerrado y con un pequeño cartelito que decía, se vende. No puedo explicar lo que sentí, pero no quise preguntar a nadie por ellos, sólo te diré que el mundo se me vino encima y desde entonces no podía pensar en otra cosa. Llamé al hospital donde Dora perdió a su hija y logré hablar con el médico que la atendió a ella, y que tan bien se portó conmigo, y ella está allí, ella y el niño. No entiendo por qué pero no puedo apartarlos de mi mente.

Don Justo escuchó a su hijo atentamente y no se anduvo por las ramas y dijo.

-Aunque no me lo dijiste nunca, yo sabía que querías a Dora y lo que siento es que no me dijeras nada, y yo, por miedo a disgustarte, tampoco me atreví hablar contigo; pero ya que al fin te has atrevido, permíteme un consejo: Ve, ve, pero ahora mismo y sal de esa duda que te está matando, y si ella es feliz te quedará el consuelo de saberlo y aunque tengas que sufrir, siempre tendrás el consuelo que ahora no puedes tener por las dudas, y si es lo contrario y necesita consuelo, dáselo y no te importe decirle que la quisiste siempre, que por eso no vas a pecar. Tal vez le haga bien saberlo. Ve, búscala, no dejes que el tiempo te llene de perjuicios.

Jaime, ante las palabras de su padre, se abrazó a él y le pareció que le habían quitado una gran losa de encima ¡Cómo necesitaba ese empujón! Se sentía culpable de amar de esa manera a una mujer casada y ahora después de escuchar a su padre vio que éste tenía razón, que nada malo haría si le decía que la había querido siempre. Le parecía que el reloj se había parado y al amanecer salía para el pueblo donde sabía que estaba Dora.

Dora siempre iba de prisa, pues en el hospital cada vez tenía que atender a más gente, todos relacionaban su presencia, sobre todo las madres recién paridas porque Dora por los niños recién nacidos sentía algo especial, ya

que todos le recordaban, de alguna forma, a la hijita que perdió y no quería que ninguno llorara, y si alguno lo hacía, acudía enseguida corriendo y les acunaba. Les hacía todo lo que podía y eso le robaba tiempo para sus cosas y aquel día habían nacido dos gemelas y llegó a su casa demasiado tarde, le pidió disculpas a Inés y le contó lo de las gemelas, y tan de prisa iba que no preguntó por Tom pues sabía que en casa del médico estaba muy bien, pero de pronto, Pepito, el amigo íntimo de Ton llegó corriendo dando unos gritos espantosos.

-Dora, un forastero con un coche muy grande se ha llevado a Tom.

-¡Qué dices!

-Sí. Un señor llegó y llamó a Tom y éste fue con él corriendo.

En efecto. Tom jugaba con los críos en un jardincito cerca de la casa del médico, y al ver parar aquel coche tan grande, que en el pueblo no había otro igual, todos se acercaron curiosos con la curiosidad propia de los niños. El señor que lo conducía preguntó al que vio más grande.

-¿Sabéis dónde vive el doctor Andrés?

Y el chico contestó, que vivía muy cerca. Tom que estaba al otro lado y no veía quién era, se acercó curioso y al reconocer a Jaime dio un grito diciendo:

-¡Pero si es el maestro!

Jaime se fijó en él y pronto reconoció a Tom, aunque hubo de reconocer que había crecido bastante, pero no había duda, era él, el hijo de Dora. Bajó del coche y abrazó al niño con fuerza y el niño se abrazó a su cuello diciendo.

-Se va a quedar aquí de maestro. Al que tengo le quiero mucho, pero a usted le quiero más.

Jaime estaba emocionado y dijo.

-Ya veremos. Ahora dime dónde vive el doctor.

Subieron los dos al coche, que arrancó enseguida, y los otros niños, que sintieron algo de envidia, fueron corriendo en busca de Dora y fue

casualidad que unas semanas antes los periódicos publicaran la desaparición de algunos niños y a todos les habían prohibido hablar con nadie que no conocieran. Por eso Dora al decirle los niños que Tom se había ido en un coche salió gritando.

-Mi hijo, me han quitado a mi hijo, ayúdenme, por favor, se han llevado a Tom.

Y corría en dirección donde los niños decían que se había ido en el coche. El corazón le palpitaba tan deprisa que le impedía correr como quería, hasta conseguir llegar donde el coche de Jaime estaba en la puerta del doctor.

-Ese, ese es el coche que se llevó a Tom. Dijeron los niños.

Al llegar jadeante quedó paralizada, el miedo le había oprimido el corazón y ahora al reconocer a Jaime, la emoción no pudo más que sus fuerzas y cayó desfallecida. Jaime la cogió en sus brazos y Tom, al ver a su madre así, gritó mientras decía:

-¡Mamá, no te mueras, no te vayas como papá, no me dejes solo mamá!

Jaime aunque pendiente de Dora pudo escuchar lo que el niño decía. Ramón había muerto y a aquel hombre, que se llenaba de tristeza cuando algún enfermo moría, al saber que Ramón había muerto sintió algo en su pecho que no podía explicar. Dora, a la que él quería muchas veces sacar del pensamiento, creyéndola casada, ahora era libre y estaba desvanecida en sus brazos.

El médico indicó a Jaime el sofá para que acostara a la joven y así lo hizo con todo cuidado, mientras le tomaba el pulso; mientras el médico preparaba una inyección que puso a Dora en un brazo, ésta, poco después abrió los ojos y se dio cuenta de lo que había pasado, quiso disculparse y dijo:

-No sabía quién se había llevado al niño.

Jaime con una mano de Dora entre las suyas no podía articular palabra. El médico parecía estar muy contento a pesar de todo, en cambio Jaime estaba muy nervioso y el viejo le tranquilizó diciendo.

-No se preocupe, ya habrá tiempo de hablar, hay muchas cosas que decir. Esto lo decía mirando a Jaime, luego a Dora, mientras sonreía lleno de gozo al verlos allí juntos.

La esposa del médico que escuchó los gritos de Dora y el llanto del niño salió asustada y preguntó que qué pasaba, por qué esos gritos y el médico se puso el dedo en la boca ordenando que se callara, pero a la vez le hizo un guiño, con lo cual comprendió enseguida lo que pasaba, ya que estaba enterada por su esposo de toda aquella historia, y le había dicho muchas veces que esperaba que esas dos almas se encontrarían, y la señora pasó del susto a una dulce sonrisa.

Dora se recuperó pronto y miró a Jaime con el respeto que le inspiraba el maestro, pero sin atreverse a preguntar nada, eran demasiadas las preguntas que le hubiera hecho, pero no podía decir nada, ni tan siquiera hablar, pues tenía un nudo en la garganta y el corazón la latía muy deprisa. No, no podía decir nada.

Tom aun lloroso se refugió en los brazos de su madre diciendo:

-Me asusté mucho, creí que te morías como papá y me dejabas solo, con la abuela.

Ella le abrazó fuerte diciendo.

-No temas ya pasó todo. Mas después dijo:

-Ah la abuela, pobrecita, también ella se asustó pensando se habían llevado a Ton, hay que decirle lo que pasó, pobrecita.

Y quiso salir andando hacia su casa pero don Andrés le dijo:

-No, sube a mi coche y yo te llevaré, él nos sigue.

Jaime no sabía qué pensar al oír repetir a Dora. Pobrecita, pobrecita. Y recordó lo mal que con ella se portaba cuando estaba en los Cerros. Sabía

que tenía mucha culpa de lo que Ramón hacía y sintió dentro de sí algo que no podía explicar, si era rabia, si era miedo tal vez odio; lo que si estaba seguro era de que sentía una enorme ternura por Dora al ver que no le tenía rencor a aquella mujer que tanto le hiciera sufrir, él no sabía lo que Inés había cambiado y llorado en esos pocos años.

Todo eso pensaba mientras seguía el coche del médico hasta la casa de Dora. Al llegar pudo ver una casita de planta baja donde lo primero que se veía era un pequeño jardincito muy cuidado y con toda clase de plantas y macetas. A Jaime el olor de los jazmines le hizo recordar a los Cerros en donde era rara la casa que no tuviera alguno y sintió como un escalofrío. Le extrañaba lo alegre que estaba el médico, veía algo en él que no podía comprender. Tom fue el que primero entró donde Inés estaba diciendo atropelladamente.

-Abuela ha venido el maestro. ¿Te acuerdas del maestro abuela?

La abuela sonreía con dulzura. A Jaime le habría costado reconocerla, no se parecía en nada a aquella a la que él más de una vez la había llamado bruja. Esto pensó mientras acompañado por don Andrés llegaba a su lado, donde estaba sentada en una silla de ruedas. Inés sabía lo que aquel hombre podía estar pensando, sabía que su comportamiento había sido malo, pero a pesar de todo acercó su silla hasta donde estaba Jaime. Este le tendió la mano para saludarla, pero ella tiró de él hasta darle un beso en la frente a Jaime; éste no salía de su asombro, no creía posible lo que estaba viendo.

El viejo doctor continuaba sonriendo y dijo.

-Voy a mi casa, disculpen, vuelvo enseguida.

Y Jaime quedó frente a Dora sin atreverse a decirle nada, sólo se miraban, sus ojos no podían apartarse de los de la joven y sus corazones latían acompasadamente, sentían deseos locos de arrojarse uno en los brazos del otro, pero sentían un respeto por la anciana que se lo impedía.

Don Andrés volvió acompañado de su mujer y con una caja bajo el brazo, Tom al verla dijo:

-Anda, si esa es la caja que nadie podía ver.

La anciana le entregó al médico unos papeles. Ton continuaba diciendo:

-Yo creí que esa caja se había perdido y preguntó. ¿Cómo la tiene usted?

La esposa del médico dijo al niño que se callara, mientras Dora no salía de su asombro recordando las manías que Inés tenía estando en los Cerros y más de una vez pensó en esa caja pero pensó que tal vez Ramón la habría quemado cuando vivía.

El médico empezó diciendo:

-Soy responsable de esta sorpresa, cuando Inés me entregó esta caja, le juré que nadie sabría nada de ella, sólo lo diría si llegaba este momento que ha llegado al fin, por lo cual doy gracias a Dios y no quiero perder más tiempo, abrió la caja pero Inés le indicó que leyera lo que ella le había entregado en aquel momento y el médico empezó a leer en voz baja, era lo único que desconocía, las demás cartas las había leído tantas veces que se las sabía casi de memoria y ante la indicación de Inés empezó a leer en voz alta lo que Inés había escrito cuando le dijeron que un forastero se había llevado al niño. Con voz emocionada dio comienzo a la lectura, decía así:

“Al fin ha llegado el momento que tanto esperé, lo deseaba tanto que cuando me dijeron que se habían llevado al niño sabía que sería el maestro y pensé que al fin mis súplicas habían sido escuchadas y quiero pedir perdón por mi comportamiento estando en el molino”.

Y continuó con las cartas que guardó, que eran estremecedoras, en ellas decía como inquinaba a Ramón para que se fijara en Dora; por ejemplo cuando se perdió y ella dijo a Ramón que Dora había besado al maestro y cuando su hijo se fue estando Dora ya mala, cuando el maestro salió en su ayuda, que de no haber sido por él habría muerto seguro.

Ella en aquellas cartas repetía que lo hacía por mejor, pero qué mal más grande cometía, pues quería que mi hijo sintiera celos y comprendiera que su mujer era digna de un rey, pero todo me salía peor y nadie podía saber el calvario que yo estaba sufriendo. Después comentaba como cuidó a Ramón el tiempo que estuvo enfermo, a pesar de lo mal que se portó con ella. El supo el por qué yo hacía aquello cuando estaba cerca de la muerte y sólo me dijo que le ayudara, ya que él no podría y que era una santa que merecía ser dichosa.

El médico continuaba emocionado la lectura y Dora lloraba en silencio. Jaime tenía los ojos bajos y a su recuerdo volvían con toda claridad todos aquellos amargos momentos: veía a Dora casi muerta en el hospital, pero a pesar de todo entendía lo que Inés decía en las cartas. Don Andrés iba a continuar, pero Inés le hizo un ademán que no lo hiciera y como un milagro, de su garganta salió un débil hilo de voz, como le sucedía alguna vez estando Ramón. Pidió a Jaime que se acercara y bajo, muy bajo dijo en su oído mientras le cogía una mano.

-Perdóneme hijo, perdóneme, por dios te lo pido. Perdona también a Ramón y cuide de dora y dígale mucho lo que la ha querido.

Sólo Jaime pudo escuchar aquellas palabras, también le dijo. -Ella te quiso siempre-. Hizo un ademán para que Dora se acercara. Ésta se acercó temblorosa y Jaime la estrechó fuerte entre sus brazos y se dieron la ternura que tenían los dos acumulada tanto tiempo.

VALENZUELA CÁNOVAS,

M^a JOSE

LOS PILLUELOS

En la primera década de los cuarenta, recién terminada la tremenda contienda que hizo matarse a españoles entre sí, la gran ciudad presentaba un estado deprimente, fachadas derruidas y enormes socavones producidos por efecto de las bombas. La esperanza y la sonrisa eran una constante búsqueda. Desolación y miseria era la patética impronta de la situación heredada de aquella monstruosa guerra.

Como consecuencia del racionamiento, se había creado un mercado negro, llamado estraperlo, que era la fusión de dos nombres suizos: Strauss y Pearl, dos sinvergüenzas que se enriquecieron corrompiendo políticos. La gente salía a las calles a buscar los artículos básicos de su alimentación, pagando por ellos cuanto le pedían, pero los que no disponían de dinero, que eran la gran mayoría, o pasaban hambre o se inventaban las más ingeniosas artimañas a fin de poder llevarse algo a la boca.

En los alrededores, surgieron poblados hechos de hojalata, cajones y cartón, en los que se refugiaron aquellas gentes que venían huyendo del hambre en el medio rural, buscando al amparo de la urbe los sustentos que el campo con sus miserables sueldos les negaba. Los varones inmigrados salían diariamente en busca de cualquier trabajo, por humilde y mal pagado que fuera, para poder costear el exiguo racionamiento. Sus mujeres, mientras tanto, se echaban a las calles en busca de trapos viejos, papel, cartón o metal, que vendían a los chatarreros a cambio, en muchas ocasiones, de leche y huevos, o algunas miserables pesetas. La prole, siempre numerosa en estas familias, jugaba por aquellos campos y buscaba, al descuido, algo que afanar en los banales circundantes. Los agricultores de la zona debían estar con siete ojos y una buena estaca a fin de evitar las continuas rapiñas de los hambrientos buscadores.

Roque y Santi eran dos niños pertenecientes a esta singular fauna urbana. Ambos eran de procedencia andaluza, el primero de un pueblo de la serranía jienense, y el segundo granadino. Eran vecinos de barraca y congeniaron desde el momento en que se vieron.

A la vista de los malos resultados de las descubiertas agrícolas, decidieron que era mejor marchar a las calles de la ciudad y buscarse allí el sustento. De acuerdo con lo pactado, una mañana fueron caminando hasta el centro de la metrópoli. Dos adolescentes vestidos con ropas harapientas, alpargatas, sucias las manos y churretes de mugre en la cara, se sintieron personas importantes a la conquista del sustento.

Santi y Roque escarbaban en sus mentes mientras miraban cuanto les rodeaba, a fin de buscar alguna ventana abierta en los pisos bajos, en las cuales meter la mano y rapiñar algún alimento, porque el hambre agudiza el ingenio. Con el tiempo adquirieron una especial habilidad para detectar qué ventana correspondía a la cocina, pues éste era el objeto de sus carencias. Su fino olfato los acercaba a las casas donde se freía algo y, buscando un descuido de la cocinera, arramblaban con un par de sardinas o boquerones pinchados con un palo en la misma sartén. Corrían después a ocultarse y deglutían, crudo o como estuviera, tan apetitoso manjar.

Con la vista del águila descubrían las fresqueras puestas en los alféizares, que, al primer descuido vaciaban y huían. Trozos de queso, de bacalao o de embutido era el logro de sus acciones.

Al atardecer regresaban a sus respectivas chabolas, bien comidos y con algunos trozos que entregar a sus madres. Éstas, naturalmente, les preguntaban que de dónde procedían aquellos alimentos, a lo que ellos, puestos previamente de acuerdo, decían que la ciudad era generosa con los necesitados y que aquel era el logro de su mendicidad.

Repitieron la operación durante los siguientes días, mientras cavilaron la forma de obtener algo que se pudiera convertirse en dinero para poder comprar

ropas de la que estaban bastante necesitados. Encontraron la solución en el plomo de las conducciones de agua, ya que era un metal bien pagado y, según ellos pensaron, fácil de encontrar.

Buscaron arteramente la forma de introducirse en los sótanos de los edificios. Descubiertas las tuberías que abastecían las viviendas, presionaban con dos piedras la parte más baja de las mismas hasta unir las, después cortaban con sus manos, a fuerza de ir doblando las tuberías, trozos de las mismas. Luego, vendiéndolas las transformaban en dinero que puntualmente entregaban a sus madres diciendo que eran de las consabidas limosnas.

Cierta mañana, en una especie de avenida de grandes chalets aislados, separados unos de otros por espacios en blanco, llenos de matorral y escombros, observaron un enorme palacete de dos plantas con la puerta de acceso al semisótano abierta. Éste servía de cochera, y no presentaba señales de vida en el edificio. Después de reconocer el terreno y comprobar que, de haber alguien, debía estar muy arriba y ocupados, ya que las ventanas estaban cerradas.

Entraron al garaje y comprobaron que estaba limpio, señal de estar habitado, y vieron gran cantidad de metros de tubería de plomo, que conducía el agua a las plantas superiores. Con las herramientas que encontraron en aquel garaje pudieron afanar más de cien kilos, que fueron sacando en brazadas y escondiendo entre los matorrales de un solar cercano.

Comprobado que nadie les había visto, se marcharon dejando allí su botín, que más adelante recogerían con un adecuado vehículo. Volvieron al día siguiente y comprobaron el gran revuelo originado en torno a la casona. Una camioneta descargando grandes rollos de tubería y un ir y venir de individuos provistos del azul mono del trabajo.

—¿Quién habrá sido el sinvergüenza que ha robado todas las tuberías que suben el agua a las dos plantas, que han dejado a esta familia un día entero sin poder lavarse? —Oyeron comentar a uno de los presuntos fontaneros.

Se miraron sonrientes, con el regusto de haber hecho un acto heroico y marcharon por la desigual acera en dirección al centro, como si nada de aquello fuera con ellos.

Buscaron sin cesar hasta encontrar un descampado donde hallaron un cochecito de bebé destartado que solo conservaba intactas las ruedas. Roque y Santi, con la maña y habilidad que les caracterizaba, lo arreglaron, con una tabla montaron la base y, provistos de sacos, envasaron las tuberías y las llevaron al chatarrero en tres viajes. Luego, con la vista de un viejo pirata al que no se le escapa nada, se cercioraron de no ser vistos por nadie.

Fueron descubriendo la ciudad, porque cada día cambiaban el escenario de sus fechorías a fin de no ser descubiertos. Pronto conocieron los mejores escondites para ir almacenando el producto de sus hurtos, y recogerlo al final del día cuando marcharan a sus chabolas. A tal efecto se habían preparado unas pequeñas bolsas de tela que guardaban en sus bolsillos.

Observaron con mucha atención a los pilluelos ciudadanos que eran más conocedores del terreno que pisaban y de otro tipo de productos con los que comerciar, que los dos andaluces desconocían. Les siguieron a ratos haciendo interesantes descubrimientos: El cable de cobre, las aldabas y los tiradores de puertas, ya que pagaban por ellos succulentas cantidades.

Observaron los escondites que utilizaban y las técnicas de desatornillar los tiradores de latón de las puertas, por lo que se compraron una llave inglesa a la que sacaron pingüe beneficio, pues les pagaron buenos duros por tales elementos de latón.

Durante semanas observaron el desparpajo y naturalidad con que actuaban los pilluelos de la ciudad, y estudiaron muy bien en qué se diferenciaban de ellos. Sacando fruto de su observación, cambiaron su vestuario en una tienda de saldos y de la ropa remendada pasaron a otra humilde y limpia que les hacía sentirse como los demás. Fueron a un zapatero remendón y compraron dos pares de zapatos de segunda mano.

Cuando llegaron a sus chabolas con nueva vestimenta, se vieron en la obligación de decir a sus progenitores que, de acuerdo con su insistencia y, puesto que tenían quince años, habían encontrado un trabajo en el mundo del estraperlo y para no desentonar su jefe les proporcionó aquellas ropas. Prometieron a sus respectivos padres que en poco tiempo podrían salir de aquél gueto y alquilar un piso en alguno de los barrios humildes de la ciudad.

Siguieron rentabilizando sus correrías y observando a sus colegas ciudadanos hasta que, cierto día, les vieron esconderse tras una tapia. Los siguieron, sin ser vistos, hasta un descampado y vieron como junto a un matorral escarbaron con sus manos, guardaron una cartera, pusieron una piedra plana sobre la tierra que tapaba el agujero y se marcharon. Pasado un rato sin que nadie se acercara por allí, fueron a aquél lugar, escarbaron y sacaron de la cartera seis billetes de mil pesetas. Guardaron el billetero en el agujero, Santi defecó sobre el mismo y lo cubrieron con la tierra extraída, pusieron sobre ella la piedra y se marcharon con aire distraído.

De camino a su barrio marginal, se carcajeaban pensando en el chasco que se llevarían los avispados pilluelos de ciudad cuando escarbaran con sus manos en busca de la cartera, se mancharan con la deyección y vieran vacío su objeto de deseo. Decía jovialmente Roque: No podrá echarse las manos a la cabeza cuando toque la cartera, para no ensuciársela de mierda.

Buscaron dos pisos en un mismo edificio de un humilde barrio, dieron una señal hasta que sus padres formalizaran los contratos de arrendamiento. Compraron a un ropavejero los muebles necesarios para acomodarse en sus nuevas viviendas, que pagaron con el dinero de su última trastada. Llevaron a sus respectivas familias a vivir a los nuevos domicilios, y dieron mil quinientas pesetas a sus madres a fin de que compraran para toda la familia ropa acorde con su nueva posición.

Poseedores de una gran inteligencia natural, se habían hecho perfectamente con la situación del tipo de vida que llevaban en la gran ciudad,

con otras formas más rentables de buscarse la vida, pero que pasaban por un cambio cultural. Ahora necesitaban aprender a leer y escribir y a tal efecto se matricularon en una academia de clases vespertinas, dedicaron la mañana a sus rapiñas, y las tardes a aprender.

Fueron analizando, con su habitual perspicacia, las actuaciones de otro tipo de ladrones: los de guante blanco. Observaron los timos que hacía el Chano. Era éste un guaperas bien vestido, con una gran frialdad, que timaba a la gente con el mayor arte posible. Se levantaba a las diez de la mañana y presumía de hacer su labor entre las once y la una, para después tomar el aperitivo tranquilamente.

Pensaron que la actitud del chuleta no era la adecuada, por lo que no pusieron en práctica sus métodos, supieron enseguida que, con aquella presunción, pronto se enteraría la policía y sería carne de cárcel. Ellos pretendían hacerlo de mejor manera, con más elegancia y procurando no meterse voluntariamente en la trena.

Continuaron todo el año actuando como hasta entonces, pero aprendiendo en la academia más que ninguno de sus condiscípulos, pues eran conscientes de necesitar más que los demás un cambio cultural. Sabían que de su manera de hablar, su desenvoltura y su educación dependía la nueva profesión que estaban dispuestos a emprender: la estafa.

Tomaron como modelo a un atildado caballero que instalaba un almacén en una calle durante tres meses, lo cerraba y volvía a abrirlo, con diferente nombre, en otro extremo de la ciudad. Una vez establecido, compraba mercancías a crédito, llegado el plazo de los vencimientos de las letras, no las hacía efectivas y desaparecía. Después tenía una tienda en el centro de la gran urbe, regentada por su mujer, donde vendía esas mercancías. El beneficio era, lógicamente todo, pues no había pagado los artículos que vendía.

Fueron aprendiendo las técnicas del comercio, para lo cual se emplearon ocasionalmente en algún establecimiento, de los cuales cogieron, además de la

práctica comercial, la relación del comercio con la banca y la importancia que ésta tenía para ellos.

Cuando cumplieron los veinte años se consideraron lo suficientemente preparados para su nueva vida. Se compraron ropas elegante, alquilaron una oficina y pusieron a la puerta de la misma un rotulo como empresa constructora.

Eligieron un solar un poco apartado, cuyos propietarios residían fuera y, con la ayuda de unos planos de cimentación sustraídos de una constructora y un oficial de albañil, trazaron la figura de un edificio de diez plantas. Despedido y pagado el albañil, se prepararon para realizar su hazaña.

Concertaron con un almacenista de otra ciudad la venta de una importante cantidad de hierro para cimientos, a un precio inferior al del mercado pero con la condición de ser pagado en efectivo.

Hicieron el pedido de aquella gran cantidad férrica en el más grande de los almacenes de su ciudad, regateando en el precio como si lo fueran a pagar, y una vez acordado, se lo hicieron llevar al solar en cuestión, diciendo que presentaran la factura al día siguiente en su céntrica oficina.

Una vez descargado, con otros camiones, trasladaron la ferralla al domicilio del almacenista de la otra ciudad. Allí, cobraron su factura religiosamente y después tomaron el tren con destino a una lejana ciudad costera.

Al día siguiente, ni estaba el hierro en la obra ni nadie en la oficina y, hechas las comprobaciones por la policía, el solar tampoco era de ellos. Como todo había sido hecho con falsos nombres y documentaciones, no se pudo localizar a los autores de tan descomunal estafa.

Roque y Santi mientras tanto, en una playa de arenas blancas y altos cocoteros, tomaban un vermouth con dos imponentes mulatas.

ESPÉrame

Al llegar y ver la tumba rodeada de flores secas, me he dado cuenta que no te he traído ningún ramo fresco que acompañe tu eterna soledad. Ya conoces mis despistes, siguen siendo los mismos, porque nadie cambia del todo, y yo menos. Y vengo a pesar de que, como bien sabes, no me gustan los camposantos, pues sólo se parecen al campo en las dispersas plantas y escasos cipreses que lo pueblan, y en cuanto a la santidad, pienso que no se la aportan los crucifijos, pues es algo absolutamente personal. Pero lo cierto es que no me gusta, que me entristece este panorama de ausencias, este paisaje de nombres cuyos propietarios no existen, que son sólo polvo, como bien nos lo recuerda la Iglesia el día de Miércoles de Ceniza.

No me preguntes qué hago aquí, después de tanto tiempo pues ni yo misma lo sé. Supongo que habrá sido eso que la gente llama conciencia, la que lleva tanto tiempo repitiéndome lo mal que me he portado contigo. Nunca me perdonaré no haber ido a tu entierro, si bien es verdad que me era imposible, pero aborrezco la debilidad que tuve en aquel importante momento. Como sabes de mi escasa fe, no sé bien si me escuchas o no, aunque quiero, necesito saber que sí, para hablar contigo como lo estoy haciendo.

Qué día tan terrible. Justo cuando sacaban el féretro de casa, todo el cuerpo me tembló, las piernas no me respondían, estaba convulsa. Me tumbaron en el patio, en una hamaca y yo no cesaba de llorar mi desconsuelo por tu pérdida. Creo que concité sobre mí en aquel doloroso momento la indebida atención por mi desfallecimiento. Se montó el inoportuno zafarrancho entre mi hermana y dos vecinas, que me frotaron las muñecas con alcohol, me dieron a beber tila y me hablaron con frases tranquilizadoras.

En el día de tu último adiós no te lo dije, no me despedí de ti. Las cosas surgen y supongo que tienen un por qué, aunque yo en este caso nunca lo he sabido ni he encontrado la respuesta, pero lo cierto es que no te dije adiós y me duele al recordarlo. Aquella imagen nunca he podido desterrarla de mi alma, porque es dolor no se va, se queda impregnado y te sigue durante toda la vida.

Sabes, al año de tu muerte un amigo me hizo una regresión, no podía vivir sin haberme despedido de ti, me enteré de esta otra forma de vivir algo, aunque fuera un último adiós en imágenes, la cuestión es que yo he quedado satisfecha desde entonces, ya me saqué ese clavo que me corroía. Me dio siete sesiones, mi número favorito. En la primera consulta, el profesional me hizo una serie de preguntas las y apuntaba sus notas en un cuaderno. Una vez que conseguía bajar mi tensión mental tan sólo veía luz, una luz tan cegadora que giré la cabeza hacia un lado para evitar sus potentes destellos. Hasta que en una de ellas por fin asistí a tu sepelio y al responso. Una lágrima resbaló por mi mejilla y en ese preciso instante sentí frío mucho frío, el terapeuta me echó una manta y mi propio abrigo. Una experiencia para no olvidar, pero al fin conseguí ver tu entierro Sí, mentalmente pero muy real. En mi memoria queda mi último adiós, un tiempo después, pero a mí me vale y conociéndote sé con certeza que a ti también.

Me siento algo estúpida manteniendo esta conversación, ya me entiendes, hablándole a una fría lápida de mármol con tu nombre grabado. Supongo que tú ya estarás acostumbrada. Siento en estos momentos un especial desasosiego, pues me siento ridícula hablando en voz alta con alguien que no está físicamente, a la par que intento imaginar cómo será esa soledad, que para mí es aterradora.

Me pregunto si habrá alguna manera de demostrar que estás cerca, quizá levantando un poco de aire, moviendo alguna hoja, despidiendo algún olor distinto a los más comunes. No sé, algo que demuestre que no estoy hablando a un trozo de gélida piedra, muéstrame alguna señal. Fíjate cómo soy que hasta

pretendo tentar a Dios pidiendo un hecho portentoso que tampoco sé si sirve de algo. De todas maneras, como soy consciente de lo mucho que me has querido, estoy convencida de que me atenderás con el amor que siempre me tuviste en el cielo en que ahora estás.

A pesar del paso del tiempo, tengo fresco tu recuerdo, pues no ha pasado un sólo día que no te haya evocado. Se vuelven vívidas para mí las veces que te renegaba cuando por las noches respirabas fuerte, como consecuencia de tu problema bronquial y asmático, aunque eran los nervios que se apoderaban de mí, protestaba y gruñía hasta hacerte llorar por tu impotencia para evitarlo, pues padecías del pulmón y no tenías más remedio que respirar como lo hacías. Ahora, con el transcurso de los meses, creo que me porté desconsideradamente contigo, que fui injusta en mis exigencias. Y aunque el tiempo todo lo cura, no se ha inventado una medicina para el olvido y yo cada día desentierro las imágenes pasadas.

En este momento quisiera conseguir las fuerzas necesarias para decirte, perdóname. Lo siento, porque tal vez hoy, ahora, soy consciente del daño que te hice con mis ataques verbales, insultos y desprecios. Durante estos años llevo un remordimiento guardado en lo más profundo de mi ser. Te lo confieso porque sé que no lo vas a decir, bromas aparte, este es uno de mis tantos secretos tan bien guardados. Bien sabes que todos tenemos secretos que nunca podremos contar. Pero este es distinto. Aquellas acciones que tenía contigo, me ha generado un gran sufrimiento desde tu ausencia.

Estoy convencida de que en el estadio en que ahora te encuentras las cosas de este mundo han cambiado de dimensión, ves nuestras miserias con otra mirada más indulgente que la de los que estamos aquí.

Ya sé que darte ahora las explicaciones es inútil, pero no puedo callar la voz de mi corazón, aunque debía habértelas dado hace mucho tiempo. Ahora ya están de más, sobran, son inoportunas.

En este día, cuando estoy ante tu fosa tanto rato no sé qué más contar, pues básicamente he vaciado mis sentimientos, más de forma interna que hablada, pero tengo claro que me has entendido con esa especial percepción de que disponéis los que gozáis de Dios.

Fíjate, abuela, me da la impresión de que tu presencia me conforta, me tranquiliza y me esponja el alma. Ahora me doy cuenta de que estás conmigo, casi físicamente, pues así lo siento, como si te hubieras materializado de nuevo y me parece notar el roce de tu mano en mi mejilla como hacías cuando era pequeña, esa forma de acariciarme tan tuya, tan especial, con esa mano áspera de tantos trabajos pasados a lo largo de tu vida.

Ahora, más calmada y con la seguridad de que me escuchas y comprendes, creo que mientras me acuerdo de ti, te hago renacer para que me acompañes. Por eso, una vez que he cruzado mi particular Rubicón como hizo Julio César, me comprometo contigo a venir con más frecuencia, no digo a diario, pero sí por lo menos cada dos semanas y cortaré con mis manos esas frescas rosas rojas, y especialmente, las aromáticas clavellinas que tanto te gustaban.

Premio Relato A. A. C. C. Lorca, 2010

CRISTO DE LA CAIDA

Entre los múltiples locales de copas que existían en la ciudad, “La Caverna” era el más concurrido y ruidoso. El de música más estridente y el de conciertos en directo más vanguardistas. Realmente el distintivo del local era la actualidad de su música.

El saxofonista vivía la plenitud de aquel local entre alcohol y drogas. Su mundo era aquel. Él era el centro de una espiral de música y estimulantes que, pasando por La Caverna terminaba en el abandono y en la idiocia, sobre el camastro de aquel cutre cuchitril en el que dormía sus excesos.

Había estudiado música y llegado a ser un virtuoso del saxofón, hasta el extremo de recibir ofertas de trabajo de una orquesta sinfónica. Estudiaba una ingeniería que le aburría soberanamente, y para la que tenía una tremenda facilidad. Cierta día se vio frente al dilema de elegir entre una música que le gustaba y una carrera a la que aborrecía. Optó por la libertad que pensaba compartir con el saxofón. Entraba en un mundo donde se sentía realizado, componiendo y disfrutando de su instrumento.

Creyó que “La Caverna” le ofrecía un porvenir atrayente en el cual vivir a su aire, como un auténtico bohemio de principios del siglo XX disfrutando de la música, el alcohol y las mujeres. Recorría con su mirada el local cuando alguna le gustaba quedándosele fija en ella. Al asomarse el alba, rara era la vez que no fuese acompañado de alguna chica. Era un gran seductor, el mejor jugador de la seducción. Admiraba a las mujeres en todo lo que conlleva el sentido de la palabra, porque él siempre hacía lo que le dictaba su corazón.

Todo cambió una noche en aquel local. Tocando una de sus composiciones, apareció una hermosa joven de la que quedó prendado desde el

mismo momento que la vio. Sus miradas se cruzaron y el saxofonista sintió una emoción diferente a las que sintió anteriormente con otras mujeres.

Cuando terminó su actuación buscó con la mirada a la chica que tanto le había impactado. Se acercó a ella comprobando que estaba sola y no bebía. La invitó a una copa y conversó con ella comprobando el buen entendimiento que había entre ambos. Cuando terminó su trabajo, la invitó a su piso donde consagraron su amor.

Repitieron lo mismo cada noche durante varios meses, hasta que decidieron vivir juntos. Se entregaban mutuamente sus cuerpos, como una vasija sagrada donde depositaban toda la esencia del amor que se profesaban.

Todo se acaba. El amor también. Cierta mañana, la chica llegó del trabajo a casa para recoger sus cosas y decirle seis palabras:

—Me marchó, se acabó el amor.

El saxofonista, desde entonces, vagabundó anhelante de un gesto, una sonrisa, la sombra de ella. Cansado, desistió de las horas de peregrinaje destinadas a un encuentro con el amor que su chica no quiso brindarle. Echaba en falta las caricias que le había regalado. Con ella había compartido cama, sueños, ilusiones y vivencias únicas e irrepetibles. Sentía que su vida era como un reloj al que se le quitaban todas las piezas, y cuando lo volvían a reconstruir le faltaba una, y ya no funcionaba. El amor de esa chica era la pieza que faltaba en el reloj de su vida.

Buscando el olvido descendió todos los peldaños posibles en su autodestrucción. Entró en la vorágine del mayor consumo de alcohol y drogas mientras conseguía para sí la mayor degradación. Era incapaz de componer nada que tuviera sentido. Pasaba todas las horas diurnas, tumbado en la cama hasta el momento de tocar el saxo en “La Caverna”.

El músico moría por el mal bicho que introducía en sus venas, la serpiente de la droga se adueñaba de sus potencias. No demostraba interés por

nada. Ya tan solo llegaba con música gastada a su lugar de trabajo para sufrir desprecios y silencios.

Desde la ventana de su cubil, el músico contemplaba desnudo el tráfico, como si fuera una más de las efigies que adornaban la fachada del vetusto edificio. La melancolía se había adueñado de sus potencias, una especial tristeza lo embargaba mientras sostenía una copa de champán mientras contemplaba el vertical ascenso de sus burbujas. Estaba agotado pero quería llenarse los pulmones con el aire matinal, colmarse de luz y olvidar, olvidar...

Lanzó la copa contra una bandada de golondrinas en su esquizofrénico vuelo, en un incontenible arranque de ira. La copa voló por el aire dejando resbalar unas gotas del líquido en el aire. Se vistió con un cómodo chándal y se dispuso a pasear por la ciudad.

Caminaba con paso lento y la mirada perdida en el fondo de las calles, como sin ver, como si estuviera ausente. El aire fresco del anochecer desembotó un tanto su cerebro, la agradable tarde produjo un cierto equilibrio en su alma insuflándola de una mínima energía que parecía quererlo devolver a la vida. Por primera vez en muchos meses sintió la consciencia y se le hicieron patentes todos sus errores.

Sin darse cuenta se acercó a un cruce de calles ante el cual había una gran multitud de pie. Cuando se percató de ella sintió el sonido de los tambores y tuvo conciencia de que estaba en Semana Santa y aquello debía ser una procesión. De pronto, aquel cerebro que iba recuperando sus potencias recordó sus años de infancia y juventud. Evocó la emoción y la alegría ante los desfiles pasionales en los que recibía caramelos y contemplaba la Pasión.

Oyó un tintineo de cristales y levantó la cabeza. Al doblar aquella esquina, un paso se detuvo. Con la iluminación que le proporcionaban los focos camuflados entre las flores, se encontró frente a frente con el desgarrador rostro de un Cristo caído bajo el peso de una cruz. Sintió que aquellos ojos lo miraban a él, a la par que a su interior llegaba una gran paz.

Aquel hombre que había descendido hasta las mismísimas puertas del infierno de las drogas, aquel alma rota por la degradación y el desencanto llegó la profunda y dolorida mirada del Redentor. En aquellos ojos había dolor y pena, pero no resentimiento, no rencor. Había dulzura y amor. Amor y dulzura que trasladaban a los ojos con que se encontraba, contrición y perdón que sintió el alma de aquel saxofonista que vagaba por las calles huyendo de sí mismo.

Algo se rompió en su interior. Un inmenso volcán explotó en su alma. Las lágrimas, como ardiente lava, se desprendieron de sus mejillas al cruzar su mirada con la de aquellos ojos. En su mente evocó como en un flash toda su vida pasada, todos sus errores y horrores, pero aquella mirada lo subyugó, lo convirtió.

Sintió una especial alegría y sonrió a aquel Cristo hernandiano.

COLECCIONISTA DE CADAVERES

A José

Navarro

*Para que las alas
de nuestra amistad no
dejen de agitarse nunca.*

Cada jueves se celebra el mercado semanal en el pueblo donde vive mi amigo. Aquel día veraniego paseaba por aquel mercantil recinto llevando colgado en mis brazos; de un lado a mi marido y del otro a nuestro amigo Eloy.

Con la apatía que proporciona el mes de vacaciones, mirábamos las mercancías expuestas en aquellos improvisados mostradores, y acertamos a pasar por un curioso expositor que tenía como base un zarzo de cañas entretejidas y colocadas sobre unas patas articuladas de hierro. Sobre él, dos montones de plátanos, uno grande y el otro con apenas un par de docenas de ellos. Sobre el montón menor un simple cartel de cartón con una inscripción a bolígrafo donde ponía: canarios.

Cuando llegamos a la altura del puesto de los plátanos, Eloy, se desasíó de mí y se acercó a aquel zarzo, se agachó y pegó su oreja derecha a aquel sencillo rótulo, puso su mano ahuecada junto a su pabellón auditivo y se mantuvo muy atento durante unos segundos con clara acción de escuchar.

Mi marido y yo nos miramos con cara de extrañeza. No entendíamos aquella actitud, pero pronto salimos de dudas porque Eloy levantó la cabeza y mirando fijamente al vendedor le exclamó:

—Oiga, no cantan.

Es imposible describir la cara de extrañeza que puso el frutero, probablemente sólo comparable al gesto de estupidez que se nos quedó grabado a nosotros. A continuación, sin hacernos caso, Eloy continuó su paseo imperturbable, con gesto de no haber roto un plato en su vida.

Nosotros le alcanzamos y le preguntamos extrañados el por qué de aquella extravagante pregunta. Con su mejor sonrisa nos dijo:

—¡Increíble! Intenta vender unos canarios y éstos no cantan.

Mi marido y yo reímos de buena gana aquella singular ocurrencia sin volver la cabeza atrás por temor a enfrentarnos con la mirada interrogante del vendedor.

Esta anécdota supongo que da idea de la peculiaridad del personaje al que me refiero. Regresamos a su casa donde su esposa nos esperaba con una mesa bien dispuesta de embutidos, pan, cerveza y vino. Alrededor de aquel aperitivo iniciamos el disfrute de vacaciones rurales en casa de este generoso amigo.

Después de aquel magnífico aperitivo, nos fue servida una espléndida comida. Después de ésta, unos chupitos de orujo y, a continuación, una interminable serie de cubitos de hielo y güisqui hasta las seis de la tarde.

Tras habernos bebido media Escocia, nos dirigimos entre risas a ver las magníficas instalaciones que componían su criadero de canarios. En el corto espacio que separaba la vivienda de la pequeña nave-criadero nos contó una anécdota de sus inicios como canaricultor que provocó nuestras carcajadas.

—Un amigo que conocía mi pasión por estas bellísimas aves, presentan una variedad cromática que puede hacer palidecer al mismísimo arco iris, me regaló un canario dando por seguro que era macho. Llegó a casa y me dijo:

“Como eres nuevo en este mundillo, te he traído como regalo un maravilloso ejemplar macho que, si canta como su padre, dejaría mudo al mejor tenor. Aun es joven, pero es el mejor de la última nidada y ya lo he oído repasar”.

Con todo el cariño que merecía lo instalé en la mejor de mis nuevas jaulas destinadas a la cría. Mi sorpresa no tuvo límites cuando comprobé lo “macho” que era: sobre la base de la jaula había dejado sus mejores atributos masculinos, dos hermosos y ovalados huevos.

Nunca sabremos si aquello fue una anécdota o un simple chiste, da igual. Estar con este enamorado de la ornitología, y más concretamente de los canarios, es siempre pasarlo bien, disfrutar y aprender de su permanente magisterio pajarero, como él diría.

Entre risas y bromas nos enseñó el sancta sanctorum de su auténtica vocación: los canarios. Un criadero con setenta y cinco jaulones de cría, con ciento cincuenta parejas de canarios preparados para procrear, unas voladeras, una batidora donde trituraba su propia pasta alimenticia compuesta por varios ingredientes que él mismo preparaba con brócoli, huevos cocidos, pan duro, manzana y una serie de vitaminas. Además la mixtura rica en perilla blanca, negrillo, linaza, alpiste... y así conseguir mejorar y vitaminar el desarrollo de los polluelos, un módulo con unos cajones donde contenían unos huevos de plástico, anillas, una jeringuilla con la que daba de comer a los polluelos que sus padres abandonan y el material preciso para este mundo. Un inmenso armario conteniendo todos los adminículos necesarios con el fin que sus animalitos anidaran y criaran perfectamente y también con los productos lógicos para la desinfección del local y los animales.

Pasaba casi todas las horas del día atendiendo a sus ciento cincuenta parejas, observando las puestas, la eclosión de los huevos y el desarrollo de los pajaritos. Decía con gracia que los recién eclosionados tienen el culo pelado y que, cuando expulsan las heces les debe escocer, por lo que lo abren y cierran constantemente, como las boquitas de los peces en las peceras.

Entre algunas de las variedades que criaba tenía Lizard, Padovanos, Raza Española, Hosso Japonés... Le costó años de experiencia, pero iba aprendiendo a base de dedicación y de sus propios errores. Disfrutaba preparándolos para presentarlos a concurso. Aunque intervenía la mano del hombre, se llevaba a cabo con tal argucia que se podría decir que terminaba siendo un proceso tan natural como si se desarrollara en la copa de un árbol.

Cada mañana comprobaba la puesta del huevo de las hembras, con la atención propia que esa operación requiere. Hay que estar muy pendiente de la higiene, los habitáculos deben rebosar limpieza porque de ello depende la buena salud de los pájaros. Aunque parece sencilla la labor, una de las complicaciones que puede surgir es a la hora de la puesta de huevos, por falta de calcio en el ave, el cascarón se descalcifica con lo cual aparece solamente con el hálara, el telillo del interior del huevo

Ya a punto de concluir nuestra visita al criadero mi marido se fijó en una preciosa pareja cuya procedencia preguntó. Eloy se fue derecho al libro de criador para comprobar de donde venían. Mientras le explicaba con pelos y señales la procedencia y demás antecedentes, yo me desplacé a la izquierda donde vi un arcón congelador como de un metro de amplitud. Me extrañó aquel elemento en un sitio aparentemente tan inadecuado y, llevada por mi curiosidad, levanté disimuladamente la tapa.

Me quedé perpleja, mi asombro no tenía límites. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal al contemplar tan macabro contenido. No acertaba a reaccionar ante tamaño descubrimiento. ¡Sólo había cadáveres!

Espantada me dirigí a mi anfitrión que se extrañó ante la palidez de mi rostro. Eloy rompió en una alegre y sonora carcajada ante lo que para él fue una infantil pregunta:

—¿Qué... qué hacen esos mu-mu-mu muuuertos ahí y tan, tan-toooooossss? Pregunté tartamudeando.

Su explicación fue tan simple y natural que me hizo sentir ridícula.

—Es frecuente que mueran algunos y no siempre sé de qué. En consecuencia, congelo sus cadáveres y los llevo al veterinario cuando tengo un número suficiente. Éste, tras una necropsia, me dice cuáles son las causas y las posibles repercusiones ante las otras parejas de cría.

Entre risas disfrutamos de unos días de vacaciones en casa de nuestro amigo Eloy mientras aprendíamos una de las artes más bellas que podíamos imaginar: la cría del canario.

FIN